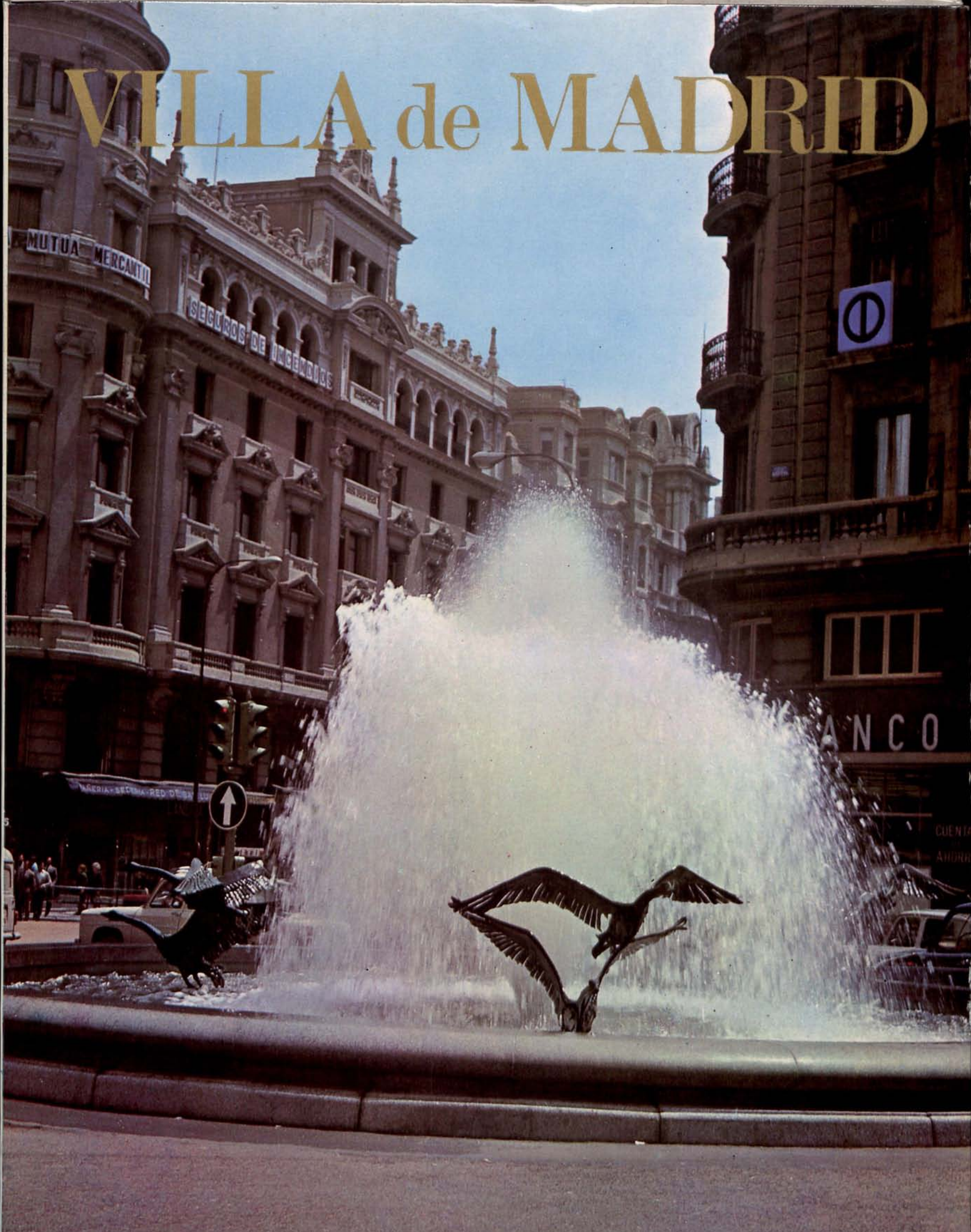


VILLA de MADRID



Sumario

- Una transformación singular*, por ANTONIO IZQUIERDO.
- San Isidro y Madrid: dos destinos unidos*, por ENRIQUE PASTOR MATEOS.
- Estadísticas de la cultura*, por MARIANO JUBERIAS.
- El Casino de la Reina*, por JOSÉ DEL CORRAL.
- Concesión del premio Nobel a don Jacinto Benavente*, por JOSÉ MONTERO ALONSO.
- Los cafés-teatros madrileños del siglo XIX*, por MERCEDES AGULLÓ Y COBO.
- Verano y salón del Prado*, por JOSÉ GARCÍA NIETO.
- Lope, madrileño del Manzanares*, por EUGENIA SERRANO.
- Inauguraciones en Madrid*, por MANUEL MARLASCA PEREZ (†).
- Elogio de Madrid, capital de España*, por JESÚS SUEVOS.
- Plan de reforma interior del casco antiguo de Madrid*, por MARIO GONZÁLEZ MOLINA.
- Madrid y Ramón, Ramón y Madrid*, por FEDERICO CARLOS SAINZ DE ROBLES.
- Gaspar habla de Ramón*, por GASPAR GÓMEZ DE LA SERNA.
- El despacho de Ramón*, por TOMÁS BORRÁS.
- Breve noticia de la estatua de Colón*, por JUAN SAMPELAYO.
- El madrileño Ruy González de Clavijo y su embajada a Samarcanda*, por AGUSTÍN GÓMEZ IGLESIAS.
- Dibujan ESPLANDÍU y SANCHÁ.
- Fotografías: F. IZQUIERDO - AUTOCOLOR
M. SANTOS YUBERO y SOROA.

Depósito legal: M. 4.194-1959

PUEYO, Artes Gráficas - Luna, 27 -
MADRID

VILLA *de* MADRID

R E V I S T A D E L E X C M O A Y U N T A M I E N T O

DELEGACION DE EDUCACION

DIRECTOR:

R U F O G A M A Z O R I C O

REDACCION Y ADMINISTRACION:

P L A Z A D E L A V I L L A

Teléfonos: Dirección, 248 62 29;

Administración, 248 01 29

PRECIO POR EJEMPLAR: 70 PESETAS

SUSCRIPCIONES

Año: 280 pesetas

M A D R I D

AÑO IX

1972 - II y III

NUM. 35-36



Ayuntamiento de Madrid

UNA TRANSFORMACION SINGULAR

Por ANTONIO IZQUIERDO

LA medida de una ciudad no está exclusivamente determinada por su perímetro, porque si lo estuviese la ciudad sería exclusivamente un asiento físico para que el hombre realice su vida en comunidad. La medida de la ciudad está en proporción a la medida del hombre y el hombre no es sólo una entidad materializada, sino un ser trascendente. Se habla mucho ahora de hacer las ciudades a medida del hombre, y esto en cierto modo constituye una curiosa paradoja. La sociedad suele ser el resultado del hombre en convivencia y la ciudad una imagen bastante exacta de la sociedad que ha constituido el hombre.

Lo que habría que hacer, pues, es la sociedad a medida del individuo. Lo demás nos vendría dado. El resultado de una sociedad tribal no ofrecerá nunca una revelación urbanística al estilo de Estocolmo. Madrid ha sido de antiguo un fiel ejemplo —en ocasiones vergonzante, ya sabéis— de la sociedad española. A una España ensimismada —escribió un cronista ilustre— correspondió un Madrid ensimismado dispuesto a mirarse el ombligo y a regodearse en ínfimas satisfacciones; a una España resuelta y ambiciosa, a una España de kilovatios-hora y renta per cápita ha correspondido un Madrid que, con todos sus defectos —defectos que provienen también de la propia imagen social en que se desarrolla la vida española—, es enormemente superior a cualquier Madrid anterior.

Las épocas producen el hombre y el hombre de Madrid en este tiempo ha sido, sin ningún género de dudas, Carlos Arias Navarro. Habrá que detenerse a juzgar, sin apresuramiento, la profunda transformación sufrida por la capital de España en los últimos años. No existe parcela de la vida urbana o del propio urbanismo que no haya sido objeto de

un propósito renovador. Queremos detenernos hoy, sin embargo, en una de las zonas que en mayor medida acusan ese gesto resuelto: la reforma de la franja que va desde el cuartel de la Montaña —uno de los puntos que marcan en la historia épica de la villa un acontecimiento singular— hasta la plaza de España.

En poco más de cinco años se ha obtenido de esa zona un rendimiento urbanístico que hubiera resultado insólito, más que asombroso, en cualquier tiempo anterior. Se rescató el heroico suelo de los viejos cuarteles para ponerlo al servicio de una zona noble, pacífica y brillante, sobre la que se ha reconstruido la jova milenaria del templo de Debod, y donde se ha erigido un sobrio monumento, de atrevida concepción artística y recio simbolismo, en memoria de quienes ofrecieron su vida en el recinto del cuartel de la Montaña durante las primeras jornadas del alzamiento militar y civil de julio de 1936; se transformó la plaza de España dotándola de un aparcamiento subterráneo de proporciones excepcionales, capaz de hacer útil, para la exigencia del hombre de hoy —del hombre y de su automóvil—, una zona enquistada en el casco interior; se dio una nueva fisonomía a la superficie ajardinada y sobre la vaguada se saltó, con una obra bellísima de ingeniería, el desnivel Ferraz-Bailén. El paso elevado, que podrá exhibirse como modelo no sólo de precisión matemática, sino de buen gusto urbanístico, y que une el parque de la Montaña con los jardines de Sabatini, que durante este mismo período han sido objeto de una muy cuidada remodelación y de nuevos elementos ornamentales acomodados al entorno del Palacio Real. La inmensa cornisa que se eleva sobre la depresión del Manzanares constituye hoy, sin ningún género de dudas, el entorno urbanístico más consecuente con el Madrid de nuestros días.

Lo más importante de esa obra, de proporciones que por sí mismas se ponderan, no reside en la belleza de su resultado, sino, sobre todo, en que está realizada sosteniendo una competencia desigual con las poderosas e inefables aspiraciones privadas. Madrid si es fotografiable —hermosamente fotografiable— en aquellos lugares que fueron hasta hace bien poco aptos para el zoco y la ramplonería.

A. I.

San Isidro y Madrid:

dos destinos unidos

Por ENRIQUE PASTOR MATEOS

Director de las Bibliotecas
y Museos Municipales

Litografía: "San Isidro Labrador, Patrón de Madrid". Estampa iluminada. Lit. de A. Pascual y Abad, editor, Valencia. De hacia 1850.



I

Si repasamos el catálogo de los bienaventurados establecido por la Iglesia católica, aun en sus más amplias versiones, difícilmente encontraremos una figura comparable a la de Isidro Labrador.

No hay en su vida persecución clamorosa ni testimonio cruento como en la de tantos a los que una muerte violenta, la prisión o el tormento han convertido en ejemplos vivos de fe y fortaleza.

Isidro nace en tierras de cristianos, en tiempos en que la vida religiosa está en auge. Cabe suponer que de padres cristianos y lejos de toda veleidad herética. Su combate por la fe es tan simple como difícil. Ha de luchar tan sólo contra la rutina, la barbarie de las costumbres, las reliquias de viejas supersticiones y la malicia de una sociedad primitiva.

No pertenece tampoco nuestro santo al areópago de los doctores, no ocupará cátedra ni púlpito, ni dejará muestra alguna de ingenio ni de estudio, ni otro discurso que el ejemplo de su vida.

No es aventurado suponer que Isidro fue iletrado, como lo era la mayor parte de la población de su época en la que se comunicaba oralmente la poca ciencia que se consideraba indispensable. Tiempos en los cuales la predicación y el recitado desempeñaban un papel relevante en la transmisión de la cultura, supongamos a Isidro confundido en el auditorio, sin que tengamos motivo para pensar que en ningún caso fuera él el orador y menos el juglar.



Medalla de plata conmemorativa de la canonización de San Isidro, San Ignacio, Santa Teresa, San Francisco Javier y San Felipe Neri, de la segunda década del siglo XVII.

Tampoco pertenece, y esto es tal vez lo más sorprendente, a la numerosa falange de los anacoretas, monjes u otro tipo de confesores de Cristo entregados a la vida religiosa en la soledad, en el rigor o en la renuncia.

Corrían en los días de Isidro vientos de renovación para la cristiandad. Afloraban nuevos tipos de espiritualidad que iban a crear escuela y dejar en la Iglesia abundante semilla de oración, virtud y celo misionero. Nuestro santo es en medio de esta primavera un fruto solitario. No es absurdo pensar que cristalizan en él las preocupaciones de su tiempo, ni sería muy costoso señalar influencias concretas, pero la prudente voz de sus contemporáneos, en todo caso interesada, no nos hace ninguna referencia a tales vinculaciones.

Isidro no huyó del mundo, sino que edificó dentro de él su vida ejemplar. Viejos relatos hacen referencia a su ámbito familiar y a sus quehaceres profesionales. Nos lo presentan casado con una mujer de no poco mérito, figura por demás ejemplar e interesante. Menos cuidado han tenido en transmitirnos datos de su prole, pero no han faltado noticias, aunque sean de escasa consistencia, sobre ella.

Isidro va y viene por el campo con el arado o la azada, cifra del continuo y monótono ajeteo cotidiano. Alterna así el duro trabajo y el reposo en el hogar como cualquier campesino de su época. Sólo en sus ocios

hay una relativa singularidad. Isidro es devoto. Y emplea su tiempo libre, a veces milagrosamente libre, en la oración. Pero aun esta actividad se inserta sin disonancia en el mundo y en la sociedad en que ha nacido.

Digamos por último que Isidro es pobre. Los que le atribuyen la condición de villano tal vez le hacen favor. Su vida de labrador carece de peripecia y brillo. No hay otros motivos para recordarle que sus virtudes, y aun éstas, domésticas, rurales y serviles.

No es, pues, infundada nuestra afirmación. El hecho de que el nombre de Isidro esté inscrito oficialmente en el calendario litúrgico, que la Iglesia universal lo celebre, que en lejanos países se le rinda culto, no puede ser sino el fruto de una serie de venturosas y providenciales ocurrencias.

II

La primera es que Madrid, la villa castellana o, si se quiere, toledana que le vio nacer, conservara su memoria.

Su recuerdo era tan vivo como tenue. Cuando en el siglo XVI comienza su figura a interesar a los eruditos, es poco lo que de él se sabe. No se ha perdido la anécdota, muy al contrario, son tantas que algunas pueden ser tachadas de espúreas y fabulosas. Lo que se echa de menos son los datos que sirven para fijar sus rasgos, para enmarcar su vida en la época y para organizar su desarrollo. Sin embargo, si el erudito sufre esta penuria, no así el artista, que encuentra la figura de Isidro suficientemente caracterizada y llena de vigor. Su falta de contornos es incluso un aliciente para utilizar la fantasía sin posible contradicción.

Todo esto nos revela que el culto a Isidro ha sido en Madrid algo espontáneo y simple.

Un día un vecino de la parroquia de San Andrés, casado, labrador y buen cristiano, culminó el curso de su vida terrena. En el atrio del templo que sirve de cementerio se deposita su cadáver.

Pero el fallecido Isidro no era un hombre vulgar. Ha dejado como herencia universal el recuerdo de sus virtudes. Con su muerte ha aumentado su fama. Y los piadosos convecinos empiezan a invocarlo como intercesor en sus necesidades. Pronto la fe da su fruto y empieza a sonar la palabra milagro.

Han transcurrido tan sólo cuarenta años y el fervor popular reclama para su paisano y le confiere el título de santo. La parroquia de San Andrés, orgullosa de conservar la reliquia de su cuerpo, acuerda trasladarlo al interior del templo, y con gran satisfacción lo halla incorrupto.

Pasa el tiempo y pueblan Madrid nuevas generaciones, para las cuales el santo es cada vez más un personaje remoto y mítico. En varios lugares, en torno a pozos y fuentes se cultiva su memoria. Muy en particular, allende el río, junto a la pradera, se alza una ermita y en la ermita mana una fuente de cuyo poder curativo se hacen lenguas.

Y esto es todo. La imagen de Isidro es cada vez más borrosa. Continúa viva su presencia, pero el ámbito de su fama es reducido. Apenas el contorno de la villa, su exigua tierra, alguno pueblos vecinos.



Oleo: "Romería de San Isidro, hacia 1850".
Amplia vista. A la izquierda, la ermita.
Anónimo.

En realidad, el destino del santo va a estar unido al de su patria. El santo se verá abocado a la fama del mismo modo y en la misma medida que Madrid alcanzará el rango de corte y la categoría de capital y gran ciudad.

Se cuenta una anécdota que refleja perfectamente esta mutua influencia. Es su protagonista la emperatriz Isabel, bella y afortunada esposa del César Carlos de quien son vasallos los madrileños. La reina enferma, de paso por Madrid, acude a la ermita del bienaventurado Isidro, bebe de la fuente que promete curación a los confiados y experimenta, con la natural satisfacción, los efectos salutíferos del agua milagrosa. Agradecida, se aficiona a Madrid y fomenta el culto al santo. Madrid ha dado un paso más, tal vez decisivo, en el favor regio de la mano de Isidro. En adelante marcharán juntos a la conquista del esplendor y de la fama.

La predilección de la madre también pudo influir en la elección del hijo y el hecho de que Felipe el Pru-

dente, monarca de indudable personalidad y protagonista de su época, lo escogiera como residencia oficial, decidió el establecimiento de la corte en Madrid bajo Felipe III; establecimiento definitivo si no declarado como tal, si por el propósito y por el logro.

Es este Felipe, al que sus contemporáneos le llamaron Piadoso, el que de una manera decisiva iba a lanzar a San Isidro a los altares de los cuatro rincones del mundo.

Gracias a su influencia se pondría en marcha la pesada máquina de los procesos canónicos, se allanarían obstáculos y se suavizarían resistencias.

Pero Madrid iba a ser empresario principal, postulante y actor en este empeño, ligando así destinos que empezaban a ser divergentes.

No deja de ser curioso que en este momento histórico en que Madrid se urbaniza, abandonado para siempre su papel de cabeza de una comarca agraria y da la espalda a las preocupaciones rurales para centrarse y concentrarse en otros empeños, acoja y fomenta con



Litografía. Interior de la capilla de San Isidro, en San Andrés. Villaamil pintó. Litografía de Asselinean.

entusiasmo, hasta hoy no desmentido, el patronazgo y culto de un santo singular por lo rústico de su vida y lo sencillo de su ejemplo.

No en vano, Isidro, nacido en Madrid, sin otro escenario en su vida que Madrid y sus alrededores, muerto y enterrado en Madrid, cuyos restos y memoria Madrid conservaba, era un tesoro que nadie podía disputarle.

III

Se cubrió la primera etapa de estos complicados trámites en vida del rey Felipe III y fue el papa Paulo V, el 14 de junio de 1619, quien decretó la beatificación de Isidro, solemnizada por la villa con gran fervor y entusiasmo. Pero los designios de Madrid iban más lejos. Y hemos de suponer que el concejo presionó al monarca y el monarca a la curia, y en poco tiempo la segunda, última y decisiva parte del proceso culminaba en la solemne canonización del ya beato Isidro Labrador. No obstante tanta diligencia, ni el rey ni el papa lograron ver con vida el final de este empeño. Fue Gregorio XV, recientemente elegido sucesor de San Pedro, el que firmó el Decreto el 12 de marzo de 1622, y Felipe IV, hijo primogénito y sucesor del tercero, el que lo publicó en sus reinos.

En el siglo XVII los procesos de canonización son relativamente frecuentes. Sin embargo, desde 1610, bajo Paulo V, con la proclamación solemne de San Carlos Borromeo, no se había celebrado en la Iglesia acto semejante.

La de 1622 es la primera y será la última del pontificado de Gregorio XV, pero su principal singularidad estriba en que son cinco los santos proclamados.

Por otra parte, cuatro de los cinco son españoles. No se piense que era habitual ver a españoles canonizados. En dos siglos sólo tres habían subido a los altares y llegado a la plenitud del culto. Calixto III aprovechó su paso por la sede de Pedro para canonizar a su paisano Vicente Ferrer, en 1445, sirviendo a la vez a la piedad y a la justicia, apagando con esta medida los últimos rescoldos del cisma. Sixto V, más de un siglo después, en 1588, canonizaba a Diego de Alcalá, el santo más favorecido por la corte de Felipe II; y poco después, en 1600, Clemente VIII proclamaba la santidad de un personaje universal, Raimundo de Peñafort.

Con estos antecedentes, las canonizaciones de 1622 representaban ciertamente una apoteosis del cotalicisimo hispano.

Por otra parte, cuatro de los cinco santos, todos menos San Isidro, correspondían a época reciente y re-



"Madrid. San Andrés", aguafuerte de A. Ziegler.

sumían el ingente esfuerzo desarrollado por Roma para salir del marasmo de la Reforma.

Ignacio de Loyola, nacido en 1491 y fallecido en 1556, y su compañero Francisco Xavier, quince años más joven, muerto, sin embargo, en 1552, habían fundado la Compañía de Jesús, que ya en aquellas fechas se había convertido en el principal apoyo del catolicismo. Sus memorias eran abundantísimas y su recuerdo muy actual y aún contribuía a hacerlo más persistente la presencia constante y ubicua de los miembros de la religión por ellos fundada.

Más reciente aún, Teresa de Jesús, nacida en 1515 y muerta no hacía cincuenta años, en 1582, era una figura que poseía todos los atractivos, incluso el de ser mujer. Su recuerdo perduraba y sus escritos se consideraban sublimes. Reformadora del Carmelo, el mundo católico había sufrido su influjo y acogido con gran benevolencia a sus seguidores.

Menos de cerca nos tocaba a los españoles San Felipe Neri, también fundador, de una congregación llamada del Oratorio. En Roma, escenario de su caridad y de su predicación, su actividad estaba todavía en la memoria de muchos. Nacido en el mismo año que Teresa, le había sobrevivido trece años, muriendo octogenario en 1595.

Estos cuatro santos, como puede verse, tenían mucho de común, y aunque su significación, por lo reciente, tuviera algo y aun mucho de polémico, formaban un conjunto homogéneo y representativo.

San Isidro se despega del grupo como en realidad de todo el santoral. Pero ni entonces ni después le ha dañado la competencia.

Con buen acuerdo se pensó que los otros cuatro santos tenían en sus familias religiosas, jesuitas, carmelitas, oratorianos, quien enalteciera su causa. Y que sólo Isidro, ayuno de clientela propia, reclamaba la del común. El clero secular, las restantes órdenes religiosas y las corporaciones públicas tomaron como suya la causa de Isidro y así tuvo más valedores que los otros santos juntos.

No fue esto sólo en Madrid, que muy especialmente se sentía obligado hacia su paisano, ni siquiera sólo en España. El culto al santo labrador había de difundirse por el mundo y su figura hacerse popular con gran rapidez a partir de su canonización.

Hay algo aún más curioso, el pueblo que contemplaba a los otros santos, casi contemporáneos, como hombres superiores y, por tanto, distantes, que los admiraba como héroes, desencarnando en gran medida su personalidad, se mostró con Isidro sumamente familiar, sin reparar en lo borroso de su figura, ni en lo inseguro de su leyenda. Para el vulgo no contaba la distancia de siglos ni las brumas de la tradición. El fervor popular se habría de mantener inalterable.

IV

La fiesta principal la celebró Madrid el 19 de junio del citado año de 1622. Hubo, como era de rigor, vísperas y octava.

De estos festejos conservamos multitud de relaciones que nos dan a conocer no sólo su curso, sino mil insignificantes pormenores.



Oleo: "San Isidro en oración". Firmado: Bartolomé, Bar(tolo)mé González, pintor del Rey (ecit) 1622.

La versión oficial ofrece, sobre todo, dos aspectos, el religioso y el erudito, sin que deje de admirar el extraordinario desarrollo de su proyección literaria.

No es fácil, sin embargo, revivir estas fechas. Fueron para los próceres ocasión de ostentar su poder y sus riquezas y, por qué no decirlo, su generosidad y su munificencia. Hubo lugar para ingenios de toda clase y fueron tal vez los artistas los más ocupados y más favorecidos. Hubo gran actividad y también lucimiento.

El pueblo había de mostrarse piadoso, pero también ávido de diversión y espectáculo. La celebración hubo de prolongarse en los hogares, en las huertas, en el campo y en la calle. Y en esto no hicieron sino imitar a los señores que, con más fausto, aunque con más recato, celebraban toda solemnidad profesando un doble culto. Tal vez en esta ocasión lo excepcional del caso obligó a mayor comedimiento. Pero todos podemos suponer a Madrid viviendo en alegre vacación y tumultuoso festejo.

Se dejó noticia para el futuro del costoso aparato con que se adornó la villa. Las celebraciones religiosas dan pie a multitud de artificios y construcciones, todas suntuosas e historiadadas. Estamos en el apogeo del barroco.

No dio tiempo a construir cuatro arcos que estaban proyectados y fueron sustituidos por ocho pirámides de tales proporciones, envergadura y complicación que

asusta imaginar cómo serían los arcos. Se erigieron en abierta competencia nueve altares, de forma harto rebuscada, en otras tantas plazuelas y encrucijadas. Se construyó también un castillo que representaba el sitio de Pamplona. A esto podemos añadir un sinfín de vallas, colgaduras y luminarias en todo el curso de la procesión, un jardín o huerta con que los hortelanos, labradores y jardineros quisieron obsequiar al santo y que colocaron en el paraje más espacioso del recorrido, y el adorno realmente extraordinario de la iglesia de San Andrés, donde se centraban tales solemnidades.

Otro legado no menos importante es el literario, del cual fue capellán o presentador nada menos que el Fénix de los Ingenios. Una multitud de poetas acudieron a dejar constancia de sus gustos barrocos, de su conceptuoso ingenio y de su culterano estilo, y eso que se proscribía de los certámenes la adulteración de la lengua.

Fue Lope de Vega el más inspirado y el más prolífico de los justadores, autor también de dos ingenuas comedias en que se glosaba la vida del santo, ilustrando su niñez y su juventud con sencillez y fantasía.

La musa de Lope, infatigable, nos había de regalar además con un precioso poema, en donde culminaba su innegable devoción a San Isidro.

Las fiestas dejaron, pues, rastro y consagraron la extraña relación entre Madrid y ese singular santo medieval.

Han pasado tres siglos y medio y nada resulta tan ajeno a la sensibilidad actual como el fervor de esas fiestas. Nada tampoco tan obligado como su recuerdo. El destino de Madrid se ha cumplido por caminos, en cierto modo, insospechados. También el de San Isidro, ese personaje misterioso y sencillo a la vez, que representa todos los grandes ideales de nuestra época y se revela como una afortunada anticipación y un ejemplo permanente.

E. P. M.

Grabado: "Vista de la Pradera de San Isidro en el día del Santo". Anónimo iluminado de principios del siglo XIX.



Estadísticas de la cultura

Por Mariano Juberias

SI «el corazón tiene razones que la razón no comprende», nosotros pudiéramos decir, parangonando la frase, que el espíritu tiene estadísticas que la estadística no concreta. Una disciplina que urge establecer para delinear la exacta silueta de los hombres y de los pueblos, partiendo, especialmente, de ese fluido que emana su actividad intelectual.

Consultemos un anuario estadístico. Parémonos en el que edita el Excelentísimo Ayuntamiento de Madrid. El nos informa puntualmente de cuántos madrileños nacen, se casan, mueren, de qué enferman, del clima que disfrutamos, de lo que comen y de dónde proceden sus alimentos, etc.; pero de su alimento espiritual, de su actividad intelectual no sabemos nada a través de tantos cuadros, estados, columnas numéricas.

La estadística es necesaria y esencial. Ella suele dar respuestas a muchos interrogantes que inquietan nuestro cotidiano existir.

Vivimos bajo la obsesiva amenaza de la polución. Todos los infinitos órganos de eficaz difusión que poseemos nos pronostican fieros males a los habitantes de la villa. Tenemos el peor ambiente del mundo. Preguntemos a ese oráculo de la estadística qué hay sobre el particular. Y el Anuario Estadístico de España de 1971, que concreta los datos de 1970, contesta: el coeficiente de mortalidad madrileño fue del 7,14 por 1000. El más bajo registrado en la península en poblaciones de más de 200.000 habitantes y muy por bajo de la media nacional. Es un tópico, que nadie discute, que la capital es el pariente pobre y haragán que vive a costa de los demás. ¿Qué dirá de esto doña Estadística? Veamos la de información del Ministerio de Hacienda del año 1970. ¡Sorpresa! Resulta que nuestra provincia contribuyó con 47.000 millones de pesetas en ese año. Y como en la capital reside el 84 por 100 de la población provincial, resulta que es Madrid el mayor contribuyente de España y que

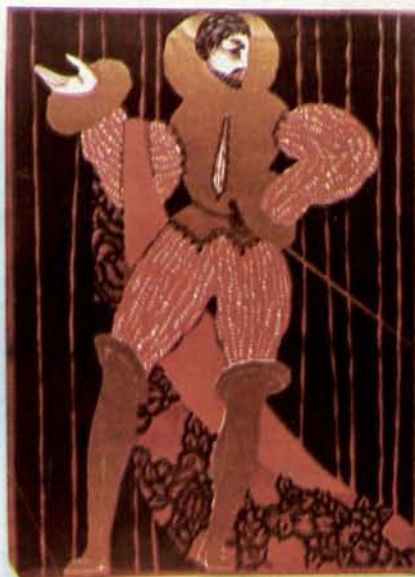
en su término radica mayor número de trabajadores que en cualquier otro. ¿Qué ignorante ignora que nuestra circulación es un asco y que ello obedece al agobiante cauce de las callejuelas del centro? A ello contesta el Ministerio de Obras Públicas diciendo que la cima de la circulación española, la marca una vía del centro de Madrid: la Castellana, con 78.582 vehículos día, a gran distancia de cualquier otra, y que, a pesar de ello, el número de accidentes, mortales o no, en zona urbana, no es el nuestro el mayor de España.

A cambio de tanta precisión en los hechos materiales, cuando queremos hallar respuesta a nuestros interrogantes de orden espiritual, no los encontramos en las estadísticas. Los productos del espíritu son desconocidos, y es inútil buscar datos concretos sobre ellos. ¿Por qué? ¿Cómo conseguirlo? Volviendo a Pascal, por donde empezamos, resulta que cuando diferencia entre «el espíritu de geometría y el espíritu fino», dice: «Todos los geómetras serían, por tanto, finos, si tuvieran buena vista, porque no razonan falsamente sobre los principios que conocen; y los espíritus finos serían geómetras, si pudieran acomodar su visión a los principios de la geometría.»

Así, pues, para producir una estadística del espíritu, tan necesaria para la delimitación del alma, la fórmula está dada: la colaboración del espíritu fino con el espíritu geométrico.

El ámbito de elaboración de esta estadística debe abarcar, entre otras, las actividades teatrales, pictóricas, librerías, musicales y otros actos culturales.

Como un ensayo, como una avanzada de lo que puede ser esta disciplina debidamente encauzada, damos a continuación un modesto esquema, referido a Madrid, producto de la curiosidad individual y cuyas cosechas pueden perfilarse con mayor rigor, exactitud y amplitud, si se las cuida y trabaja debidamente.



TEATRO DE ARTE (1917-1926).—MANUEL FONTANALS. Cartel para "Don Juan de España", de Martínez Sierra.

TEATRO

ESQUEMA HISTORICO. — En el siglo XVI proliferan los «corrales» en Madrid: el de la calle del Sol, el de la Pacheca, el de Puente, el de la Cruz, con fechas de antelación europea. Sobre el solar de la Pacheca, siempre teatro: el Siglo de Oro, el barroco, el neoclásico, el romanticismo, el noventa y ocho, el modernismo. Siempre con obras cumbres del teatro nacional. En ese barrio de los corrales, el Mentidero de los Representantes; en ese barrio tenían su congregación de Nuestra Señora de la Novena, con su cuadro milagroso en la iglesia de San Sebastián, donde fundaron una capilla. En este templo reposan los huesos de autores universales y recibieron el bautismo de dos Nobel del teatro, etcétera. Los cómicos de Madrid tenían su hospital,



TEATRO DE ARTE.—BARRADAS. Decorado para "Viaje al Portal de Belén".

fundado por la congregación de la Novena. Teatro en los corrales y fuera de ellos: en las plazas, donde se representan autos de Calderón, de Tirso, etcétera, encargados y comprados por el Ayuntamiento, que para solaz de sus vecinos tuvo teatros propios, como 'os del Príncipe, de la Cruz, de los Caños, sostiene compañías y establece premios. Madrid tenía y tiene premios teatrales, concursos establecidos por particulares, círculos, entidades, etcétera. Teatro de arte, de ensayo, de cámara, pantomimas (ya se representaban en 1790), iglesias-teatro, hotel-teatro, cafés-teatros, hogar-teatro (se representa en casas particulares), clubs de teatro, peñas y sociedades teatrales, saloncillos, compañías de aficionados, de universitarios, teatro libre de la Universidad Complutense, teatro para ciegos por ciegos, festivales. Una escuela de declamación para aficionados, casino de autores dramáticos, en que junto a veteranos figuraban noveles y representaban sus obras, Museo Matritense, sociedad dedicada a representaciones dramáticas y líricas, con cátedras de declamación dramática, etcétera. Varias compañías de teatro infantil, entre ellas el T. I. M., del Ayuntamiento, teatro juvenil, guiñol. Todas las temporadas, obras centenarias y muy centenarias. Algunas se sostienen años en cartel. Las taquillas madrileñas priman al teatro para toda España.

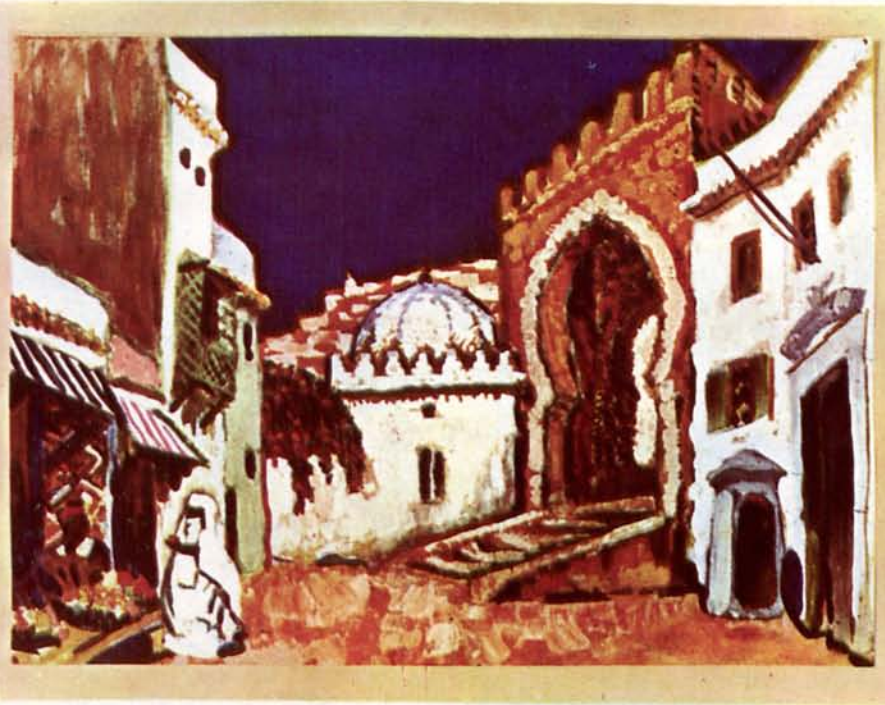
El pueblo de Madrid, antes que hincha del Madrid o del Atlético, lo ha sido de Lope y de don Ramón de la Cruz, de Miquelete o la Calderona. Madrid contagia el teatro y hombres de otras disciplinas como Cervantes, Quevedo, Valle Inclán, Galdós, Baroja, Azorín, Gómez de la Serna..., médicos, abogados, sacerdotes, militares e incluso reyes y profesores, desembocan en él.

En 1876, fecha de la publicación de la guía de Fernández de los Ríos, registra este ilustre autor veintitantos teatros y varios cafés-teatro en Madrid, que tenía en ese año 360.673 habitantes.

Son muchos los hijos de Madrid que han colaborado en la gran creación del teatro

nacional. Entre ellos, además de los citados, Cervantes y Quevedo, tenemos a Lope de Vega, Calderón de la Barca, Tirso de Molina, Moreto Cavana, Juan Vélez de Guevara, Antonio Zamora, Pérez de Mon-

TEATRO DE ARTE.—BURMANN. Boceto de decorado para "Marruecos".



TEATRO DE ARTE.— (1917-1926) Madrid. Director, Gregorio Martínez Sierra. Teatro clásico español y europeo, autos, teatro poético, pantomima, teatro infantil. Obras de Moreto, Goldoni, Dumas, Molière, Shakespeare, Ibsen, Bernard Shaw, Barrie. Los entonces noveles García Lorca, Concha Espina, Manuel Abril, Luca de Tena, Honorio Maura, Tomás Borrás. Los músicos Turina, Falla, Conrado del Campo, María Rodrigo; las danzarinas Argentinita y María Esparza; los escenógrafos y figurinistas Junyent, Mignoni, Zamora, Fontanals, Barradas, Burmann. Catalina Bárcena, Manuel Collado como intérpretes; etcétera. Esto es en síntesis Teatro de Arte.

talbán, Coello y Ochoa, Juan Bautista Diamante, Leandro Fernández de Moratín (los Moratines), don Ramón de la Cruz, Alvarez Cienfuegos, Patricio de la Escosura, Hartzenbusch, Echegaray (premio Nobel), Tamayo y Baus, Ricardo de la Vega, Javier de Burgos, Tomás Luceño, Benavente (premio Nobel), Jardiel Poncela, Martínez Sierra, Edgar Neville, etc., y actores, actrices, directores y escenógrafos cumbre. Otro madrileño, Agustín de Rojas Villandrando, nos dejó una serie inapreciable de datos para la historia del teatro en su «Viaje Entretenido».

Ante este panorama cultural de primera clase, que en cualquier país sería ensalzado y motivo de orgullo, aquí se saca la siguiente conclusión: descentralización. No difusión, divulgación o propagación, no; descentralización, cuando, además, lo que se pretende es todo lo contrario: centralizar el teatro en manos del Estado. Y es que los españoles somos muy difíciles.

ESTADISTICA.—El delegado provincial del Ministerio de Información y Turismo nos informa que en Madrid hay 30 teatros, 19 cafés-teatros y 90 salas de fiestas con espectáculo. Partiendo de estos datos ciertos, puede realizarse el trabajo analítico de determinar el número de representaciones anuales; compañías, autores, estrenos, actores, veces que ha sido representada cada obra, etcétera.



JUAN GRIS (José Victoriano González) (1887-1927).—Retrato de Pablo Picasso en el Art Institute de Chicago, expuesto en los "Independientes" en 1912, con el título de Homenaje a Picasso.

PINTURA

ESQUEMA HISTORICO. — En Madrid se produce toda la pintura universal que ha creado España. Aquí nacen todas las producciones de Velázquez y de Goya, durante los cincuenta años de residencia en nuestra villa del aragonés y los cuarenta del sevillano. Con el binomio glorioso albordea en Madrid el impresionismo y todo el concepto de la pintura moderna lo establece el coloso de Fuendetodos en los madriles: el puro impresionismo de San Antonio de la Florida, el expresionismo en la Quinta del Sordo, el romanticismo en los «Fusilamientos de la Moncloa». Utiliza por primera vez la litografía como medio de expresión artística y crea un nuevo concepto del aguafuerte. Tiene Madrid una ilustre escuela de pintura en el siglo XVII y otra en la actualidad. Sus ilustres colecciones particulares tienen talla internacional, como lo demuestran las que se han convertido en museos: el Cerralbo, el Valenciano de don Juan, el Lázaro Galdiano. Palacios y templos están llenos de obras inmortales y palacios y templos contribuyen con obras decisivas a enriquecer el

Prado. En palacios y templos, techos maravillosos de los que el autor ha registrado más de cien, debidos a pinceles tan ilustres como los de Mengs, los Tiépolo, Giaquinto, Lucas Jordán, Goya, los Bayeu, Vicente López, etc. La capital de los españoles y su provincia están henchidos de pintura. Más de 250 Goyas, de ellos 115 en el Prado; 80 Velázquez, 50 en nuestra primera pinacoteca, hay 65 Riberas, 50 en el museo. Los Grecos son 45 en la provincia, de los que 32 están en sus salas y si en la gran colección hay 36 Tizianos, en la provincia 48, etc.

El pueblo de Madrid desfila un día ante un cuadro de Velázquez expuesto en las gradas de San Felipe Neri. Los pintores abren admirativos sus ojos fascinados por el costumbrismo madrileño. Antes que Goya, ya el pintor francés Miguel Angel Houasse, había pintado una «gallina ciega», «un columpio», unas «lavanderas», un «baile campestre» y «una merienda». Como protagonista, el pueblo de Madrid, Lorenzo Tiépolo se adentra por lo madrileño y pinta «pareja de majos», «el majo de de la guitarra», «el majo y la acerolera» etc. El boloñés Luis Jappelli y Brambilla, pintan la villa del oso y el madroño. Entre los españoles, Velázquez se sorbe la

luz plateada y las azules lejanías de nuestro Guadarrama. Pintan a nuestro pueblo Paret Alcázar, Ramón y Francisco Bayeu, Maella, Castillo y... sobre todos, Goya. Goya y Madrid son una perfecta simbiosis. Mucho le debe Goya a Madrid. Mucho debe Madrid a Goya. En la obra del baturro el «leitmotiv» es el pueblo de Madrid. En sus cuadros, techos, aguafuertes, litografías, dibujos, esta nuestra villa y sus gentes. Síntesis de esto es su cuadrito «La pradera de San Isidro», lienzo pequeño de tamaño; pero gigante en sus significados. De él dice el ilustre crítico y tratadista francés Pierre Gassier que es «verdadera apoteosis de Madrid, de su pueblo, de su luz. Esa fiesta de San Isidro sigue siendo, merced a los pinceles de Goya, el más hermoso ejemplo de **pintura clara** que pueda citarse cien años antes del impresionismo». Para Sánchez Cantón este cuadro es «la obra de un enamorado de Madrid y de su luz». El maestro Camón Aznar se expresa así: «y cuando su numen es la alegría no hay en todo el arte unos cuadros más radiantes y excitantes de la felicidad del mundo que los suyos». Para d'Ors pintó lo que vio «a partir de Madrid», «camino de Europa».



«En la pradera de San Isidro hay ya una representación plástica y auténtica del Madrid que Goya conoció. No me refiero a la fisiografía de Madrid, su palacio Real, sus cipreses, las quillas vueltas de sus tejados; sino a los elementos esenciales del paisaje madrileño: «la luz, el color, el aire, la atmósfera, el horizonte», nos dice Gil Fillol y Eugenio Montes... «el espacio que se estruja entre el Palacio Real y la orilla izquierda del río por un lado y la montaña del Príncipe Pío por otro, le inspiraron a Goya los trazos más genuinamente descompuestos, más democráticos que garabatean en toda la historia humana». Terminemos con las palabras del concienzudo estudioso de Goya en su creación tapicera de Sambricio: «La pradera

de San Isidro, maravilloso boceto de excepcional interés en el proceso evolutivo de su arte, tanto por su pleno dominio y magistral ejecución de la técnica por transparencias y veladuras que tímidamente iniciara en anteriores lienzos, y que en éste plenamente lograra en el luminoso y apenas esbozado paisaje que refleja la luz plateada del cielo radiante de Madrid que, tras el río Manzanares, se divisa con la esbelta cúpula conventual de San Francisco el Grande y la maciza silueta del Palacio Real.»

Nos hemos extendido un poco ante este cuadrillo porque es un punto clave para explicar el nexa trascendente Madrid-Goya-Madrid. Madrid-pintura universal. Si, los hijos de la carne de Goya, nacen en nues-

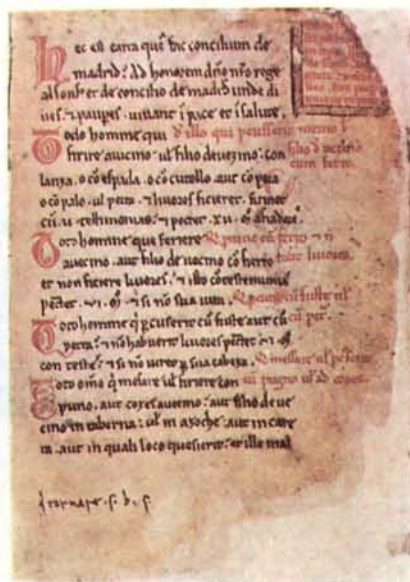
tra capital, por su enlace con Josefa Bayeu, los del espíritu ven la luz aquí por su matrimonio con Madrid. Como el rey don Juan ante Granada, en el romance de Abenámar. Goya está diciendo, constantemente: si tú quisieras Madrid, contigo me casaría.

No podemos detenernos con igual morosidad en Velázquez y otros genios de la pintura que desarrollaron su actividad en este escenario; pero no queremos terminar este capítulo, sin recordar a los hijos de Madrid que han aportado su esfuerzo a este arte para añadir laureles a la pintura española. Madrileños museables del siglo XVII son, entre otros, Fray Juan Ricci, José Antolinez, Juan Arellano, Antonio Arias, Francisco Camilo, Eugenio Caxes,

Juan Bautista del Mazo, Francisco Collantes, Francisco Ricci, Claudio Coello, etc.; del siglo XVIII, José Castillo, los González Velázquez, Paret Alcázar, Juan Antonio Ribera y, luego, los Lucas, Alenza,

Alejandro Ferrant, Ulpiano Checa, Luis Madrazo, Palmaroli, Alejo Vera, Eduardo Rosales, Enrique Martínez, Cubells Ruiz, Valentín Zubiaurre, José Solana, Juan Gris, etc.

ESTADÍSTICA.—Esta gran tradición pictórica desemboca en el momento actual, de plenitud y de grandeza, de pleamar. Los últimos años venían celebrándose en Madrid entre 300 y 350 exposiciones, con más de mil artistas. Recientemente, estas cifras han sido ampliamente superadas. El autor de estas líneas tiene registrados 130 salones de exposiciones, en su mayoría particulares, sin incluir las de los colegios mayores y otros centros oficiales. Hay seis salas de subastas, en las que en sólo un mes se han vendido 50 millones de pesetas en obras de arte. En las salas de exposiciones nuestras aparece con una fecunda insistencia, compañero inseparable de las obras expuestas, el cartelito de «vendido». Hay bastantes salas de venta de pintura novel y copias repartidas por toda la capital e infinitos comercios de estampas, cuadros y trabajos para el arte, galerías permanentes de artistas, como las de los Lapyesse o la de Garbayo, exposiciones al aire libre en la Plaza Mayor, en el Rastro, en el Prado, exposiciones en las fiestas de barrio, concursos infantiles, premios, etcétera. ¡Cuán fecundo sería encerrar en las escalas numéricas de la estadística todas estas manifestaciones!



Una página del Fuero de Madrid, otorgado por Alfonso VIII (1158-1214).

LIBROS

ESQUEMA HISTORICO. — Por la meseta quiebran albores en la producción del libro impreso, y en la vecina, entrañable e ilustre Segovia, va para cinco siglos, que aparecen los primeros incunables españoles. Más cerca de la Puerta del Sol, y ya en el siglo XVI, ve la luz en la docta y milenaria Alcalá de Henares, ese monumento, gloria de la bibliografía universal, que se llama Biblia Políglota o Complutense.

En Madrid aparecen todas las primeras ediciones cervantinas: unas en la imprenta de Juan de la Cuesta, otras, como el viaje al Parnaso y Comedias y entremeses, en la de la Viuda de Alonso Martín. Y montones de primeras ediciones de Lope de Vega, Calderón, Quevedo, Tirso, Ruiz de Alarcón, Moreto, etc., buscadas con ahínco por bibliófilos y coleccionistas, como los bellos ejemplares de Ibarra

ESTADÍSTICA.—La producción librera española no necesita de nuevas aportaciones en el terreno estadístico, porque siendo el libro ya un producto industrial en uno de los aspectos, valorado en muchos miles de millones de pesetas, de los que una gran parte producen, a través de la exportación, divisas, existen ya bastante detalladas y precisas. Respecto a Madrid, pudiéramos decir que nuestra villa en esta rama es, como en el teatro y el arte, primer contribuyente. Porque en nuestra capital el libro está en todos los ambientes y en todas partes. Según la Delegación Provincial del Ministerio de Información y Turismo, hay aquí 1.090 imprentas, 345 editoriales, 425 libreros y distribuidores, 980 quioscos en los que la venta del libro está presente. Hay una feria permanente de libros de ocasión y una feria anual del libro, que en quince días desborda los cuarenta y tantos millones de pesetas de ventas. Ahora bien, si de la parte comercial pasamos a la industrial, el Anuario Estadístico de España nos informa que en el año 1969 salieron a la luz en España 19.037 títulos, con 160 millones de ejemplares, de los que las prensas de Madrid produjeron 8.428 títulos y 90.961.000 ejemplares. De estos títulos, 5.915 son libros, con una tirada de 68.319.000 ejemplares, correspondiendo el resto a folletos, lo que arroja una tirada media de 11.550 ejemplares para las obras impresas en la capital. En 1970, últimos datos publicados en el Anuario de 1971, los títulos madrileños son 8.195, los ejemplares 80 millones y los libros 5.589.

Los fondos bibliográficos que hay a orillas del Manzanares son inmensos. Según el censo de bibliotecas de España del Instituto Nacional del Estadística (1962) y de la guía de las bibliotecas de Madrid de la Dirección General de Archivos y Bibliotecas, servicio de publicaciones (1953), hay en la capital 243 bibliotecas. De ellas, dos con más de un millón y medio de volúmenes; 5, con más de 200.000; 6, con más de 100.000; 5, con más de 50.000, y 21, con más de 20.000. En 16 de ellas se conservan incunables, códices y manuscritos. Existen muchas bibliotecas especializadas en academias, colegios profesionales y cámaras.

EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

Compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra.

DIRIGIDO AL DUQUE DE BEJAR, Marqués de Gibraltar, Conde de Benalcaz, y Bañares, Vizconde de la Puebla de Alcocer, Señor de las villas de Capilla, Curiel, y Burgillos.



Año 1608.

Con privilegio de Castilla, Aragón y Portugal. EN MADRID, Por Juan de la Cuesta. Vendete en casa de Francisco de Robles, librero del Rey nuestro Señor.

Portada de "El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha", editada por Juan de la Cuesta en 1608.

MUSICA

BREVE REFERENCIA HISTORICA. — También aquí, en la meseta, a muy pocos kilómetros de la Puerta del Sol, en la cuajada de historia y tradición, en la imperial Toledo, se eleva ese monumento musical de la Edad Media, que son las cantigas de Alfonso El Sabio. En seguida empieza Madrid, su grande e ininterrumpida tradición musical. Aquí reside y publica gran parte de su producción musical el burgalés Antonio Cabezón, a quien Pedrell llama el Bach español; aquí fue organista de las Descalzas Reales, el insigne polifonista abulense, comparado por alguien a palestrina, Tomás Luis de Victoria; aquí vivió y murió, como capellán de la capilla del Obispo, el músico-poeta, que añadió la quinta cuerda a la guitarra, Vicente Espinel; más tarde, Doménico Scarlatti y Luigi Bocherine, escriben y se inspiran en el pueblo de Madrid. Pronto, Lope escribe una égloga pastoral para ser representada ante SS. MM. y en 1629, nace en Madrid, de manos de un madrileño, Lope de Vega, la primera ópera española: «La selva sin amor»; más tarde, Calderón de la Barca, en el Coliseo del Buen Retiro, primer teatro de ópera de Madrid, que luego se convertiría en uno de los más grandes y suntuosos de Europa, estrena, en 1659, una ópera titulada «La púrpura de la rosa». Entre el repertorio operístico de Calderón está «Celos aun del aire matan», con música del también madrileño Juan Hidalgo.

Otros poetas madrileños, Juan Vélez de Guevara y Bocángel, escriben libretos para ópera en el siglo XVII. Posteriormente, a partir de 1735, pasa a ser teatro de la ópera «Los caños del peral». Para él se contratan hasta 150 funciones anuales de ópera. Después, en 1850, el Real y, antes y después, ópera en los teatros del Príncipe, de la Cruz, Príncipe Alfonso, en el Alhambra, en el teatro circo, en el Rosini, en los Campos Elíseos, en los jardines del Buen Retiro, en el Calderón, Apolo, Zarzuela, etc. Don Ramón de la Cruz, en el siglo XVIII, escribe óperas y zarzuelas de cámara, alguna con música de Bocherini, para ser representadas en teatros privados de los palacios de los duques de Alba y Osuna, condes de Aranda y Floridablanca, etc.

También de la mano de Calderón nace en Madrid, con carácter universal, en 1648, la zarzuela con la titulada «El jardín de Falerina». Luego escribiría muchas más. Zarzuela grande y género chico nacen también en Madrid debidos al ingenio de Barbieri en «Jugar con fuego», y a Chueca con la «Canción de la Lola». Otro género genuino nacido a orillas del Manzanares es la tonadilla escénica.

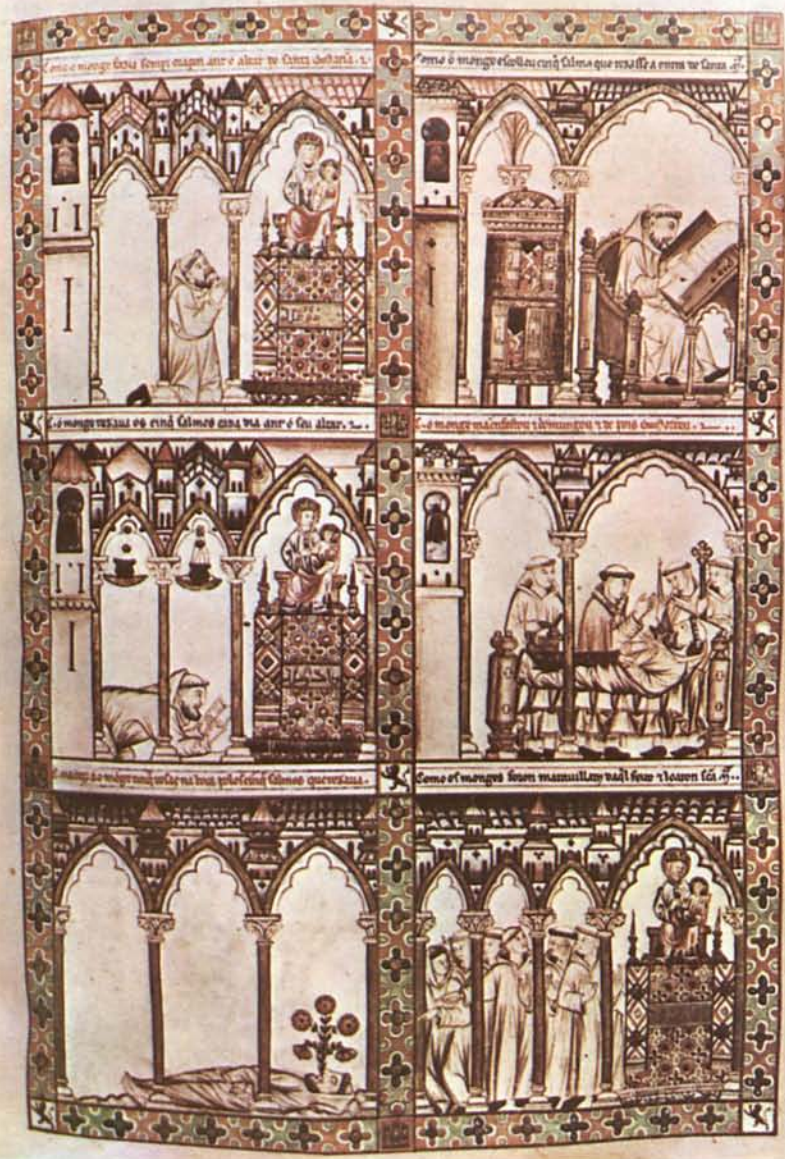
La música de cámara y de capilla tiene su auge en el siglo XVIII y principios del XIX.

Con el mil ochocientos empiezan las actuaciones de grupos sinfónicos en la capital de España. En la corte, en palacios particulares, en el Conservatorio, al aire libre, se dan conciertos. Varias orquestas actúan durante el siglo y, desde 1866 y casi sin solución de continuidad, la de la Sociedad de Conciertos, que enlaza, en 1900, con la Sinfónica de Madrid y de ésta y de la Filarmónica nacería la actual Orquesta Nacional, producto de la afición de nuestra villa, que sigue dando su principal aporte para su sostenimiento económico. Además del Conservatorio, por el que pasan, entre otros, Falla y Turina y profesan Sort, Pedrell y Tragó, existen academias particulares.

Los fondos musicales de Madrid son inmensos. Más de 64.000 partituras se guardan en la Biblioteca nacional; 40.000, en la Biblioteca Circulante Musical del Ayuntamiento, entre ellas 50 sobre Don Quijote. Sólo óperas del siglo XVIII guarda 300, el Conservatorio, 487 manuscritos de tonadillas y 32.000 piezas sueltas; en la biblioteca de palacio y en mansiones particulares existen riquísimas colecciones musicales.

Algunos madrileños han dedicado sus afanes a la música. Recordemos, por ejemplo, a Juan Hidalgo, muerto en 1685, autor de la partitura más antigua que se conoce de ópera española; a José Tragó, compositor, pianista, profesor en el Conservatorio de Falla y Turina; al musicólogo padre Arteaga; a Barbieri, compositor, director y musicólogo; a Conrado del Campo, compositor y profesor del Conservatorio; a Federico Chueca y Quinto Valverde, compositores; a Fernández Arbós, compositor y director, y muchos más. Hoy representan a nuestra capital, entre otros, los Halfter y Moreno Torroba.

Muchos de los datos de la historia musical de Madrid los he obtenido en lecturas de los libros de don José Subirá, incomparable y singular cronista de la musicología madrileña. Aprovecho esta ocasión para rendirle homenaje de admiración y respeto.



ALFONSO X, el Sabio (siglo XIII). Cantiga LVI, de las Cantigas de Santa María, conservado en El Escorial.

ESTADÍSTICA.—Es en esta disciplina musical donde está haciendo más falta y con mayor urgencia someter a número su actividad. Desde la música medieval a la electrónica, el madrileño asiste a cientos de conciertos todos los años. En plena temporada se dan cinco sinfónicos semanales con la etiqueta de no hay billetes, programas extraordinarios, recitales, sesiones de cantar y tañer, Juventudes musicales, Alea, Festivales de América y España, semanas de música nueva, conciertos en el Ateneo, Cultura Hispánica, Puente Cultural, Museo Romántico, Círculo Medina, Sociedad Hispano Austriaca, colegios mayores, institutos extranjeros de Cultura de Italia, Alemania, Francia, británico, etcétera.

OTROS ACTOS CULTURALES.—¿Cómo termina este trabajo sin hacer una referencia, aunque somera, a ese mundo de la cultura aún no relacionado? A esas 3.000 conferencias anuales sobre todos los temas del cielo y de la tierra, del alma y el cuerpo, que entre siete y nueve das o te dan en Madrid; hay que añadir alrededor de medio centenar de congresos anuales. Y simposios, seminarios, mesas redondas, sesiones académicas, lecturas, coloquios, tertulias, saloncillos, cineclubs, etcétera.

Creemos haber dado la atmósfera espiritual y cultural de los españoles; pero insistimos en que urge llenar de precisiones numéricas, este colosal ímpetu creador de Madrid, encerrándolos en los límites precisos de la estadística.

Cómo Madrid pagó un parque y se quedó sin él

El Casino de la Reina

Por JOSE DEL CORRAL

PARA muchos madrileños el nombre de «Casino de la Reina» será, seguramente, algo nuevo o casi nuevo. Sólo los conocedores de la historia de Madrid recordarán que fue un parque que el Ayuntamiento compró y construyó en los confines del barrio de Embajadores y en los comienzos del siglo XIX. Cómo y por qué nació este parque y su situación actual, totalmente perdida para la villa, es el objeto de este artículo que pretende narrar la divertida historia de este curioso caso madrileño.

El Casino de la Reina estuvo —y en cierta medida está— situado entre las calles de Embajadores, Ronda de Toledo, Ribera de Curtidores y Casino. Esta última conserva todavía el nombre de aquella posesión y es casi el último recuerdo de ella. Se encuentra, pues, en una parte de Madrid superpoblada absolutamente falto de arbolado y de espacios libres, cercana a la zona industrial, hoy inmensa, del otro lado del Manzanares y precisada, más que otra alguna, de un lugar de respiro entre el incesante tráfico que llena las estrechas calles, que no nacieron para tanto pasar y que se trazaron mucho antes que el motor de explosión.

En aquel lugar el Ayuntamiento adquirió la huerta del licenciado Bayo, de cuya historia no nos vamos a ocupar ahora, pues sería suficiente tema para este trabajo, y en ella levantó un magnífico parque, unos deliciosos jardines, que idealmente y aún sobre plano, podremos también recorrer en nuestra exposición, un pequeño palacio y todas las dependencias anejas necesarias así como numerosos quioscos de recreo, grutas artificiales, templetas, delicadas casitas, tan queridas de la época y hasta una ría navegable para embarcaciones ligeras como aquellas que, talladas y doradas, surcaron las aguas del Tajo en Aranjuez.

Todo esto se hizo y construyó para ofrecerlo en regalo a la segunda esposa del rey Fernando VII en ocasión de su segundo embarazo. Lo decimos como lo mencionaban los cronistas del siglo XIX. Y verdaderamente dicho así, suena extrañamente y aun parece escasa ocasión para tan regio regalo, que inmediatamente se anota en la lista de las absequeosidades y tributos rendidos en la época absolutista del más absolutista de nuestros monarcas.



La reina doña Isabel de Braganza, segunda esposa de Fernando VII, para quien el Ayuntamiento de Madrid compró el terreno y construyó el bello parque que se llamó el Casino de la Reina. Retrato por Vicente López, en el Museo del Prado.

Algo y aun mucho, hay efectivamente de eso en el regalo municipal, pero convendrá aclarar también lo excepcional de la situación, que justifica en cierto modo el regio regalo de la villa.

LA OCASION DEL REGALO

Sabido es que, el después rey Fernando VII, realizó su primer matrimonio, todavía príncipe de Asturias, con María Antonia de Nápoles el año 1802 llegando la nueva princesa a Barcelona el 30 de septiembre de ese año. Pero el matrimonio fue de corta duración, ya que la princesa

falleció el 21 de mayo de 1806, sin haber ocupado por tanto el trono y todavía lejos del motín de Aranjuez al que llegó Fernando viudo. En tal estado continuó durante los días previos de la francesada y durante su cautiverio en Valençay en el que pretendió emparentar con el emperador de los franceses.

Restituido al trono español, deseaban todos los españoles el casamiento del rey, indispensable para lograr la continuidad de la dinastía, y en 1815 comenzaron las gestiones para su unión con doña María Isabel de Braganza, princesa de Portugal, a la sazón en el Brasil donde, como emperadores de aquel territorio, residían ante los temores napoleónicos los reyes portugueses. El 22 de febrero de 1816 se firmaron los tratados y el 4 de septiembre, a la una y media, fondeó el puerto de Cádiz el navío portugués «San Sebastián» en que llegaba la futura reina y su hermana que había de matrimoniar con el infante don Carlos María Isidro, después cabeza del tradicionalismo.

El 5, tras de los desposorios celebrados a bordo, se realizó la entrega de las princesas, que fueron recibidas por el conde de Miranda, con poderes del rey, y trasladadas a una falúa española cuyo timón gobernó el capitán general del departamento, don Baltasar Hidalgo de Cisneros. El 28 de septiembre entraban las princesas en Madrid, donde se había organizado un extraordinario recibimiento, acorde con la importancia que España entera daba al casamiento real, verdaderamente el primero, aun cuando estuviera precedido de otro lejano que no había dejado descendencia y había sido prácticamente olvidado.

Llegados los reyes e infantes a la puerta de Atocha, por donde hicieron su entrada, ya que Fernando y Carlos habían salido a Aranjuez a conocer a sus novias, recibieron el saludo del Ayuntamiento de Madrid, que allí les esperaba, a caballo, delante los ministros inferiores de gala, después cuatro maceros con ropas de terciopelo carmesí con franjas de oro y las mazas, luego por su antigüedad el procurador general, escribanos y regidores, con sus uniformes de gran gala y sin botas, y entre los dos últimos regidores el corregidor que lo era don León de la Cámara y Cano —desde 18 de enero— del consejo de S. M., oidor horario de la Real Canci-

llería de Valladolid, que «arengó a S. M.». La arenga, que no conocemos, la creemos de bienvenida, saludo y acatamiento. Después de arengados, continuó la comitiva, tomando el primer puesto el Ayuntamiento delante de los guardias de corps y siguiendo al corregidor el aguacil mayor, contadores y receptores.

El camino fue triunfal, entre adornos y arcos, siguiendo por el Prado, calle de Alcalá, Puerta del Sol, Carretas, Atocha, Plaza Mayor y calle Mayor a Palacio. Ya el Ayuntamiento, desde el 16 de febrero anterior en que fue comunicado oficialmente el casamiento, se había dedicado intensamente a la preparación de los festejos, por los que el 2 de octubre siguiente el rey concedió el tratamiento de señoría a los regidores.

Es de suponer que fuera de esos preparativos cuando se iniciara la idea de construir un jardín y palacio para la nueva reina: nuestro Casino de la Reina, con nombre italianizante, en cuya lengua, la voz «casino» tiene el significado de casa de campo. Casi en el campo, efectivamente, está la nueva posesión real, ya que

sus límites coincidían en uno de sus lados, precisamente donde su entrada principal, con lo tapia que cercaba la villa, sobre la actual Ronda de Toledo.

Como levantar un palacio y sus dependencias y construir un jardín no es cosa de un día, dio lugar a que en 1817 se hiciera público el primer embarazo de la reina —que valió al ministro Lozano de Torres, que lo publicó, la Gran Cruz de Carlos III— y también a que el 21 de agosto de dicho año la reina diera a luz a la infanta María Isabel Luisa, y aun a que muriera esta el 9 de enero de 1818, sin que la posesión —todavía municipal— estuviera preparada.

Fue el 25 de abril de 1818 cuando el Ayuntamiento hizo la entrega, apoyándose entonces, seguramente que ocasionalmente, en el segundo embarazo, más importante aún, puesto que el primero no tuviera resultado viable; pero entonces ya no era corregidor don León, sino don José Manuel de Arjona, desde el 11 de septiembre de 1817. El regalo hubo de pesar en el ánimo regio, puesto que el 25 de noviembre el rey concede privilegio

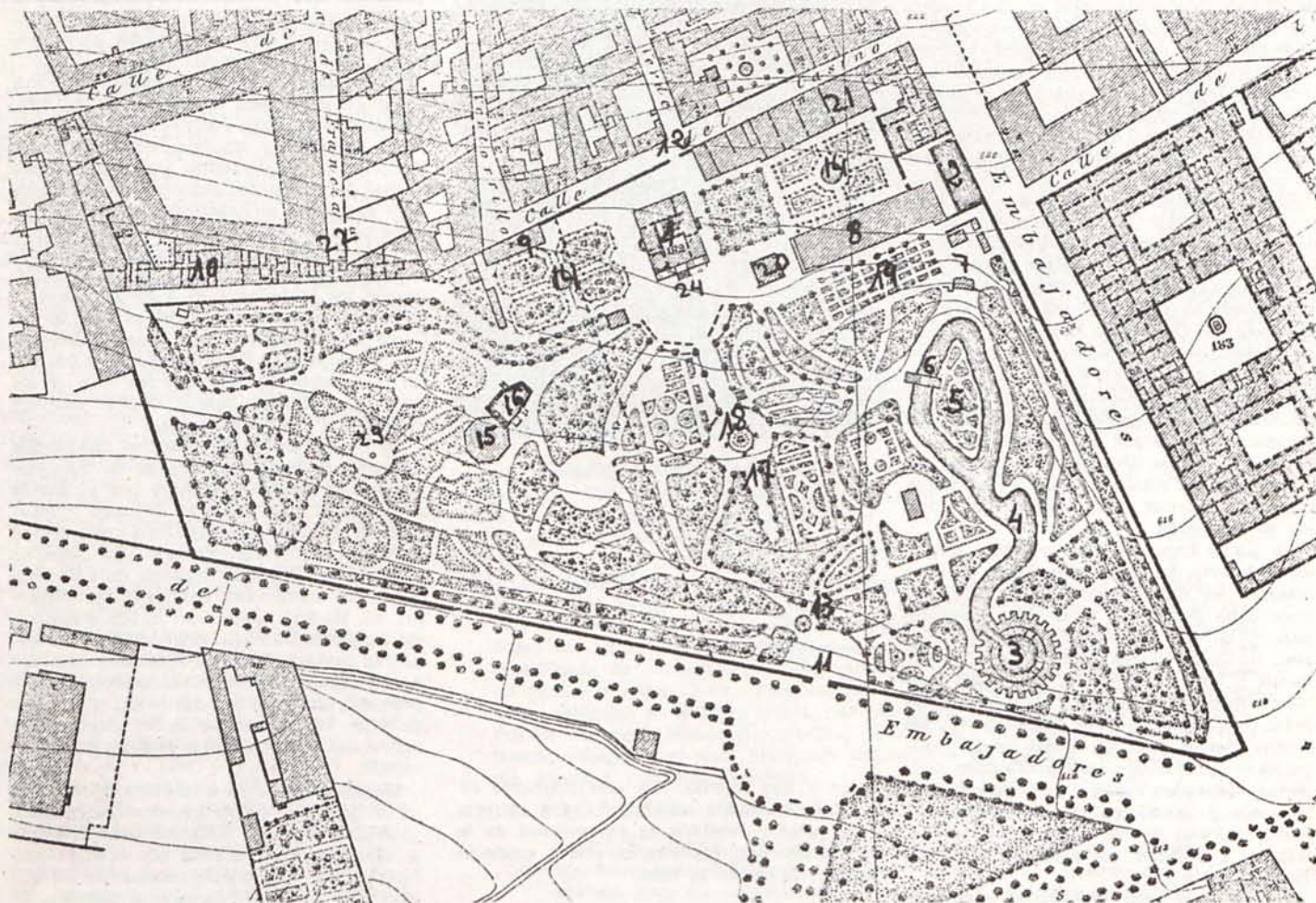
al Ayuntamiento para asistir al cuarto de la reina y ser testigo del alumbramiento, en ocasión en que fueron muy reducidos los invitados.

Hizo bien el Ayuntamiento en precipitar su donación, pues si no lo hace, no tuviera lugar que el 26 de diciembre de 1818 murió la reina de alferecía y con ella también la criatura en gestación, volviendo a quedar viudo y sin hijos el rey Fernando, para continuar la todavía larga serie de sus matrimonios, que ya dejan de interesar a nuestro tema.

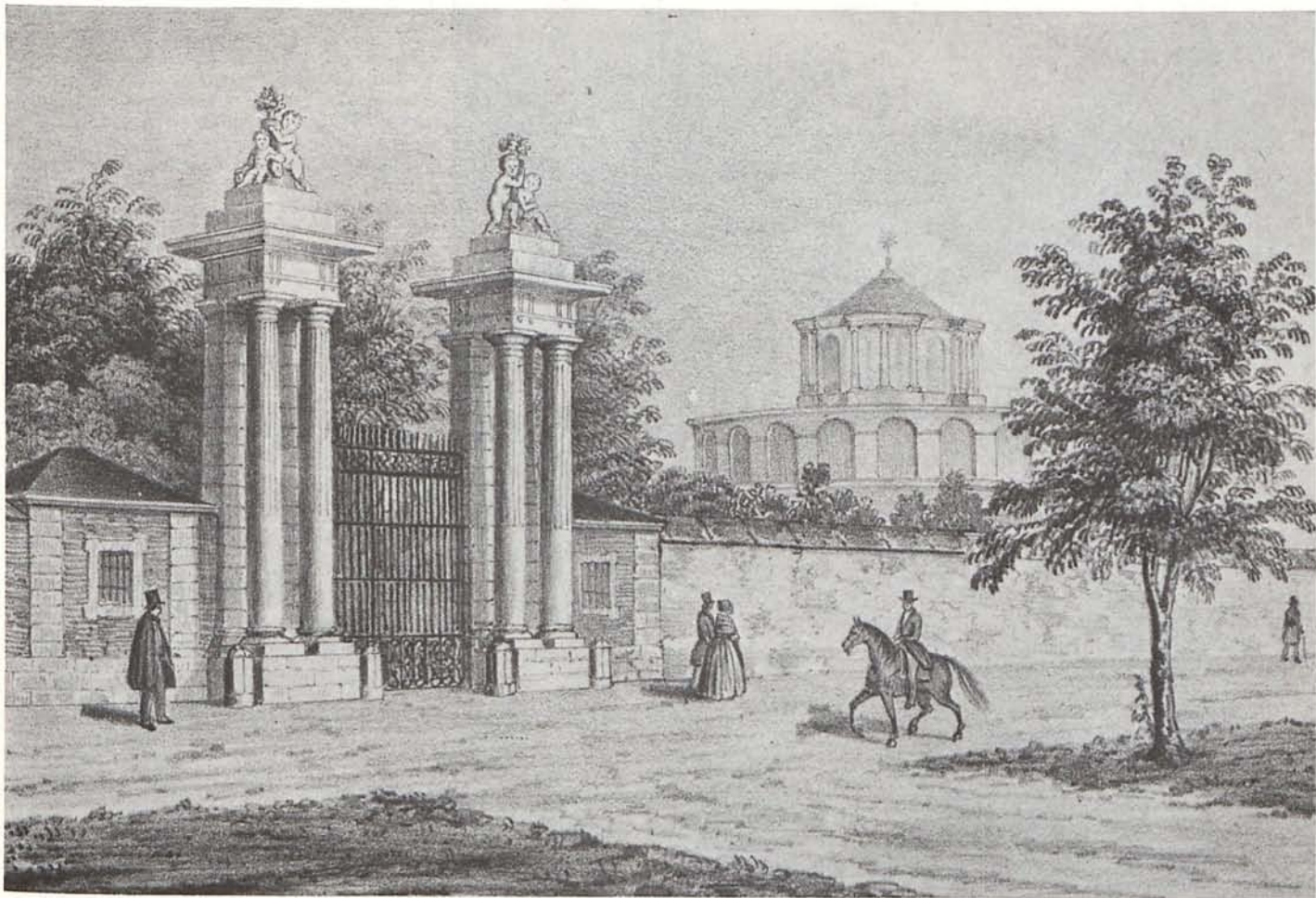
COMO ERA EL CASINO DE LA REINA

Momento es ya de ocuparnos de una descripción, siquiera sea incompleta por las mutilaciones sufridas, del parque objeto de nuestro tema, del Casino de la Reina.

En la situación que quedó indicada, en uno de los confines de la villa, la posesión media trece fanegas, cuatro celemines y ciento sesenta pies cuadrados en su totalidad. En ella habrá que contar un palacio de 5.040 pies cuadrados, de dos



El Casino de la Reina, todavía íntegro, en el Plano Parcelario de Madrid de 1874, realizado por el Instituto Geográfico y dirigido por Carlos Ibáñez e Ibáñez de Ibero.—Explicación del Plano: 1) Palacete. 2) Estanque de riegos. 3) Rotonda del dique de la ría. 4) Ría navegable. 5) Isleta. 6) Puente. 7) Gruta artificial. 8) Estufa grande. 9) Estufa pequeña. 10) Casa de familia. 11) Portada de ingreso. 12) Puerta falsa de carros. 13) Fuente con grupo escultórico de Castor y Polux. 14) Fuente circular y jardines. 15) Rotonda con cúpula para albergar la noria. 16) Baño de caballos. 17) Emparrado. 18) Cenador. 19) Emparrado de setecientos pies cuadrados. 20) Casita rústica. 21) Dependencias de servicio. 22) Salida de la Casa de Familia a la calle de la Peña de Francia. 23) Estatua. 24) Escalinata de acceso al palacete.



Un grabado de hacia la mitad del pasado siglo donde se representa la puerta principal del Casino de la Reina en la Ronda de Toledo, que hoy está colocada dando acceso al Retiro por la plaza de la Independencia. Sobre la tapia de cerramiento del jardín asoma la gran rotonda con columnas y cúpula que alberga el dique mantenedor de la ría que se hizo en el interior, y que también guardaba las falúas que navegaban sobre esa ría alrededor de la isleta con puentecillo y casitas chinescas. A los lados del ingreso, los pequeños pabellones de la portería.

plantas y boardillas, con acceso por una escalinata de tres ramas, adornadas con diez bustos de mármol, y en cuyo interior la sala principal se recorría de un zócalo de mármoles y adornaba con un techo pintado al temple por el célebre don Vicente López sobre el tema «Alegoría de la donación del Casino a Isabel de Braganza por el Ayuntamiento de Madrid», que se conserva y hoy figura como techo de la sala XXXIX del Museo del Prado y cuya reproducción acompaña a este trabajo. El centro de ese techo decorativo está formado por una pintura —cuyo detalle también puede ver el lector en estas páginas— que representa el breve y lindo palacio, pieza principal del regio regalo ofrecido por el Ayuntamiento.

No era esta la sola construcción allí existente. Un dique, contenido en un templete circular de tres cuerpos, con columnas y cúpula, que puede verse en un grabado antiguo de la puerta principal, que también reproducimos; era el arranque de una ría que tenía 210 varas de longitud y cinco de anchura y corría por un canal de fábrica, con cauce de ladrillo, dejando una isleta en su centro, a la que podía llegarse por un puente chinesco de piedra con barandillas de hierro y en la que había un cenador, también chinesco. La rotonda que servía también para



Lo que todavía queda. Restos del antiguo jardín en el viejo recinto, y que pueden ofrecer un recuerdo de lo que fuera en sus días de esplendor.



Detalle central del techo de Vicente López para el salón principal del Casino de la Reina, hoy en el Prado. En él se representa el palacete para el que el techo fuera pintado.

encerrar las falúas que podían recorrer esta ría en una breve y encantadora —estamos a las puertas del romanticismo— navegación entre jardines. Un poco más allá de la ría —hacia el norte— una gruta artificial con asientos y mesas. A los dos costados del palacio, cuidados cuadros de jardín, centrando uno de ellos las construcciones de la servidumbre, y ambos con fuentes artísticas. El ángulo formado por las calles de Embajadores y Casino lo ocupaban las habitaciones de servidores, con capilla y salas de reunión, y con dos pisos y boardillón, en uno de cuyos patios se escondía el gran estanque para los riegos de la finca. Cerraba un rectángulo con ellas la gran estufa, de 157 pies de largo por 37 de ancho y 19 de alto, con fachada al sur de cristales y en

la que se llegó a dar algún baile en las postrimerías del reinado de Isabel II. Otra estufa más pequeña, adosada a la tapia de la calle del Casino, tenía 856 pies cuadrados. Y todavía quedaba, en el ángulo hacia la Ribera de Curtidores —adonde no llegaba la calle del Casino, cerrada precisamente por estas construcciones—, la Casa de Familia, con 9.342 pies cuadrados, bajo, principal y boardillas, que tenía en el bajo seis viviendas, pajar y cocherón de 4.330 pies cuadrados, guardarnes y cuadra-enfermería, y en el principal, nueve viviendas, y sobre ellas tres boardillas. La Casa de Familia tenía salida directa a la calle del Peñón de Francia.

Todavía por los jardines quedaban muchas pequeñas sorpresas: una noria, en-

cerrada en una construcción octogonal con cúpula y un estanque inmediato para baños de caballos; cenador con canapés circulares y un grupo central de tres figuras de bronce sosteniendo un jarrón con plantas; un gran emparrado en la parte baja y otro en la alta; una casita rústica de 684 pies cuadrados con un gabinete circular con fuente central de mármol; fuentes con grupos escultóricos y estatuas entre los jardines, entre ellas creemos que estuvo aquí la magnífica de Felipe II, por Pompeyo Leoni, que después fue a la Academia y hoy está en el Prado y que el Ayuntamiento reprodujo, a mayor tamaño, para colocarla entre Palacio y la Catedral.

Del tono de estas construcciones nos podemos hacer una idea, puesto que han desaparecido, si contemplamos las casitas rústicas del Retiro, construidas también en esta época por Fernando VII, y precisamente para la reina doña Isabel de Braganza, y el desaparecido Salón Oriental del Retiro, del que se conservan numerosos grabados.

Hacia la calle del Casino, tenía la posesión la Puerta de Carros, sin relieve arquitectónico, pero el del ingreso principal se hacía por la Ronda, por una puerta que reproducimos en un grabado de hacia mediados del siglo XIX y que es la misma que hoy da acceso al Retiro por la plaza de la Independencia (Puerta de Alcalá). Bellísima puerta, que es uno de los escasos restos conservados de este jardín, sobre el que hemos de ver que sopió un viento de destrucción y de locura.

COMIENZA LA DESTRUCCION

En los comienzos de 1867 se da una extraña orden que indica que el Casino había sido olvidado por la reina Isabel II: el traslado al Museo del Prado del techo que, para el salón principal del palacete, pintara Vicente López y que en febrero queda colocado en la pieza que hoy es la sala XXXIX y que era entonces gabinete de descanso de la reina en el Museo —tocador era la pieza junto a ella, que aún conserva también decoración mural pompeyana de entonces—, sala que tenía las mismas medidas que para la que fue pintado en el Casino. Allí está desde entonces y, por cierto, que es la única obra guardada en el Prado que no tiene número en su catálogo.

La razón del traslado es desconocida para nosotros. Sería más lógica si se hubiera producido años antes, durante la dirección técnica del Museo de su autor, pero don Vicente murió el 22 de junio de 1850. Una monografía hay, según Sánchez Cantón, sobre este techo, obra realizada por Francisco José de Fabre y editada en la Imprenta Real en 1819, pero no hemos logrado encontrar ejemplar en las bibliotecas madrileñas.

Se ha dado el primer paso. Pronto seguirán otros.

EL MUSEO ARQUEOLOGICO

El 18 de marzo de 1867 («Gaceta» del 21) se firma por la reina Isabel —en lo que Valle Inclán llamó «los amenes isabelinos»— el Decreto de creación del Museo Arqueológico. Era director general de Instrucción Pública Severo Catalina, y



Desde el viejo Portillo de Embajadores, este es el aspecto del Casino de la Reina. Tras la verja que cerró el Buen Retiro, el horrible edificio levantado para Escuela de Veterinaria, que nunca debió construirse aquí.

ministro de Fomento, Orovio. Presidía el Gobierno el general don Ramón María de Narváez —murió presidiéndolo—, que también tenía la cartera de Guerra. Precisamente, en una crisis parcial de este gabinete Severo Catalina alcanzó la cartera de Marina.

A la creación se le dio especial significado y lo tenía, pues suponía por vez primera un comienzo de interés hacia las antigüedades, hasta entonces abandonadas a su suerte, que fue, en tantos casos, perderse. La creación fue muy aplaudida por las minorías cultas.

Nosotros también la aplaudiríamos si no fuera por haber designado en el mismo Decreto para su instalación el Casino. Y no podemos explicarnos la razón. Al otro lado de la Ronda no existían construcciones. Bien podía, pues, haberse situado allí sin dañar nada. Pero no fue así. Hubo de colocarse donde fuera el origen y causa primera de la destrucción y pérdida del parque, que pudo y debió tener —estamos por añadir QUE DEBE TENER— aquella zona madrileña.

Y allí fueron las antigüedades. Mal colocadas, claro. Faltaba sitio. La sala principal, el gabinete ochavado, la gran estufa, todo se ocupó como se pudo.

Después vino el rompimiento de la calle del Casino hasta la Ribera de Curtidores; que le restó otro buen espacio, que se transformó en solares. Bien podía haberse abierto la calle entre jardines, pero no. Se hizo haciendo nuevos solares y destruyendo la Casa de Familia.

Y no paró ahí la cosa. La Escuela de Veterinaria, que había sido creada en 1793 e instalada en la huerta de las Salesas, fue desalojada de su sitio. Un divertido círculo vicioso. Se la quitaba para dar lugar a la construcción del palacio de Bibliotecas y Museos, donde había de instalarse el Museo Arqueológico —y en el sigue— y, en tanto se le hacía, se le construía a la Veterinaria nueva casa... en el Casino de la Reina, que ocupó hacia 1885.

Por eso en 1895, cuando el Arqueológico —que no había podido llegar a inaugurar Isabel II y que abrió Amadeo— se fue a su nueva residencia quedó un nuevo inquilino: la Escuela de Veterinaria. Y en peores condiciones, porque para ella se había construido un edificio que ocupaba casi toda la fachada hacia la calle de Embajadores. Para levantarlo fue preciso destruir la ría, el templete-dique y la gran estufa, aparte de los jardines de aquella parte, claro es.

Y esta depredación no fue la última. Sucesivamente, una biblioteca pública y un grupo escolar tuvieron allí acomodo, con nuevas construcciones, que vinieron a reducir los hermosos jardines.

UN PASADO OLVIDADO

Ya de aquellos lugares empezaba a no quedar nada. Contra toda lógica, en un barrio superpoblado, se arrasaba el único pulmón existente. Y un poco más allá, al otro lado de la Ronda de Toledo, había, hasta muy recientemente, todo el espacio que se quisiera para nuevas construcciones. Campos y solares llenaban todo el contorno y las únicas construcciones —ya lejanas— bien merecían ser arrasadas y sustituidas. Nadie hubiera lamentado el que se tirase el barrio de las Injurias, que magistralmente retrata Baroja en «La Busca».

En aquel Casino de la Reina había pasado su luna de miel la infanta Josefa Fernanda Luisa, hija del infante don Francisco de Paula, hijo menor de Carlos IV —el del Dos de Mayo—, casado con Luisa Carlota Borbón y Borbón, de la casa de Nápoles, su sobrina y hermana de la reina María Cristina, casada después con su hermano Fernando VII.

Este triste edificio se construyó para Escuela de Veterinaria y hoy es Instituto Cervantes. Para levantarlo fue preciso acabar con la ría, con la isleta, el dique y la bella rotonda que lo albergaba, cenadores, puentecillos chinoscos... Y esto fue lo que se construyó para sustituir a todo eso.



La infanta Josefa Fernanda casó en Valladolid en 1848, después de unos amores azarosos y románticos, con don José Güell y Rente, poeta, como mandaba el tiempo en que vivía, el mismo que nos retrata Esquivel en su maravilloso cuadro-documento «Lectura del poeta Zorrilla en el estudio del pintor», hoy en el Museo de Arte Moderno. Güell aparece en la última fila, hacia el centro del cuadro —pintado en 1846—, cuando todavía no se había casado, precisamente sobre la cabeza de Zorrilla, que le oculta la barba y el mentón. Frente despejada, calva incipiente con entradas, bigote y barba corrida. Del matrimonio nacerían dos hijos: Raimundo y Fernando, marqueses después de Valcarlos y de Güell, respectivamente, en 1867 y 1877.

UN PARQUE PERDIDO PARA MADRID

Regalo hecho a los reyes por el Ayuntamiento, es lógico pensar que su destino fuera volver a la dependencia municipal. El Retiro, primero, y la Casa de Campo, después, en las que el Ayuntamiento había intervenido al nacer y al crecer, siguieron este camino en uno u otro momento. Mucho más lógico habría sido la entrega a Madrid del Casino, en vez de ocuparlo con dependencias que nada tenían de relación con el objeto de la donación. El regalo fue a la reina, no al Ministerio de Instrucción Pública que lo ocupó, ya desde antes de nacer, cuando todavía era Ministerio de Fomento.

Y lo sigue ocupando, como hemos de ver.

Creemos que, moralmente al menos, Madrid tiene indudables derechos sobre este parque, que nunca debió de dejar de serlo, pero aún hay más. Y es que el Casino de la Reina, con el nombre de Jardines de Veterinaria —no sabemos la causa del cambio de la denominación, como no fuera la rutina burocrática y la falta de imaginación y de conocimiento histórico, tan frecuente—, fue parque público de Madrid.

EL CASINO, PARQUE PUBLICO DE MADRID

Cuando el Ayuntamiento vendió al Estado los jardines del Buen Retiro, antiguo palacio de San Juan, para la construcción del palacio de Comunicaciones, ya en nuestro siglo —1906—, la verja que cerraba esos jardines se llevó a cerrar en gran parte —y allí está todavía— el viejo Casino de la Reina y la parte que quedaba libre de construcciones —buena parte todavía— se abrió al público como jardín, según nos cuenta Repide en «La Villa de las Siete Estrellas», publicada en 1923. No por mucho tiempo, ciertamente. Pronto la Administración quiso ocupar aquellos jardines, que consideraba verdaderamente solares. Un delicado criterio.

LA SITUACION ACTUAL

La vieja casona de la Escuela de Veterinaria, al marchar esta a la Ciudad Universitaria, no ha quedado libre ni a vuelto a ser jardín, sino Instituto Cervantes. El grupo escolar continúa. Y la biblioteca pública. Y además allí tomó asiento una Escuela del Magisterio. Y un Instituto de Experiencias Agrarias. Y todavía hay allí otro ocupante: un colegio de religiosas.

La razón de la existencia de este colegio en el Casino de la Reina es muy curiosa. Veámosla.

Resulta que hacia 1865 se creó con el título de Asilo de Atocha y el nombre vulgar de Asilo de Cigarreras lo que no era ni una cosa ni otra, sino lo que hoy llamaríamos guardería infantil, para que las obreras de la vecina fábrica de tabacos pudieran dejar en ella atendidos a sus hijos pequeños durante sus horas de trabajo.

Tuvo varios domicilios: la carretera de Valencia, la maternidad de la calle de Mesón de Paredes y, por fin, cómo no, el Casino de la Reina. Creemos que de guardería para hijos de cigarreras queda poco, pero de floreciente colegio de primera y segunda enseñanza sí queda, y mucho. Tanto, que ahora, en el trozo de jar-

dín que ocupan, están levantando unos pabellones prefabricados para aumentar la matrícula. Suponemos que con todos los permisos. Todavía, pues, no han acabado de construir en el Casino de la Reina.

Este colegio ocupa también —tiene una buena parte de la antigua posesión— lo que creemos que es el resto del viejo palacete, ya muy deteriorado y, añadido de numerosas construcciones adosadas, sin demasiada atención a la estética. Creemos sólo, porque nos ha sido negada la entrada a este recinto. Hemos podido visitar para nuestro trabajo y obtener fotografías, que acompañan a este artículo, todas las demás dependencias en el Casino existentes. Esta no nos ha sido posible conocerla directamente.

RESUMEN

Esta es la situación de un parque más que Madrid debía tener, que es suyo, porque adquirió el terreno y lo creó. Después llegaron otros que no hicieron sino destruir lo allí existente, descepar árboles, poner ladrillos en las plantas y flores y convertir en un conjunto de construcciones varias y sin relación alguna entre sí, lo que pudo y debió ser delicioso rincón madrileño.

Quizá es este un buen momento de deshacer entuertos y volver por el fuero del parque madrileño, de pedir la devolución a Madrid, para volverlo el parque necesario de aquella zona, un terreno que nunca, por donde está situado, debió perder su condición de jardín.

Todavía quedan, entre casas, casonas y casillas, alzadas sin orden ni concierto, espacios y rincones donde se adivina un pasado, tan cercano y tan olvidado a la vez. Todavía asoman los árboles, ya centenarios, sus copas sobre la verja que se alzó frente a la Cibeles y dan sensación de parque donde ya desgraciadamente no lo hay, pero donde puede y debe haberlo.

Y esa es simplemente la intención de estas cuartillas y de este puñado de fotografías: que vuelva a existir el Casino de la Reina.

HACE CINCUENTA AÑOS

CONCESION DEL PREMIO NOBEL A DON JACINTO BENAVENTE

COMO SUPO LA NOTICIA EL ESCRITOR DE "SEÑORA AMA"

Por JOSE MONTERO ALONSO

EL Madrid de 1922 es una ciudad sobresaltada por la tensa situación social que asoma, dramática, a las páginas de los periódicos. Los atentados son continuos. Apenas hay día sin que la sangre salpique las calles de alguna ciudad. Barcelona, especialmente, es el escenario de una trágica lucha a la que no se le ve término.

El jefe del Gobierno es don José Sánchez Guerra. Preside el Congreso el conde de Bugallal. El Senado, don Joaquín Sánchez de Toca. De pronto, un día, al comenzar noviembre, un nuevo motivo de inquietud y preocupación salta a los periódicos, para sumarse a la difícil hora política. El jefe del Tercio, coronel don José Millán Astray, publica un extenso documento en el que denuncia la actuación de las Juntas de Defensa. Pide el heroico soldado al Gobierno que se le admita su renuncia al mando de la Legión. El tema llega a la calle, tras la publicación de aquel texto en los periódicos, y las gentes organizan rápidamente manifestaciones y actos de adhesión a Millán Astray y en contra de las Juntas. El Gobierno actúa: disuelve éstas últimas y deja disponible al coronel



¿Quién será el nuevo jefe del Tercio? Se habla del coronel Valenzuela y del coronel Serrano. «Aún hay quien cree —se lee en un periódico— que sería posible la designación del comandante Franco».

Hay, estos días primeros de noviembre, actos de recuerdo a don José Canalejas —asesinado hace diez años— y de conmemoración del armisticio que puso fin a la guerra mundial, terminada en 1918. La vida política europea se apasiona ahora ante el nacimiento de un nuevo movimiento, el fascismo, que rápidamente ha llegado al Poder en Italia.

TEATRO EN 1922

La temporada teatral está en Madrid en un gran momento. Se representa el «Tenorio» en tres escenarios. Hay revista en Apolo —«Arco Iris»— y en el Reina Victoria —«El príncipe se casa»—. Un sacerdote, que firma con el nombre de «José María Granada», acaba de obtener un resonante éxito con su obra «El niño de oro», en la Comedia. En el Palace Hotel se le ofrece un banquete

por el triunfo. La tarjeta de asistencia cuesta veinte pesetas. Al final del acto se hace una cuestación entre los comensales para que pueda repatriarse una bailarina granadina, viuda de un oficial ruso, que formaba parte de la escolta del zar y que ha sido asesinado. El escritor, al agradecer luego el banquete y los elogios que allí se han hecho de la obra y de su autor, dice que él ofrece ese homenaje a su ciudad, Granada, a su madre y a la Virgen de las Angustias.

En el Teatro de la Zarzuela ha sido estrenado un drama que firman un curtido y batallador periodista, Luis Antón de Olmet, y un joven escritor bohemio, Alfonso Vidal y Planas. La obra se titula «El señorito Ladislao». Muy pocos años después, en el saloncillo del Teatro Eslava, Vidal y Planas matará a tiros a su colaborador de esta obra, cuyo éxito han recogido ahora juntos.

En un pequeño teatro de la calle de Carretas, Romea, actúa una compañía de comedias, y los directores de ella anuncian unos «Jueves especiales para señoras». Esos días, además de la obra que se represente, habrá una charla a cargo de un escritor, y un desfile de modelos, comentados por el humorista Manolo Vico.

Hay variedades en el Teatro Maravillas. En un mismo programa nada menos que Pastora Imperio, La Goya, La Yankee y Pompoff, Tedy y Emig.

Poco más de media docena de salas de cinematógrafo cuenta ahora Madrid: Royalty, el Real Cinema, el Príncipe Alfonso, el Ideal, el Cinema España, el Salón Doré, el Cinema X. Las películas de estos días son «La hija de Napoleón», «Lady Hamilton», «El capitán Kid», «Los tres mosqueteros»...

MADRID SE DIVIERTE

Patinaje con orquesta en el Palacio de Hielo, abierto hace poco. La «Séptima» de Beethoven, por la Orquesta Sinfónica, en el Teatro del Centro, el más reciente de Madrid. Se anuncia, para el domingo 12 de noviembre, a las tres y cuarto de la tarde, un partido de campeonato entre los primeros equipos del Real Madrid y la Real Sociedad Gimnástica Española. En el cabaret Versailles —Atocha, 68— hay variedades y, a las siete y media, «aperitivo-tango». Por la noche, terminado el espectáculo, «supertango».

Se baila también en el Forteen Club, en la calle del Barco. Uno de estos días ha habido allí una verdadera batalla: entró en la sala, con ánimo de pendencia, un hombre de ademán levantisco y lanzó al aire una botella, que fue a dar a un teniente de la Legión que tomaba tranquilamente una copa ante una mesa, convaliente aún de las heridas de África. Al ver herido al oficial, otros legionarios que estaban en mesas distintas salen en busca del agresor. Se interrumpe el baile, calla la música, y voces, gritos, golpes, carreras llenan el local. «¡A mí la Legión!», se oye.

En una de esas noches de noviembre —la del jueves día 10— llega a las redacciones de los periódicos una noticia que emociona y alegra. Ha sido concedido el premio Nobel de Literatura a don Jacinto Benavente. La noticia llega tarde y

apenas hay tiempo sino para darla escuetamente, al día siguiente, en unas cuantas líneas más. «El premio asciende este año—añade el telegrama enviado desde Estocolmo—a más de medio millón de francos.»

LAS RAZONES DEL VIAJE A AMÉRICA

Benavente pasa, estos últimos años, por una etapa de crisis. Está cansado,

desengañado. Más que de escribir, de luchar: de reticencias, de ataques, de injusticias. Aún se habla en los medios literarios y teatrales de los duros artículos que Ramón Pérez de Ayala dedicó a su teatro, unos años antes. En la primavera de 1920 ha estrenado su última obra: «Una pobre mujer». Después, ha dejado de escribir para el teatro. Esa renuncia suya aparece en los periódicos. «No escribiré más comedias, exceptuando la que tengo ofrecida a la gran actriz americana Nançe O'Neil y que se estre-



Mayo de 1923. Don Jacinto Benavente por las calles de Ayutla (Guatemala). Le acompañan el presidente de la Sociedad Española de Beneficencia, el propietario del Teatro Variedades y un periodista guatemalteco.



nará en inglés» (Es la actriz que le había representado en Estados Unidos «La malquerida».) El escritor dice que quiere vivir tranquilo. Acaso escriba alguna novela. «Pero para el teatro, mientras pueda vivir sin él, no volveré a poner sobre las cuartillas una sola palabra.»

A estos motivos—cansancio y desazón ante actitudes que él estima injustas—se añade otro, más profundo: la muerte de la madre, a quien tan unido había estado siempre. «... Mi madre cerca siempre, más cerca cada día, nunca más cerca que después de su muerte; en sueños la veo y despierto la sueño.» Todo ello contribuye a fijar su propósito de alejarse por algún tiempo de España: de cambiar de escenario y atmósfera. La ocasión para ello le es brindada por la actriz Lola Membrives, que le ofrece la dirección artística de su compañía para la próxima campaña en América. Base de esta campaña será el repertorio benaventiano. El primer actor será Ricardo Puga, el que había estrenado, quince años antes, el personaje de Crispín en «Los intereses creados».

Embarca don Jacinto. La campaña se inicia en Buenos Aires, donde se estrena—agosto de 1922—un nuevo drama del comediógrafo, «Más allá de la muerte». Ese mismo mes, en Montevideo, se estrena el monólogo «Por qué se quitó Juan de la bebida», que interpreta Ricardo Puga. La campaña tiene, a la vez, brillantez artística y buenos resultados económicos. Alguna vez, el propio don Jacinto interpreta el Crispín de sus «Intereses». Da también algunas conferencias: «La

moral en el teatro», «Filosofía de la moda», «Algunas de las mujeres de Shakespeare»...

GALDOS Y EL PREMIO NOBEL

Ya en alguna ocasión se había hablado de él como candidato al premio Nobel. El lo agradeció pero, al mismo tiempo, lo lamentó. «Tengo conciencia de mi significación para alejar de mí esas pretensiones.» Estimaba que el premio debería ser concedido a Galdós. «Cuanto me conocen, cuantos me hayan oído, saben cuánta es mi admiración por el que he proclamado siempre como maestro. En sus novelas aprendí a escribir comedias antes que en modelos extranjeros por los que se me ha juzgado influenciado.»

Cuando Benavente escribe esto, el Nobel acaba de ser concedido a Mauricio Maeterlinck. El premio lleva diez años de vida, y en ese tiempo ha sido otorgado a Sully Prudhomme, a Mommsen, a Bjornsterne Borjson, a Echegaray y Federico Mistral, a Sienkiewicz, a Carducci, a Rudyard Kipling, a Eucken, a Selma Lagerlof, a Pablo Heyse. Y ahora—1911—al poeta belga de «La Reina Silencio». Benavente insiste en su fervor galdosiano. «Hagan el Gobierno español y cuantos puedan cuanto esté en su mano para que el premio del año próximo sea para Pérez Galdós. Sea el premio Nobel la coronación del homenaje nacional, que debe anticiparse, porque no estaría bien que confiáramos al extranjero el pago de una deuda nacional.»

RABINDRANATH TAGORE,
KNUT HAMSUN,
ANATOLE FRANCE...

Pasan, sin embargo, los días sin que aquel benaventino deseo en favor de Galdós desemboque en una realidad. Se continúan concediendo los Nobel a escritores de todo el mundo: a Hauptmann, a Rabindranath Tagore, a Romain Rolland, a Weiner Heidesten, a Karl Gjellerup, a Spitteler. Ningún escritor de España se añade a la ilustre lista.

Un día de 1920 llega a Madrid la noticia de que la Academia sueca—es la entidad encargada de discernir el galardón— quiere conceder ese año el premio a Jacinto Benavente. La fuente de la noticia merece crédito: el representante español en Estocolmo se lo ha dicho al músico José Lassalle, que llegaba a Suecia desde Rusia, donde ha conocido los sufrimientos de la guerra y la revolución. El ministro—el carácter de la información no permitía un cauce diplomático— pedía a Lassalle que se ocupase en España de la tramitación conveniente para la formalización del premio.

Ya en Madrid, el músico habló de ello a don Antonio Maura, como director de la Academia española. Don Antonio se apresura a realizar los trámites adecuados para que la concesión sea hecha en firme. La prensa se hace eco de la importante noticia. Y el diario ABC—21 de marzo de 1920— publica una breve información sobre lo que está, al parecer, en marcha, y termina diciendo:



Benavente con su implacable crítico Pérez de Ayala y doña María de Maeztu.

«Enviamos nuestra cordialísima felicitación al insigne Benavente, que con tanto esplendor ha sabido llevar la literatura patria más allá de las fronteras.»

Todo acaba ahí, en esa información del diario madrileño. Cuando acaba el año se hace pública la lista de los Nobel. El de Literatura se ha concedido a Knut Hamsun, el autor de *Pan*. En 1921 el premio es para Anatole France, que se acerca ya a los ochenta años.

Benavente, entre tanto, ilusionado con la oferta que Lola Membrives le ha hecho, embarca para América, enteramente desentendido del Nobel. Olvida —entregado al mundo teatral, que tanto le apasionó siempre— dolores y melancolías. Representa, da conferencias, se divierte. Se siente muchos días actor, profesional de esa «envidiable profesión, la más libertadora de nuestra realidad».

EL VUELO DE UNA MARIPOSA BLANCA

En el itinerario de las actuaciones por tierras de América figura la ciudad de Mendoza, al pie de los Andes. El día anterior al señalado para la presentación, los actores se hallan en una localidad llamada Rufino, por la que a la madrugada pasará el expreso que viene de Buenos Aires y se dirige a aquella otra ciudad. Los comediantes están instalados en un *pullman* que hay sobre una vía muerta en la estación, y que luego, cuando el expreso llegue, será enanchado al convoy.

Benavente ha cenado esa noche con Lola Membrives. A los postres se ha derramado sobre el mantel el vino de un vaso. La actriz se contraría. «No hay que apurarse —dice don Jacinto—. Esto es alegría y buena suerte.» La intérprete y el comediógrafo, riendo, mojan sus dedos en el vino y se humedecen luego las frentes, como manda la tradición. En torno a la cabeza del escritor está volando una mariposa blanca. Parece que quiere posarse sobre él. Benavente la ve, la sigue en el vuelo con la mirada

y anuncia: «Hoy tendremos noticias. Y noticias buenas.»

Faltan aún algunas horas para la llegada del tren. Hay cine en Rufino, y actrices y actores van a ver la proyección de la noche. Les acompaña don Jacinto. Pero está cansado, se aburre en el cine y decide volver a la estación, a acostarse en su litera.

Así lo hace. Atraviesa la pequeña ciudad en la noche, bajo un gran silencio, y entra en la estación. Sube al coche. Se acuesta, se dispone a dormir.

En el cine, entre tanto, Ricardo Puga se ha dado cuenta de la ausencia de don Jacinto. «Solo por una población desconocida y a estas horas... —lamenta—. Debía haberle acompañado alguno de nosotros.»

El actor se marcha también. Cruza las calles silenciosas y regresa a la estación. Oye a alguien que pregunta, con unos telegramas en la mano:

—¿Don Jacinto Benavente?

Ricardo Puga se extraña. ¿Quién preguntará por «el padre» —le llaman así los actores— allí, en aquella localidad escondida, a aquella hora? ¿Qué pasará?

«¡MAESTRO, CHAMPAGNE!»

El mismo recoge los telegramas y se encarga de hacérselos llegar a don Jacinto. Sube al vagón. El escritor está en su litera, acostado. Le entrega aquellos despachos y se marcha luego, para dormir también. Mas apenas ha salido siente la vocecita de Benavente que le llama, un poco alterada su suavidad de siempre. Se acerca de nuevo el actor. El «padre» está en pie, delgado, menudo, escurridizo, dentro del pijama blanco.

Algo le pasa al comediógrafo. Aquellas no son su suavidad, su frialdad, su sonrisa de siempre. Parece un fantasma, un poco emocionado a aquella hora, en aquel sitio, bajo el silencio profundo de la estación en la noche.

—Lee, lee bien... —dice al comediante alargándole unos despachos.

Ricardo Puga lee. Los telegramas dan cuenta de la concesión del premio No-

bel de Literatura al escritor. Son mensajes de enhorabuena enviados desde España.

—¡Maestro, champagne!... —dice el comediante—. ¡Vamos a bebernos dos botellas de champagne!...

Tiene Ricardo Puga a su servicio un criado que parece obedecer órdenes mentales: tan rápida y oportunamente se presenta siempre. El actor no necesita sino pensar en él y ya el muchacho está allí, traído por quién sabe qué misterioso conjuro. En seguida, el champagne. El comediógrafo y el intérprete de su Crispín beben por el triunfo con el recuerdo puesto en España.

El tiempo pasa y los actores van regresando del cine. Abrazos, voces, efusiones al enterarse de la extraordinaria noticia. Se canta y se bebe. Se ríe, y entre las risas tiemblan algunas lágrimas felices. El jefe de la estación, medio adormilado, se acerca, sorprendido por la algarabía. «Pero ¿qué le habrá pasado a ese buen señor?», se pregunta.

La noticia ha corrido por Rufino. Muchos españoles que allí viven han ido a buscar a Benavente y le ofrecen una copa de sidra en el local de su círculo. La vida quieta de la pequeña ciudad se ve alterada de imprevisto modo esa noche. Hasta que vuelve el silencio. Las voces van apagándose y todo es otra vez sosiego en el coche de la compañía teatral.

Cuando a la mañana siguiente los actores despiertan, el tren está llegando a Mendoza. En los periódicos, sobre la primera plana, gritan los grandes titulares: «Se ha concedido el premio Nobel a don Jacinto Benavente, que será hoy huésped de nuestra ciudad.»

Fue en noviembre de 1922. Y la noticia apareció en la prensa de Madrid, dentro de la información del extranjero, entre telegramas sobre las elecciones en Estados Unidos, sobre el problema de Oriente, sobre la guerra civil en Irlanda y sobre el fascismo, que entonces nacía.

J. M. A.

LOS CAFES-TEATROS MADRILEÑOS DEL SIGLO XIX

Por

MERCEDES AGULLO Y COBO

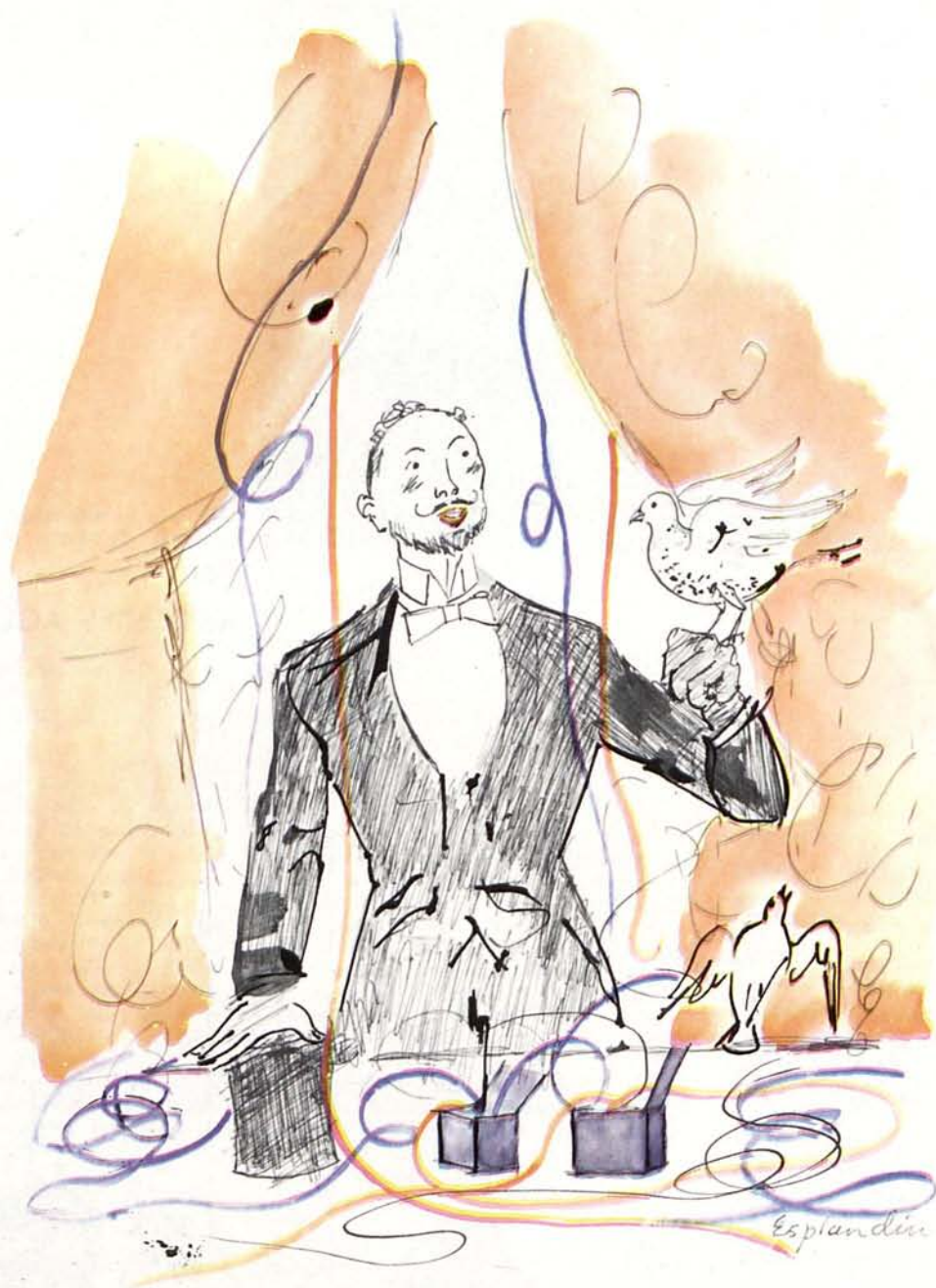
CUANDO, hace unos años, se inauguró en Madrid el primer café-teatro —naturalmente, y como se advertía, a imitación de los que ya abundaban en las principales capitales de Europa— se echaron las campanas al vuelo viendo cómo en una parcela más de nuestra cultura nos estábamos acercando al tan suspirado nivel de los países más intelectualmente desarrollados.

A nadie se le ocurrió pensar que un siglo antes Madrid contaba con un número de cafés-teatros posiblemente más elevado que el que deja boquiabiertos a nuestros aficionados de hoy.

Durante el siglo XIX, los cafés se multiplican en nuestra villa. Las viejas tabernas con sus brillantes mostradores de estaño, sus mesas y taturetes —que todavía en algunas resistentes se sacan a la acera en el buen tiempo— se van sustituyendo por los divanes y veladores, los «chicos» de blusa y delantal de rayas verdes y negras ceden el paso a los camareros de cuello de pajarita y el vino «peleón» queda relegado por el triunfo del café con «media».

En la primera mitad del siglo, tenemos funcionando el café de Venecia, en la calle del Prado, esquina a la del Príncipe; el de la Alegría, en la calle de la Abada; el de Loren-





uni, en la Puerta del Sol; el de las Cuatro Estaciones, en el Prado; el Gran Café de Cervantes, en la calle de Alcalá; el del Príncipe, etc.

La música instrumental y vocal era atracción en el de las Cortes, en la plaza del Estamento de Señores Procuradores, donde se interpretaban arias y duettos de las óperas más en boga: Norma, Esule di Roma, Mahometto II, así como fragmentos de conciertos y música de cámara; y en el del Catalán, sito en la calle de Alcalá, repertorio tomado de El barbero de Sevilla, I puritani, Semiramis, etc., progra-

mas que pasaban a ser de música sacra durante las Cuaresmas.

El café Suizo abre sus puertas en la calle de Alcalá, esquina a la de Peligros, en 1845, pudiendo competir, como nos informa el gacetillero de turno, «por su magnificencia y elegancia con los mejores de esta clase que se conocen en esta corte». Y dos años más tarde tenemos no menos de 60 establecimientos de este género, «entre los que se cuentan más de 20 adornados con gran lujo y constantemente concurridos».

El del Iris, en el pasaje de su nombre, el del Príncipe y el del

Espejo se distinguieron por su buen gusto y elegancia, y en diciembre de 1848 la prensa informa cómo «se va generalizando el uso de pianos para dar música a los concurrentes», señalándose que, mientras antes la música estaba sólo representada por «los valeses y contradanzas de los relojes» (como se ve, la memoria es flaca y ya se habían olvidado del café de las Cortes y del Catalán de diez años antes), los cafés del Espejo, del Iris, el de la calle del Carbón y el de los Dos Amigos habían introducido la música instrumental.



En el café del Progreso daba conciertos de arpa, en 1850, un profesor italiano; por su parte, el de Oriente introdujo como novedad la actuación de un ventrílocuo, e incluso en el café del Carmen actuaba, en 1857, para deleite del público «la joven pianista señorita Albiñana, que promete mucho».

Llegamos así a 1859, en que La Esperanza da cuenta de que «parece seguro el próximo establecimiento en Madrid de un gran café-concierto, provisto de un teatrillo donde se ejecutarán piezas de canto, y aun zarzuelitas y operetas»; aclarándonos El Fénix que sería «semejante a los establecidos en París, Londres, Lisboa y otras capitales»,

ritornello que, como se ve, nos va a acompañar hasta nuestros días.

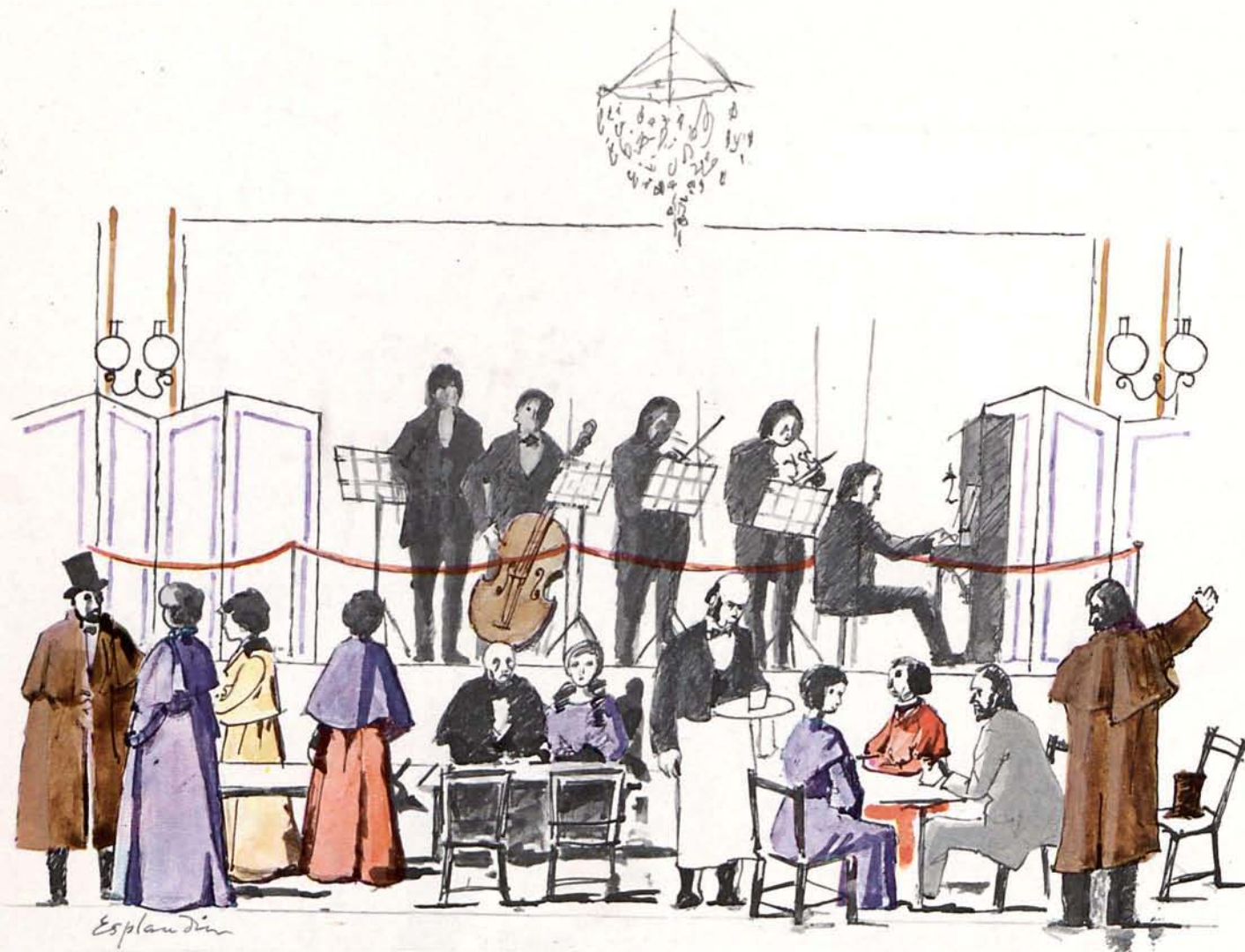
No nos es conocida la actividad de este primer café-teatro madrileño, ni apenas existen más referencias en los periódicos de la corte; no conocemos su repertorio ni los nombres de los artistas «no despreciables» —como advierte un diario— que en él actuaron, porque los gacetilleros y críticos de teatro dedicaban su actividad a obras de mayor envergadura, como eran las que se representaban en los teatros Real y Español, muy especialmente.

En septiembre de 1860 se anuncia que se estaban adornando los salones de Capellanes «para esta-

blecer en ellos un *café chantant*, como dicen los franceses», que pasó a ser *café-restaurant* en febrero de 1861, en el cual se interpretaban «trozos de zarzuelas, alternadas con partituras de óperas conocidas, como es costumbre en muchas poblaciones del extranjero».

La inauguración del *café lírico* de Capellanes constituyó un verdadero acontecimiento. El gacetillero nos lo describe así:

«El salón es bastante espacioso, y en su frente principal hay un pequeño teatro, cuyo centro es un bonito salón, donde alternando con escogidas piezas de música, se cantan trozos de ópera y de zarzuela por artistas contratados para el caso».



Se daban en él conciertos vocales e instrumentales, empezando a las tres de la tarde uno y otro a las siete de la noche, los días festivos. Los no festivos, sólo se daba el de noche.

La Iberia comentó el acontecimiento alabando que «los aficionados a los deleitables sonidos de la música podrán hallar grato solaz y divertimento, mientras saborean una taza del más esquisito moka».

Los años siguientes fueron los del triunfo del café lírico: funcionaba uno junto a San Fermín, en el Prado; el titulado de La Imperial, en el teatro Lope de Vega; el de La Nación Española; el de Lozoya —donde actuaban 12 jóvenes músicos del hospicio—; el de San José donde tocaba el violinista señor Fortuni, al que se califica del «Paganini español»; el de Diana; el de

San Mateo, donde cantaban los componentes del coro del Teatro de la Zarzuela, etc.

Por su parte, en el café de San Ginés, ya en 1866, actuaba un joven prestidigitador, don Luis Ariño, «el cual —comenta La Discusión del 22 de febrero— ejecuta allí todas las noches con notable habilidad y ante numeroso público, que le colma de aplausos, las más difíciles y originales suertes, que tan aplaudidas han sido a Hermann y Velle».

El 27 de abril de 1866 se inauguró el primer auténtico Café-teatro madrileño, sito en la calle de la Flor Baja, el llamado café-teatro del Recreo. La gacetilla correspondiente, publicada en La Discusión dos días más tarde, nos informa:

«Los dueños de este establecimiento habían hecho repartir infi-

nidad de tarjetas de convite, y los salones estuvieron cuajados de gente. La compañía cómico-lírica que aquellos señores han contratado para el teatro del establecimiento es muy regular, y superior a las que suelen actuar en muchos de nuestros teatros de provincias. Se pusieron en escena las zarzuelas tituladas Un caballero particular y El Grumete, y la graciosa pieza en un acto titulado No más muchachos. En la ejecución de estas obras se distinguieron mucho la señorita Torres y los señores Guarte, Ortiz e Iglesias. El servicio de café, helados y licores con que fueron obsequiados los convidados fue excelente. Recomendamos a nuestros lectores de Madrid este establecimiento, en el cual pasarán, sin duda, muy buenos ratos de provechosa distracción y recreo.»

En días sucesivos el mismo periódico comentaba favorablemente la marcha del establecimiento:

«Espaciosos salones, adornos de buen gusto, esmerado servicio, artículos inmejorables, un teatro lindísimo, dos compañías, una lírica y otra dramática, para amenizar aquellos momentos, buenas condiciones del local para la estación, que ya llama a nuestras puertas; tales son las circunstancias que reúne el café-teatro y que hará que sea uno de los más concurridos de Madrid.»

Seguían actuando en la compañía la señorita Torres y los barítonos Guarte y Juárez Iglesias, y al repertorio se había añadido la obra Celos y van dos y la zarzuela de Serra El último mono, concluyendo la crónica de La Discusión con estas moralizadoras palabras:

«Aplaudimos sinceramente la idea de llevar el teatro a los cafés, pues de esta manera esos establecimientos, que hasta hoy han sido destinados a cierto género de expansiones, pueden ejercer de hoy más notable y provechosa influencia en las costumbres del pueblo.»

Apenas unos días más tarde, el mismo diario nos informa de la inauguración de otro café-teatro:

«Café-teatro. Cunde de una manera admirable el gusto que va desarrollándose en esta corte por este género de establecimientos. Recientemente hemos tenido ocasión de visitar el café de la Carrera de San Francisco, en el que se ve un pequeño teatrillo donde se ponen en escena algunas piezas y comedias, llamando la atención especialmente una joven, por cierto bastante bonita, y a la que aseguramos un lisonjero porvenir, por las facultades que manifiesta en el difícil arte de la declamación. Aconsejamos, pues, al público visite dicho local, seguro de pasar un buen rato.»

Por su parte, en el Recreo, en mayo de 1866, se estaba representando No más secreto y No hay humo sin fuego, ambas piezas en un acto y que interpretaban los artistas ya citados.

La proliferación de los cafés-teatros y los cafés-líricos debió ser tal que en El Pensamiento Español del 8 de octubre de aquel mismo año se puede leer:

«Ayer se ha comunicado una orden a todos los cafés de Madrid

donde había funciones líricas y dramáticas para que suspendan esta clase de diversiones. Según noticias que tenemos, esta determinación debe ser consecuencia de gestiones de algunos de los interesados, puesto que han celebrado reuniones para tratar de suprimir unos espectáculos que les costaban demasiado caros, sin compensación suficiente.»

El Pensamiento Español no estaba bien informado. Más cierto parece que las gestiones las hicieron los empresarios teatrales, que veían escapársele parte de la clientela, atraída por la novedad del nuevo género.

Tan es así que en diciembre de aquel mismo año vuelve a hablarse con encomio del café de Occidente —el de la Carrera de San Francisco—, dedicado «especialmente a la representación de comedias y piezas nuevas y originales escritas ad hoc. El sábado último se puso en escena el juguete titulado Soltero y casado, y se preparan entre otras obras Las catacumbas de Chinchón, Escenas de actualidad y El tío Gili y una revista.»

No hay duda que la competencia empezaba a resultar molesta a los empresarios de los teatros de nuestra villa y corte y así el 13 de enero de 1867 La Correspondencia de España recoge la siguiente noticia:

«Los empresarios de los teatros de esta corte han solicitado del gobernador de la provincia que se prohiba en los cafés llamados cantantes las representaciones lírico-dramáticas. La autoridad local ha remitido dicha petición en consulta al ministerio de la Gobernación.»

La petición no debió ser atendida porque en enero de 1870 encontramos funcionando además el café-teatro de Maravillas, en el que actuaba una compañía de declamación con la obra La aldea de San Lorenzo, «tocando en los intermedios himnos patrióticos, la música del batallón de cazadores de la Universidad», mientras la música vocal e instrumental seguía siendo atracción en los cafés de Levante, del Siglo, de Granada, de La Habana y de los Angeles, y en 1869 encontramos actuando al pianista señor Perillán, en el café del Comercio, de la Puerta del Sol, y al violinista señor Fortuni en el de la Marina.

A los cafés-teatros ya citados hemos de añadir, en 1876, el café-teatro Colón, y dos años más tarde se anuncia de nuevo la inauguración del café-teatro de Capellanes —que, como hemos visto, venía funcionando desde 1860— y el cual, según La Iberia, proporcionaría «al inteligente público madrileño un recreo nuevo, barato y variado: consignamos aquí que el Teatro-café de Capellanes consiguió el año pasado acreditarse de manera distinguida e inusitada en esta clase de establecimientos, nuevos completamente en nuestro país y muy extendidos en el extranjero», insistencia que va resultando de una aburrida reiteración y que no habla muy a favor de la buena memoria de los gacetilleros de la época.

Si bien los cafés-teatros siguieron funcionando en Madrid hasta finales del siglo, los críticos teatrales no mostraron su preferencia por este género y así de la revista El Café. Eco de la chismografía artística y literaria —número 2, correspondiente al 15 de septiembre de 1871— recogemos, firmado por «Gazenolz de Tuilddonne», el siguiente juicio:

«Revista de quincena... En cuanto a los cafés-teatros, es tanto lo nuevo que dan a los consumidores que no me atrevo a llevar cuenta. Por ahora parece que los poetas que surten estos escenarios no están en ánimo de declararse en huelga, y eso que el jornal no es gran cosa según cuentan», insistiendo el mismo crítico en el número 6 de la citada publicación (15 de enero de 1872) en que «Solamente autores poco conocidos hacen piezas de mediano mérito para los cafés-teatros.»

No menos duras son las palabras de otro comentarista, «José», que en el número 12 de El Café (26 de febrero de aquel mismo año) al referirse a Moratín y su opinión sobre las comedias del teatro antiguo español «a las cuales tenía injusto odio, y a los sainetes atribuye la rusticidad atrevida y feroz del pueblo bajo de Madrid», se pregunta: «¿Qué hubiera dicho hoy del género bufo, del can-can y de los cafés-teatros?».

No obstante las opiniones adversas, los cafés-teatros siguieron con sus actuaciones (en 1890 funcionaba aún el café-teatro de La Infantil, en la calle de Carretas), aunque parece que se fue imponiendo de modo defi-

nitivo café-cantante y el café con músicos, que en algunos casos llegó a ser un sexteto, como los que actuaron en el café Imperial y en el Eslava.

Todavía en 1895 hallamos en El Diario del Teatro (número 26, del 20 de enero) y firmado por «Uno», referencia a la aparición de los cafés-teatros madrileños. En su extenso artículo, titulado «El teatro por horas», dice:

«Nació en la calle de la Flor Baja, en el derribado teatrillo del Recreo, el año de 1866. Fueron sus creadores los entonces aficionados al arte escénico Vallés, Riquelme y Luján. Costaba la butaca, con entrada, un real en cada sección, y el público que acudía al tal espectáculo era humilde y benévolo, y todo lo encontra-

ba excelente. En esta primera temporada de invierno, el resultado metálico fue de algunos miles de duros de ganancia para los dichos empresarios. Al invierno siguiente, y algo reformada la compañía, pasó ésta al teatro de Variedades, donde ya la entrada y butaca costaba dos reales por sección, siendo el teatro favorecido (en parte) por ciertos jóvenes aristócratas y chicas de vida alegre, en unión del público habitante de aquella zona...»

Es decir, según nuestro autor, el teatro-café del Recreo fue el origen del teatro por sesiones que tanta fama había de adquirir más tarde en el Eslava y especialmente en el Apolo.

Su dura crítica le lleva a calificar de «jornaleros del arte» a los que en ellos actuaban y de «polilla que ha

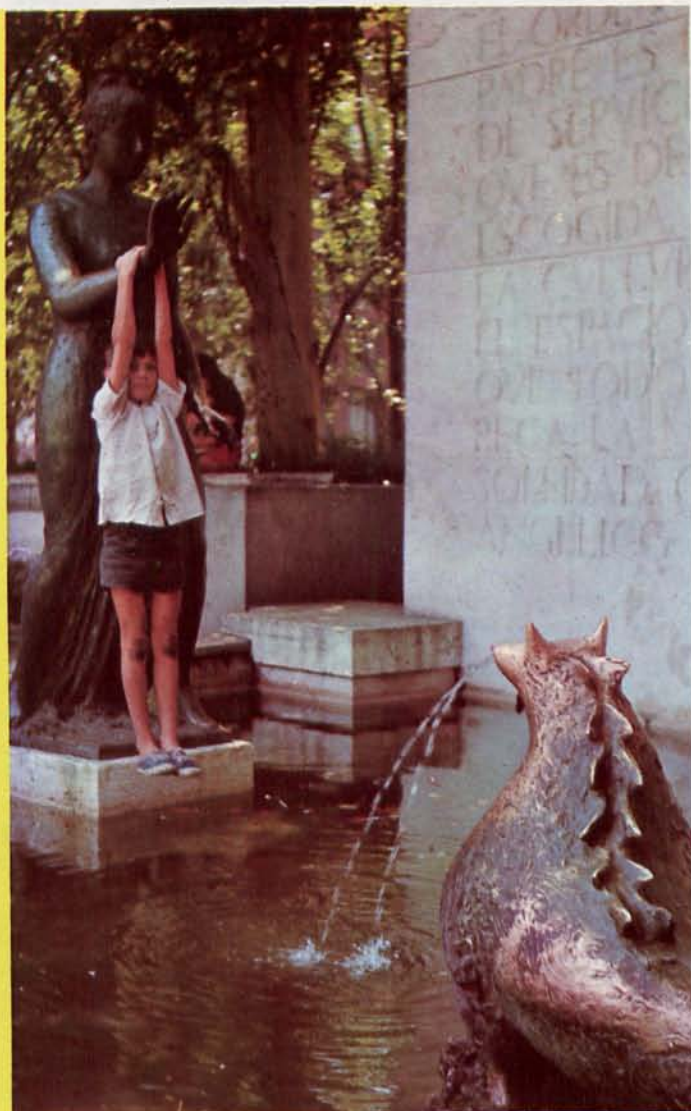
corroído el teatro en España» a todo el género.

El artículo provocó la reacción del propio Riquelme que en una larga poesía titulada «El teatro por horas», contestó, festivamente, en la propia revista (número 34, correspondiente al 28 de enero del mismo año) y una defensa, también en verso, firmada por «I. M.» que con idéntico título se publicó en el número 39 de El Diario del Teatro, de fecha 3 de febrero.

Cerramos con estos juicios, nuestro artículo, apenas un esbozo, de los viejos cafés-teatros del pasado siglo, pero con muy pocas esperanzas de que dentro de unos años no los volvamos a hallar anunciados como «novedad absoluta» en España pero «muy corriente en las grandes capitales del extranjero».



VERANO Y SALON DEL PRADO



Por JOSE GARCIA NIETO

A mí me gustaría pedir para la capital de España, la capitalidad de esta estación: el verano... ¿Que en qué podría consistir el beneficio de ese privilegio? ¿Qué sé yo! Que piensen los doctores de esta madre iglesia, que, tratándose de Madrid, deben ser los ediles o los coronistas municipales —déjenme, por esta vez, con el arcaísmo—, o los miembros del Instituto de Estudios Madrileños. Pero creo que esa huida de



Pensemos en los encantos de Madrid en el estío

nuestras gentes en los meses del calor —atributo muy relativo, y que va por barrios y por años— habría que detenerla, para que, los que todavía no se han dejado co-ger por un solo año, se enteren de que Madrid en verano, no es que sea aquello de Baden-Baden, o la exageración de que es inmejorable «si no refrescara un poco por las noches», que decía con agudísimo gracejo el marqués de la Valdavia... Diego que no es que sea para tanto, pero que habría que volver a conocer —solamente por algunos elegidos más, gracias a Dios— el verano de Madrid, estación capital, estación —no quiero hacer el chiste fácil de que se estaciona mejor— verdaderamente apacible, sin descubrir por los contemporáneos, llenos de fuerza expansiva y de inercia anticontaminadora.

Podía resultar un símbolo eso de que Madrid lograra su capitalidad en los últimos días de mayo o primeros de junio de 1561. Si Felipe II hubiera hecho caso de algunos de esos asustadizos del calor, seguro que a los pocos días del traslado de la corte, se habría arrepentido de su resolución; pero parece que al monarca no le importó mucho entrar en los "tres meses de infierno" aunque es verdad que se venían de Toledo, donde también el verano, para los tímidos, pega con bastante saña.

Lo cierto es que, de capitalidad a capitalidad, Madrid debía pensar en su "verano". Antes era distinto, porque parece que nuestros mayores tenían la piel menos fuerte que nosotros, no se ponían al sol ni por un remedio, y a las señoras les entraba en seguida uno de esos «sofocos», que han desaparecido de los cuadros clínicos, quizá por el estímulo de esas otras damas de importación que vienen aquí a eso de lo que ellas antes huían. Me refiero a ponerse tranquilas —e inquietantes— bajo el sol que toque, a ver quién puede más.

Han desaparecido prácticamente las verbenas y otros festejos del verano; pero resulta que en lugares del mis-

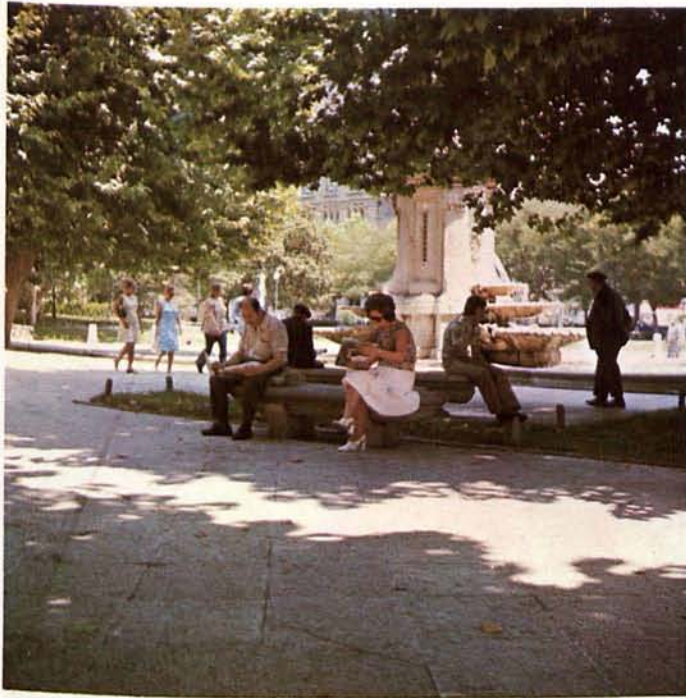
mo calor, e incluso con días de algunos grados más, se organizan festivales, certámenes y hasta cursos de estudios, lo que parece más penoso en época de secular descanso. Pero, en fin, todo sería cosa de inventar un Madrid algo más ajetreado, ya que parece que la gente, en esa huida hacia no sé qué formas del descanso, lo que hace es meterse en unos galimatías horriblos, y en cuanto están un rato en reposo se aburren como monas.

De todos modos, mientras llega o no llega la idea de que Madrid tiene mejores piscinas que muchas ciudades de nuestra extensa costa, donde hay gente que no mete un pie en el mar porque le parece "ordinario y sucio", que sus noches están llenas de una paz y de un silencio difícilmente alcanzables, que las gentes se vuelven más dóciles y sosegadas, que hay taxis para parar un tren, que los autobuses van vacíos, que el Metro está fresquito y mil delicias más, mientras ponemos algo oficial de nuestra parte, y a lo mejor Madrid se nos llena como en octubre, pensemos un poco en los encantos de un Madrid en estío.

Tengo algunas impresiones antiguas, otras cuidadosamente renovadas, repetidas. A nadie se le ocurre en pleno mes de enero ponerse en la Cibeles en mangas de camisa o con los pies metidos en la fuente. Pues bien, lo que ocurre es que al verano, como a todo, hay que saber buscarle las vueltas. Hay lugares de Madrid que parecen, aun hoy, que está tan desprestigiada la estación, hechos para el verano. Por ejemplo, yo les invito a ustedes a pasear —o a sentarse— en las horas de la alta noche —pongamos las dos o las tres— por esos maravillosos alrededores del Museo del Prado. Esa entrada, donde está la estatua de Velázquez —también sentado y sin prisas, como buscando un modelo propicio, un solo madrileño que se esté quieto—, está acompañada por uno de los recintos más bellos de la ciudad. Tampoco está mal la acera de enfrente, donde el monumento a Eugenio d'Ors nos invita a leer, una vez más, esas palabras, escritas para saboreadas y meditadas; porque la leyenda bien leída, como el minuto bien pasado, ha de ser también como "la obra bien hecha". Lo malo es que a la bella y a la bestia escultóricas les falta a veces el pequeño espejo del agua, que si no... (Cabe preguntar aquí por qué esa contumaz intermitencia en el pequeño trago de nuestras fuentes públicas. Y además, ¿por qué las más modestas, las menos consumidoras, son las que antes entristecen ante la sequedad de sus estanquillos...?)

Pero yo, que iba a hablar de la otra acera, quiero en ésta evocar aquel delicioso artículo de Mesonero Romanos titulado "Las sillas del Prado". Les recordaré a ustedes que en una noche de agosto de 1838 baja el dios Apolo de su pedestal. Ha entrado el día siguiente; son las dos o las tres de la madrugada: esa hora que les recomendé antes.

"En una de estas noches de agosto en que, después de haberse divertido el buen señor en torturar las mol-leras dencansando perpendicularmente sobre los tejados de Madrid, se hallaba sustituido por la casta diva, que, con más galantería y benevolencia, dejaba escapar una luz templada..." La escena comienza cuando "se alzaba el rubicundo Apolo en el término medio del Prado matritense, dominando a las cuatro estaciones



esos solitarios bancos de piedra —la piedra es para sentarse en el verano— con este soneto, inédito todavía:

*Cuántas horas de sueño aprisionado
se ocultan esta noche en esos duros
bloques de piedra, claros y seguros,
que abrazan, no lo vivo, lo pintado.*

*Quiero decir lo eternamente alzado
—¿el alma libre, los caminos puros?—;
quiero decir que a veces son oscuros
los caminos de Dios en su trazado.*

*Cuántas enajenadas melodías
detrás del labio de estas celosías
que guardan lo pintado, no lo vivo.*

*Ahora sé que traeréis la madrugada,
que es el color, la luz encadenada,
y el arte es la memoria de un cautivo*

del año”, y desciende de su pedestal para hablar con las sillas del paseo. Añade el insustituible cronista que el dios “se permitió la licencia poética de inspirar a las sillas”, y éstas, como señoras haciendo calceta, se despachan a su gusto sobre la vida y milagros de la corte, dichos y hechos de sus gentes y balanceos de sus políticos.

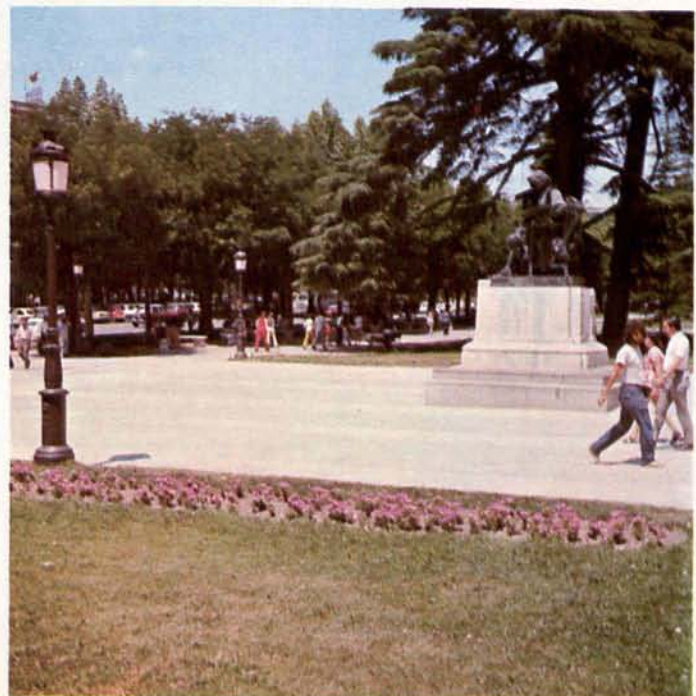
Quando vi representada la obra de Ionesco “Las sillas”, pensé en estas sillas de Mesonero y en una comedia que, escrita por él y puesta ahora en este escenario de su invención, hubiera tenido un toque de vanguardia mucho más audaz y expresiva que la del autor de nuestros días.

Repito que es en el otro andén del Prado donde están mis preferencias. Allí están hasta media docena de árboles más bonitos de Madrid. En la alta noche resultan solemnes y acogedores. El lugar, con los bancos vacíos, el aire quieto, el calor justo —si no refresca demasiado—; el suelo, con lajas de piedra entre las que asoma la hierba enternecedora; la fachada del Museo, clara y noble, con sus confortables hornacinas, donde volvemos a ver de verdad quiénes son la Fertilidad y la Arquitectura, y la Constancia, y la Fortaleza, la Euritmia, la Admiración y la Fama; la luz de las discretas miméticas farolas —que se visten de verde para no desentonar en el conjunto—; los arriates ecuanímenes; el Botánico, al fondo, para ponerle al silencio otro silencio más profundo... Y entonces nos quedamos quietos y pensamos en ese otro silencio que guarda nuestro primer tesoro nacional, en esos cientos de cuadros que están cansados, por vanidosos que sean, de tanta y tanta mirada que han retenido durante la jornada turística.

Aporto mi hoja de laurel a una de esas noches de agosto ante el Museo del Prado, sentado en uno de

Yo sé que los versos no son buenos, pero el instante les aseguro a ustedes que lo era. Lo que ocurre es que hay que mirar para ver y que, frecuentemente, no nos dejan hacerlo. Mirar, mirar, ahora que no hay nadie, o casi nadie. Ni envidiosos ni envidiados, con fray Luis; pero con cierto orgullo de solitarios descubridores, de robinsones en algo que nunca pareció posible isla. Y ahora se puede exclamar con Pedro de Répide: “Tenemos un gesto de piedad para las cortes errantes... (1).” Sí, compadezcamos a los huidores de un Madrid que no conocen.

Alguien se ha fijado en estos parajes mucho antes. Baste, como ejemplo, esta prosa de Facundo Dorado (2): “Hay aquí junto, en el eje del Prado, otra glorie-





Remanso en el atardecer veraniego es la plaza del Callao con su nueva urbanización.

ta de cuatro fuentes hermanas (diseño, como las demás del salón, de Ventura Rodríguez), cuyos surtidores riman suavemente melodiosos murmurios en noches de estío con la enramada y la profunda voz de los astros, que suenan muy dentro..."

Ante párrafo tan estimulante —y tan de verdad— se nos han podido olvidar algunas citas de los descontentos, que también otros tiempos los tuvieron. León Roch (3), pasado por ascuas, no del todo metafóricas, en el día de San Lorenzo —¿hace falta recordar que es el 10 de agosto?— escribe: "si esto sigue así vamos a ser todos émulos del santo mártir. Anoche mismo, en la castiza verbena, hacía un calor insostenible, porque no soplaban una ráfaga de aire. Aquellas callejas de las barriadas de Santa Isabel y Salitre echaban fuego, aunque es claro que a ello contribuían las buenas mozas de tan clásicos lugares." Sea bienvenida la cita no por la queja, sino por el piropo. Y no traigamos más lamentaciones por el verano de Madrid, que siempre tendríamos el revés de la moneda. Inventemos algo para "engañar" a los que huyen de la quema sin saber lo que se dejan atrás. Ahora ya no podemos ni siquiera subrayar el gracioso aire de seguidilla de Quiñones de Benavente:

—¿Dónde está Manzanares?
¿Cómo no viene?

—Algo tiene en agosto
que le detiene.

Lo que detenía a Manzanares en agosto era pudor y remilgo por no aparecer con su menguada facha veraniega, y ahora, gracias al maquillaje de la canalización, pasa como si tal cosa, echándose las de hombre.

Pero escuchemos desde aquí a ver si se le oye. Porque en este silencio de agosto en el salón del Prado se puede oír todo lo que pasa a diez leguas a la redonda. Don Eugenio lo ha dicho: "Todo pasa. Una sola cosa te será contada y es tu obra bien hecha." Hay que reconocer que el verano está bien hecho; como lo está este salón desde donde verlo, desde donde sentirlo.

(1) «La villa de las siete estrellas». Pedro de Répide.

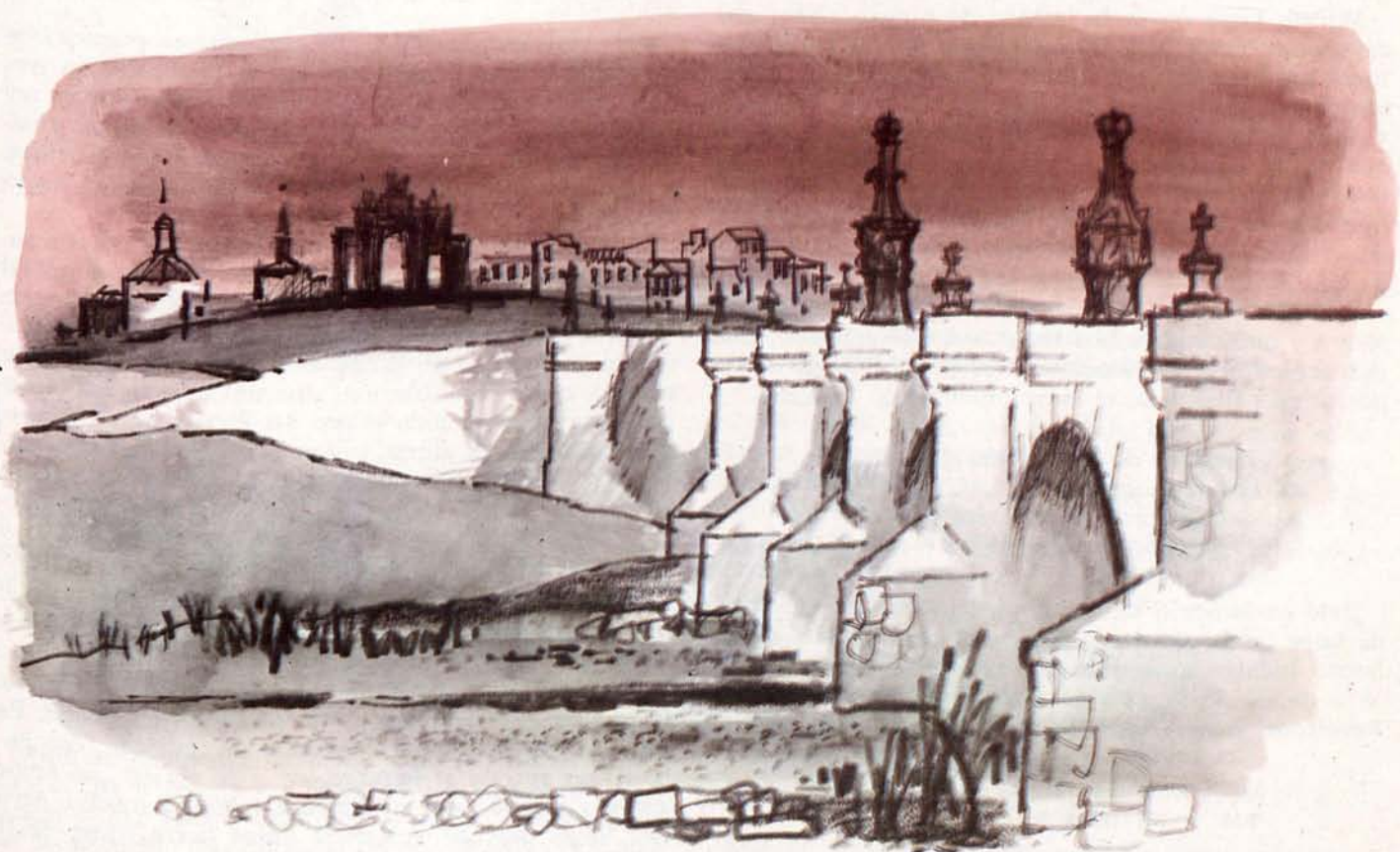
(2) «Madrid», 1907. Facundo Dorado.

(3) «La vida y corte de Madrid en 1850». (Crónica retrospectiva.) 1927. León Roch.

LOPE,

MADRILEÑO DEL MANZANARES

Por EUGENIA SERRANO



José Sanja

Lope no es lo que se llama *madrileño neto*, es decir, de padres y abuelos nacidos en la villa y corte. Ni siquiera eso, que aún no acabo de entender, que se llama "*hijos de Madrid*", y para lo que hace falta ser hijo de madrileños o, al menos, de vecinos de Madrid. El mismo nos confiesa, con candoroso orgullo, su linaje:

*Pues escuchad de mi persona afuera,
que dicen que fue buena no ha mil años,
y donde algún aliento persevera,
partes, sin dar a lá distancia engaños,*

*que adonde amor es alma, el cuerpo es sombra
y la misma alabanza desengaños.*

*Tiene su silla en la bordada alfombra
de Castilla el valor de la Montaña
que el valle de Carriedo España nombra.
Allí otro tiempo se cifraba España,
allí tuve principio; más ¿qué importa
nacer laurel y ser humilde caña?
Falta dinero allí, la tierra es corta;
vino mi padre del solar de Vega,
así a los pobres la nobleza exhorta.*

Siguióle hasta Madrid, *de celos ciega*,
su amorosa mujer, *porque él quería*
una española Elena, entonces griega;
hicieron amistades y aquel día,
fue piedra en mi primero fundamento
la paz de su celosa fantasía.
En fin por celos soy, ¡qué nacimiento!

Las fanfarronadas que soltara Lope sobre su nacimiento, linaje, prosapia y blasones harán reír y rechinar los dientes, que también ellos se desvanecían soñando grandezas a sus contemporáneos Quevedo y Góngora. Hay en esto, en los tres, en Góngora solicitando importantes beneficios, en Quevedo pleiteando por señoríos y en el propio Lope, con las diecinueve torres de su escudo, lo que un madrileño de hoy y de ayer llamaría aldeanismo, paletorrería. Hay también algo puramente ciudadano en ese nacimiento con los celos. Ya está cerca de la senectud cuando escribe estos versos a la bella doña Marta de Nevaes, que podría ser muy cumplidamente su hija, y casi su nieta. Y ya sale el tema del Madrid lírico y real: *los celos*.

Muerto Lope no se ha sabido de ningún poeta que calara tan hondo al alma del pueblo de la capital, que fuera tan popular y, al mismo tiempo, tan sentido con emociones al alcance y en unísono con todo el pueblo y alma madrileños. Tienen que pasar tres siglos para que vuelva a producirse un fenómeno semejante en su línea que persiste a través de generaciones y tiempos. Son dos piezas de zarzuela que van para inmortales, como el enmorado de Amarilis —Marta—. Me refiero a *La verbena de la Paloma* y *La Revoltosa*. La música es extraordinaria, una pieza de oro puro, tintineante, alegre y melancólico. Los libretos no desmerecen, sino casi mejoran. ¿Y quiénes son los protagonistas de las dos obras? Uno solo, el mayor monstruo: los celos.

*«También la gente del pueblo
tiene su corazoncito,
y lágrimas en los ojos,
y celos mal reprimidos.»*

Este parlamento de celos, que podría ser muy bien de Lope en *La Dorotea*, si Lope no se las diera de señorito hidalgo montañés, corresponde al galán Julián. Y la dama, de la otra zarzuela, la Mari Pepa, de *La Revoltosa*, viene a decir lo mismo:

*El hombre de mis fatigas
que a mí sola ha de quererme.*

No son los terribles celos calderonianos de *A secreto agravio, secreta venganza* ni de *El médico de su honra*. Son simplemente celos de enamorados que perdonan. Nada de monstruoso puntillo de honra, del honor y del lustre del apellido. Son celos de gente joven que se quiere con esperanza. Gente de la clase media, tirando a artesana, de todos los días, como acaso somos tú y yo, lectora o lector. Hay un momento en que Julián, desolado, le confiesa a su madrina: "*Más quisiera morir...*", donde se siente llorar de amor a un hombre cabal. Pocas o ninguna veces ha sucedido esto en la escena madrileña, protagonizado por personaje madrileño, que castellanos somos al cabo. Pocas, acaso sólo esta. Pero en esa inmensa tragicomedia, llena de

pasión y belleza, que es *La Dorotea*, lo que sucede a Julián en la verbena le pasa a Fernando —Lope— en el Prado. En Julián es al comienzo de la noche de un día de agosto. Para Lope —Fernando— es al final de ella. Un amanecer en el Prado, junto a fuentes, que si no son las mismas podían serlo o son parecidas a las que ahora lo adornan. Han salido dos damas, muy tapadas de velos y encajes, a tomar el acero —es decir, a tomar las aguas ferruginosas, que aún manan hoy algunas antiguas fuentes madrileñas. Dorotea —Elena Ossorio—, para calmar sus nervios —ansiedad se dice eso ahora—, Fernando —Lope—, porque no puede dormir pensando en la ausente. La dama, callada, ni le mira. La otra, amiga y tercera, sí le habla. Y Lope —Fernando— cuenta su pena de amores. Casi solloza. Ya interviene Dorotea, con cierta chulería, como si fuera una castiza:

«Gran llorador debéis ser.»

Y Fernando —Lope—, tan perdido, contesta:

«Tengo los ojos niños y portuguesa el alma.»

Del sentimentalismo de los portugueses enamorados ha quedado buen testimonio con la reina, que en realidad no lo era, Inés de Castro, coronada por el rey después de muerta. De lo que lloran los niños, cualquiera que los tenga, sabe. Lope confiesa, con sencillez, sin grandilocuencia, sus celos y su humillación, como Julián.

No hay nada calderoniano, de amplitud y énfasis nacional. Son vidas particulares de madrileños; quizá no tengan grandeza, pero rezuman la más intensa e inmarcitable poesía. Lope tiene la mala suerte que el pretendiente y amorío de Elena Ossorio no sea un viejo chocho, como don Hilarión, sino un sobrino del cardinal Granvela, con todo el oro del Perú, joven y gaupo. Elena Ossorio es actriz, y una actriz se debe a su público, y una actriz necesita siempre dinero. La Susana es una ribeteadora de botinas, y la Mari Pepa, una planchadora. Mujeres sencillas, sin grandes ambiciones. Julián y Felipe son más venturosos en amor.

Hay también un momento, aunque siempre está el acíbar y la miel de Elena Ossorio, en que Lope conoce a mujeres sencillas. Funda su hogar con una de ellas, Juana de Guardo, que sería hoy lo que, hasta hace poco, la hija de un asentador de la plaza de la Cebada. Es un Lope burlón, con ese sentido de felicidad, ese humorismo que da al hombre —y a la mujer— el amor suave y seguro, que no creemos tener en mucho, pero que luego descubrimos es la única tierra firme de la vida. No hay pasión, pero felicidad sí.

*Si digo a Juana, cuanto hermosa, fiera,
lo que la quiero, ingrata corresponde;
si digo que es mi vida, me responde
que se muriera, porque no lo fuera.
Si la busco del soto en la ribera,
entre los verdes álamos se esconde:
si va a la plaza y la pregunto adónde,
con la cesta me rompe la mollera.*

*Eres hircana, tigre, hermosa Juana:
mas, ¡ay!, aun para tigre no era buena,
pues siendo de Madrid, no fuera hircana.*

Juana de Guardo desconfiaba, y con razón, del galán poeta. Su carácter debía ser tan voluntarioso como el de la Mari Pepa, de *La Revoltosa*. Madrileña de verdad. Y él fue feliz con ella.

.....
*Mas puede ser que algún lector extrañe
estas musas de amor hiperbóleas,
y viéndolas después se desengañe.
Pues si ha de hallar algunas partes feas,
Juana no quiera Dios que a nadie engañe;
basta que para mí tan linda seas.*



José Saura

No, Juana no era tan bella como Elena Ossorio, pero le dio una felicidad chiquita, doméstica, sosegada al genial y veleidoso marido. En otro soneto él la dice del juicio de París entre Venus, Juno y Minerva.

*Pues cuarta diosa en el disorde puesto
no sólo a ti te diera, hermosa Juana,
una manzana, pero todo un cesto.*

Debió ser guapetona la Juanilla, que por un momento parecía iba a reducir al Fénix de los ingenieros a la vida pacífica, feliz y enamorada, que es la constante del buen pueblo madrileño, si las ocasiones y el tiempo histórico lo permiten. Tuvo pocos años para ello; murió, como la primera mujer. El poeta era gran devorador de hembras. Y él volvía a lo suyo. La pasión.

Se siente juicioso. Toma órdenes menores. Escribe rimas sacras con el seudónimo del Licenciado Tomé Burguillos:

*¡Oh miserable Burguillos,
poeta jamás soberbio!
¿A dónde te lleva el tiempo?
¿Qué es de tus años pasados
o tu paciencia a lo menos?
¿Qué has hecho, a quién has servido?
¿Qué aguardan tus pensamientos?*

"¿Qué aguardan tus pensamientos?" No aguardaban, guardaban el recuerdo.

*Manzanares claro,
rio pequeño,
por faltarle el agua,
corre con fuego.*

Mil veces sale en prosa y poesía de Lope el río de la corte, para él no tan chico, pues sentimiento y memoria se le agrandan. Sus amores en él han sido:

*De hoy más las crespas sienas de olorosa
verbena y mirto coronarte puedes,
juncoso Manzanares, pues excedes
del Tajo la corriente caudalosa.
Lucinda, en ti bañó su planta hermosa.*

Para él es una corriente de amor y nostalgia, se siente. El, el presumido, el de las innúmeras torres del escudo flamante, cuenta de sí.

*Viniendo yo de la desierta villa
donde nací, como otras cosas viles
que arroja el Manzanares a su orilla.*

Mal le iban las cosas sentimentales para que él viese Madrid desierto y a sí mismo se viese de poco valor. Al río, su río, no.

*En sus ondas humildes y quietas
estima algunos cisnes Manzanares,
del premio desta edad claros atletas.*

Cisne era él mismo. Murió viejo, como suelen ellos. Y cantó, pero con voz melodiosa, de ruisenior y hombre enamorado. De eterno hijo de la primavera. De enamorado y viviente madrileño, más cuidadoso de su felicidad privada que de negocios públicos y ambiciosos. Su río, el de la nostalgia:

*¡Ay Dios, si el Tormes fuera
a dar a Manzanares sus despojos
y llevarle pudiera
las lágrimas amargas de mis ojos,
qué alegre las llorara,
de ver que alguna hasta sus pies llegara!*

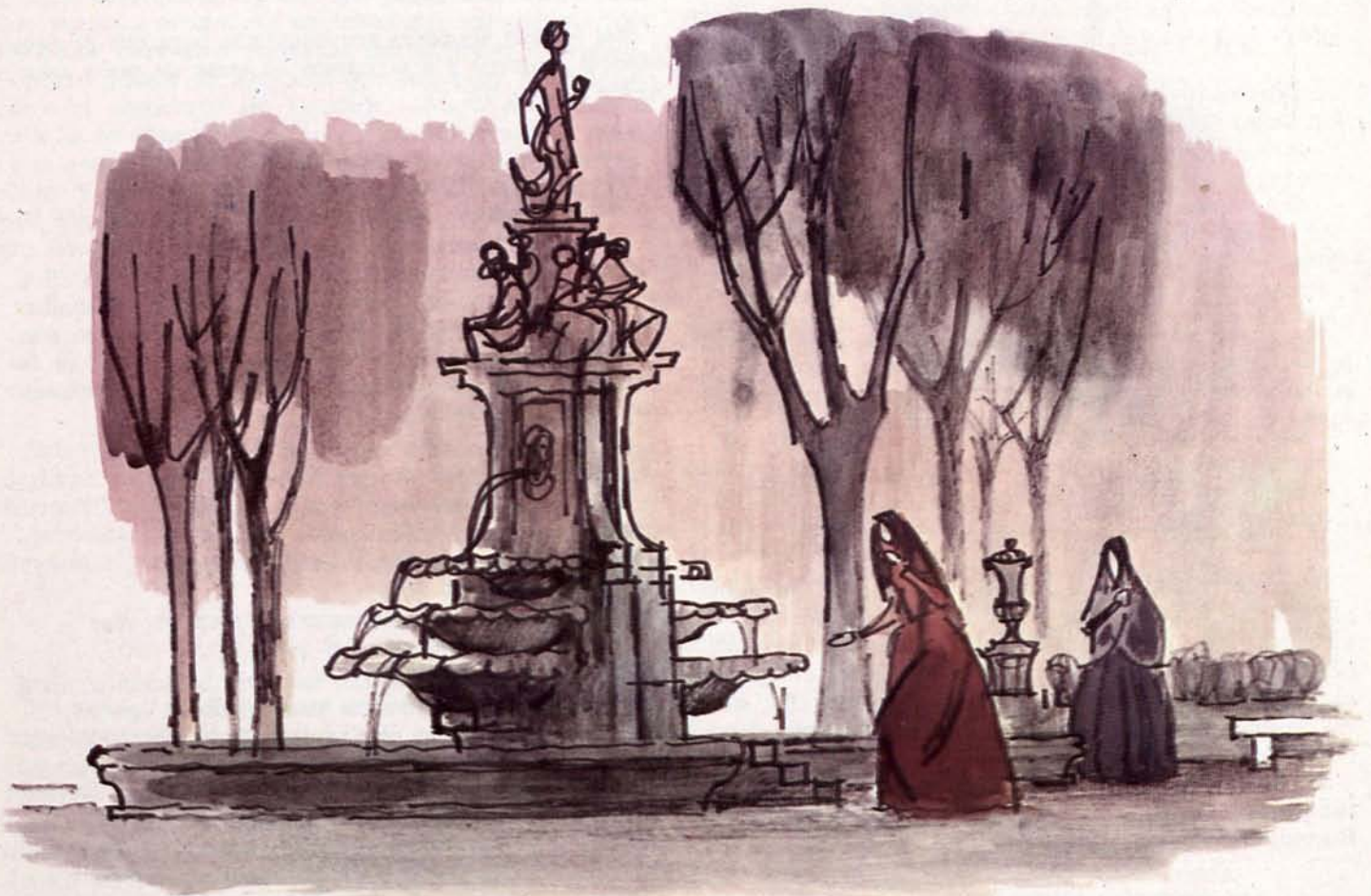
Está en Alba de Tormes, está en Salamanca. Está procesado y desterrado de Madrid, de su amor y de su patria chica, que es una capital. En la evocación, Madrid y el sentimiento, y la dama y la ausencia de tantas cosas y amigos, se engrandecen. Esta ciudad, con su altura sólo superada por las ciudades de las estepas del Asia Central, por las del Asia Menor, como Ankara. Por algo donde ya aparece Asia, como en la bella Sofía, que es también un jardín, pero ya asoma la estepa asiática.

Capital de España, con un río que a tantos ha hecho reír. Y del que tanto, y tan mal, se ha escrito. Pero fue río del amor y la felicidad, y la vida risueña. Goya lo pintó cuando aún quedaban en él rastros de los lozanos —él siempre fue lozano, sin vejez— y líricos

tiempos de Lope. Era entonces la capital del primer imperio del mundo Madrid. Roma no existía ya, y el otomano, aunque inmenso, no cruzaba el océano para llegar a nuevos continentes. Madrid era chiquita, pero la capital más importante del mundo. El río, con tantos vecinos como podía abastecer. De baños, de juncos, de verbenas, y verbena, de flores, de poetas, de arte, de amor. Le iba bien a Madrid. En plena canícula madrileña, la Corte haría un miraje mágico, un espejismo como en Samarkanda. En los dos crepúsculos, con la estrella miguera y el astro que tantos llaman Venus. Félix Lope de Vega, poeta, enamorado y madrileño, saldría a pasear por ver si la veía a ella. Que no acudía a la cita, que no podía llegar, que estaría con otro. Y él escribía, ardiendo de celos y pasión:

*Manzanares claro,
río pequeño,
por faltarle el agua,
corre con fuego.*

No, ni el padre Duero, con Antonio Machado; ni aun el Tajo, con fray Luis de León, tuvieron la dicha preclara de tal cantor en sus márgenes, prendido en ellas, entrañado mientras fue tal poeta, que aún lo es. Que los eruditos busquen tantos versos, más expresivos que los que selecciona mi afición madrileña. Y que se graben en cualquier puente hermoso, velando la gloria de nuestro, sí, preclaro e importante río. No en todos, ni tanto, se miró Lope, haciéndole espejo de amor, que los siglos no empañan.



José Sampa



"Tony Jacklin", el rosal premiado.



Dos aspectos de la Rosaleda durante el concurso.



ROSAS NUEVAS 1972

«Aquí la rosa vive mientras muere.»
(SATOB DE CARRIÓN)

[A Naturaleza, ya se sabe, repite sus obras por especies, sin la menor preocupación. Un rosal de una determinada especie produce rosas cada primavera idénticas de colorido y perfume. Un árbol cualquiera repite en cada añada idénticos frutos. Pero en este Concurso Internacional de Rosas Nuevas, que cada primavera se celebra en la Rosaleda del Príncipe Pío (Parque del Oeste) desde hace diecisiete años, no basta con decir "rosas nuevas" para definir sus características. Hay que decir rosas originales, rosas únicas. Porque las rosas que entran en esta difícil competición son distintas. Nacen en Madrid por primera vez, como cabezas de serie de una nueva especie que antes no existía. Son rosas que no han estado en el paraíso. Ni su forma ni su color ni su perfume, tienen con las rosas existentes más que un lejano antecedente. Estas rosas son producto de una caprichosa fecundación con polen de otra especie, una fecundación artificial, operación complicadísima de biología vegetal que los especialistas denominan hibridación.

En el Concurso de este año, de 1972, la medalla de oro Villa de Madrid, máximo galardón que otorga nuestro Ayuntamiento, a través de un jurado de especialistas, correspondió a un rosal floribunda, de nombre comercial "Tony Jacklin", presentado por su obtentor, Sam McGredy, de Irlanda del Norte.

Al entrar en la Rosaleda de Ramón Ortiz en los días en que han florecido los rosales cuyas rosas han de entrar en el Concurso, uno al ver tantos y tantos ejemplares, a cual más sorprendente, recuerda el magnífico verso del poeta hispano-hebreo del siglo XIII Satob de Carrión. Al ver los magníficos ejemplares de rosas procedentes de los más diversos meridianos, se le vienen a la mente las palabras de aquel verso: "Aquí la rosa vive mientras muere." No se ha dicho mejor en siete siglos de poesía castellana. Quizá porque no se puede decir mejor.

Los jardineros internacionales no dejan de manipular con sus pinzas —casi bisturí de cirujano— en el interior de esa maravilla vegetal que es el cáliz de una rosa recién abierta. Siguen haciendo trasplantes de polen hasta lograr esa magia de la hibridación vegetal, en colaboración con la Naturaleza. Magos especialistas de todo el mundo trabajan afanosamente para ofrecer cada primavera las sorpresas de unas rosas de color, forma y perfume jamás soñados.

Un especialista nos informa de algunas de las características de la competición. Nos dice que el promotor de estos certámenes fue el un día jardinero mayor del Ayuntamiento señor Ruiz Ferrer. Es un aficionado mallorquín "padre" de varias rosas originales. El especialista nos explica:

—Es una tarea difícil y muy delicada. Hay que colaborar con la Naturaleza, y eso siempre es grave. Se requieren conocimientos especiales: paciencia benedictina y una intuición de ciertas cosas que rayan en lo mágico. La hibridación

o cambio de polen de una rosa a otra diferente, ha de hacerse en un momento especialísimo de la vida de la flor. En un día y una hora de claro sol, cuando ambas rosas estén en el punto cumbre de su madurez. Un minuto después de aquel en que la rosa puede tolerar la fecundación artificial que ha de transformar su íntima naturaleza, ya todo sería inútil.

Para la elección de ese momento el especialista no cuenta con otra regla que su instinto ni otra norma que su experiencia. Por eso en los países de escasos días de sol esa fecundación artificial hay que hacerla dentro de invernaderos. Siempre decía Ruiz Ferrer que uno de los mejores lugares del mundo para lograr la hibridación de las rosas es la isla de Mallorca, donde el sol es radiante durante muchos días enteros.

Pregunto a mi informador especialista:

—Y una vez hecha la fecundación, supongamos que en condiciones óptimas por parte de las dos rosas en que se trasplanta el polen, ¿qué pasa?

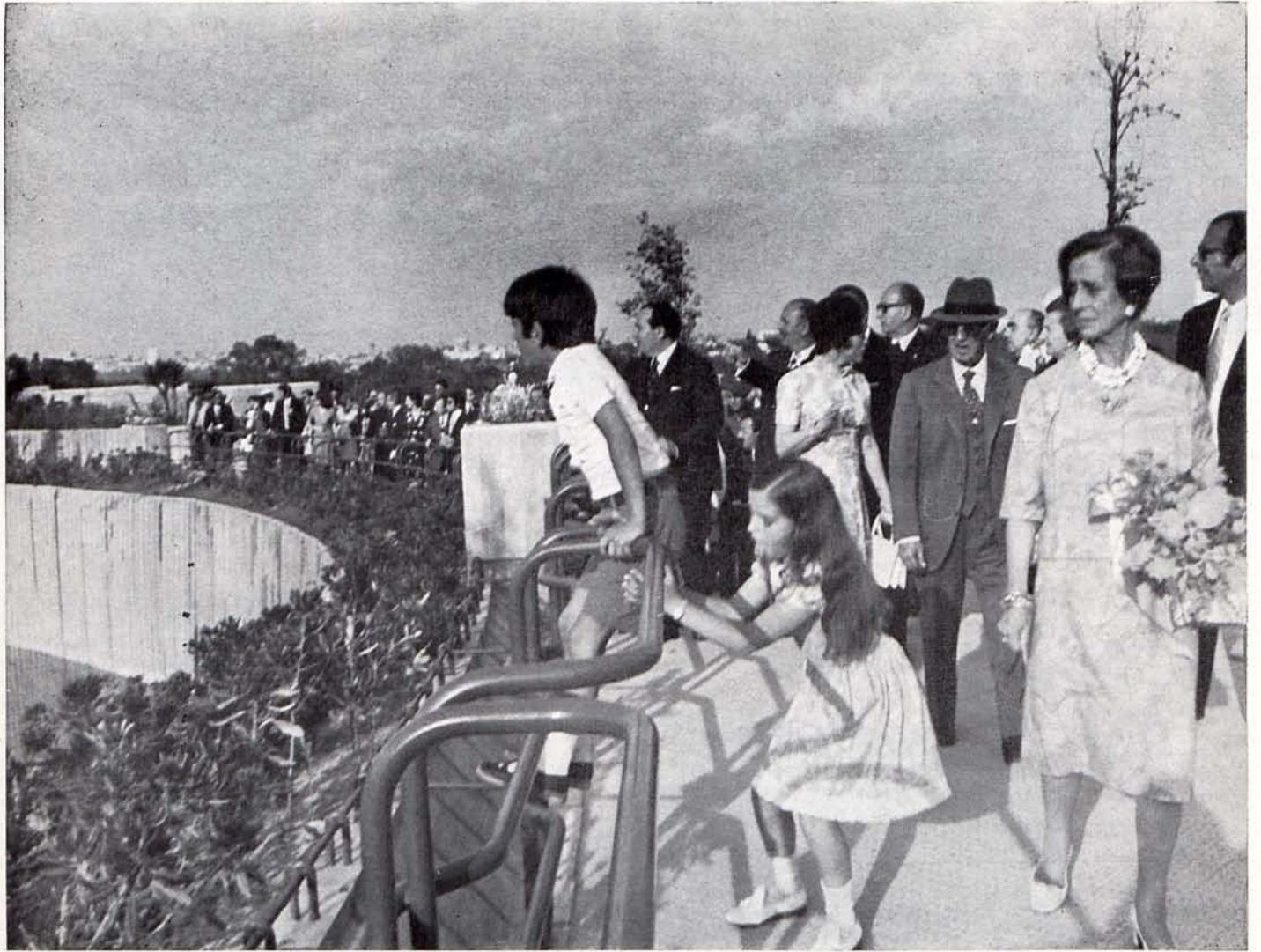
—La rosa, una vez fecundada, vive unos días, muere y se deshoja. Entonces la semilla madura. A su tiempo, el cultivador la planta y espera. Si el rosal nacido produce en su momento la rosa original deseada por el especialista, éste procede al injerto del rosal como medio de fijar la nueva especie, cuyo nombre patenta. Todo el proceso, hasta que se puedan plantar esquejes del nuevo rosal y obtener rosas de la nueva especie, dura unos seis años.

—¿Cómo se envían los esquejes de rosal para los concursos internacionales?

—Cada cultivador de nuevas variedades de rosas envía en el otoño cinco esquejes de cada tipo, con sus nombres y su "filiación" genética completa. Nosotros las plantamos y en la segunda primavera producen las rosas de los nuevos tipos, que son las que entran en el concurso. Después, las rosas que premia el jurado se quedan de propiedad del Ayuntamiento de Madrid, que es quien concede los premios. De las no premiadas se arrancan los rosales, y una comisión de expertos comprueba que no se ha quitado a las plantas ningún esqueje y certifica su destrucción. La quema se hace ante un notario, que levanta la correspondiente acta, que irá a manos de los concursantes.

Después de nuestra conversación informativa nos trasladamos a la Rosaleda, instalada en ese rellano soleado, con horizonte ferroviario, de la montaña, colina mejor, del Príncipe Pío, donde cada primavera nacen y mueren muchas rosas hermanas de las premiadas, o de otros rosales igualmente obtenidos por hibridación e injerto en diversos países de Europa y América. También han venido rosas de países tan lejanos como Japón y Canadá. Centenares de rosas, de coloridos jamás vistos, se abren al claro sol madrileño, que también pone algo en sus pétalos. Y aquí "viven mientras mueren", para que el verso del poeta medieval adquiriera toda su verdad, su perfume lírico y su profunda filosofía existencial.

JUAN ANTONIO CABEZAS



EL JEFE DEL ESTADO INAUGURO EL NUE- VO ZOOLOGICO DE MADRID



Para Jaime y Aránzazu, nietos meritos del Jefe del Estado, será memorable la tarde del 23 de junio de 1972. Como asistentes al acto inaugural del nuevo "Zoo", fueron los primeros niños madrileños que contemplaron las modernas instalaciones construidas en la Casa de Campo en sustitución de la vieja Casa de Fieras del Retiro.

El Parque Zoológico de Madrid, del que dimos amplia noticia en el número anterior de VILLA DE MADRID, fue inaugurado por el Jefe del Estado, a quien acompañaba su esposa, doña Carmen Polo de Franco. En la puerta del recinto Sus Excelencias fueron cumplimentados por el alcalde de Madrid y señora de Arias Navarro, la cual hizo entrega a doña Carmen Polo de Franco de un ramo de flores. A continuación Sus Excelencias fueron saludadas por el vicepresidente del Gobierno, almirante don Luis Carrero Blanco; por el presidente de las



Cortes y del Consejo del Reino, don Alejandro Rodríguez de Valcárcel, y por los ministros de Justicia, Hacienda, ministro secretario general e Información y Turismo, así como por el capitán general de la I Región Militar, gobernadores civil y militar de Madrid y presidente de la Diputación Provincial madrileña.

Dentro del nuevo "Zoo" madrileño, Sus Excelencias recibieron explicaciones, ante una maqueta de las instalaciones, por los técnicos municipales y por los directivos de la empresa concesionaria del "Zoo" madrileño.

A continuación se procedió a la bendición del Zoológico por el obispo auxiliar de Madrid, monseñor Ricardo Blanco, y el Jefe del Estado descubrió una lápida conmemorativa con la siguiente inscripción: "Su Excelencia el Jefe del Estado español, Francisco Franco Bahamonde, inauguró este Parque el 23 de junio de 1972, siendo alcalde de Madrid don Carlos Arias Navarro."

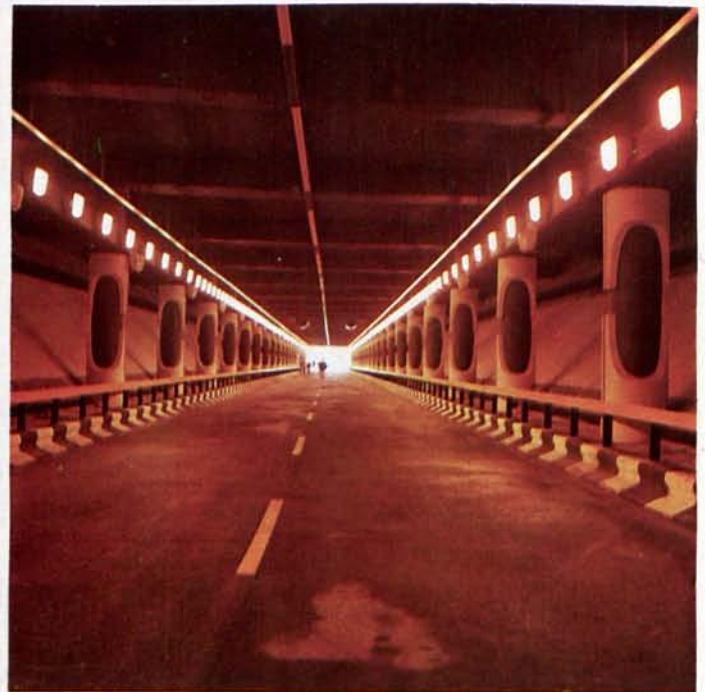
Con posterioridad, Sus Excelencias y autoridades subieron a un vehículo articulado para recorrer cerca de cuatro kilómetros de calles a través de distintas instalaciones de que consta el nuevo Zoológico madrileño. En algunas ocasiones Sus Excelencias bajaron del vehículo para admirar más de cerca algunas de las variedades más importantes.



EL PRINCIPE DE ESPAÑA PRESIDIO UNA IMPORTANTE JORNADA PARA MADRID

Inauguración de los pasos a desnivel
Serrano-María de Molina y Bailén-Ferraz.

Obras de ajardinamiento en la plaza
de España y Sabatini.



Dos aspectos del paso Serrano-María de Molina.

El 25 de mayo fue día de fiesta para Madrid. El Príncipe de España, acompañado del ministro de la Gobernación, alcalde de Madrid y gran número de personalidades, inauguró los dos pasos a distinto nivel de María de Molina y Bailén-Ferraz. El recorrido inaugural comenzó en María de Molina. La comitiva recorrió el túnel a pie, para volver luego y visitar también el desvío a López de Hoyos. Luego se trasladaron todos a Bailén. Bendijo la obra el obispo auxiliar de Madrid, monseñor Blanco Granda. Se recorrió —también a pie— el paso elevado, la jardinería de la plaza de España y del propio paso elevado, para ter-

minar el recorrido en los jardines de Sabatini. Con esta inauguración quedaron abiertos dos pasos a distinto nivel, vitales para la circulación en Madrid.

SERRANO-MARIA DE MOLINA

El cruce de Serrano con María de Molina necesitaba hace tiempo un paso a distinto nivel. Ha sido este uno de los casos en los que la opinión pública ha solicitado la construcción de un paso antes de que el mismo Ayuntamiento hiciese planes para su construcción. Ahora, la idea simplista era la de un puente

en Serrano que salvase por encima María de Molina. Luego llegaron los estudios de viabilidad. Había que hacerlo justamente al revés, para buscar el importante giro a la izquierda de López de Hoyos. Así el paso tiene dos carriles de de circulación a su entrada en María de Molina (a la altura de Alvarez Baena) y una longitud total de 480 metros hasta su salida, pasado el cruce con Lagasca. Dentro del paso, a la altura de Serrano, los dos carriles se ensanchan en tres para buscar el giro a la izquierda hacia López de Hoyos, donde existen también dos carriles de circulación con un recorrido de 200 metros. Por úl-



El paso Bailén-Ferraz une la plaza de España con los jardines de Sabatini y parque de la Moncloa.

enclaustramiento que suelen tener estos pasos. Tiene un acondicionamiento acústico y es francamente original la decoración de las columnas y la barandilla de fábrica que contrasta con las metálicas que hasta ahora se han instalado en estos pasos. La necesidad de este paso estaba determinada no sólo por la voz popular a la que antes hemos aludido, sino por la intensidad de tráfico que ya en 1970 era de 65.000 vehículos diarios en María de Molina y de 35.000 en Serrano.

BAILÉN-FERRAZ

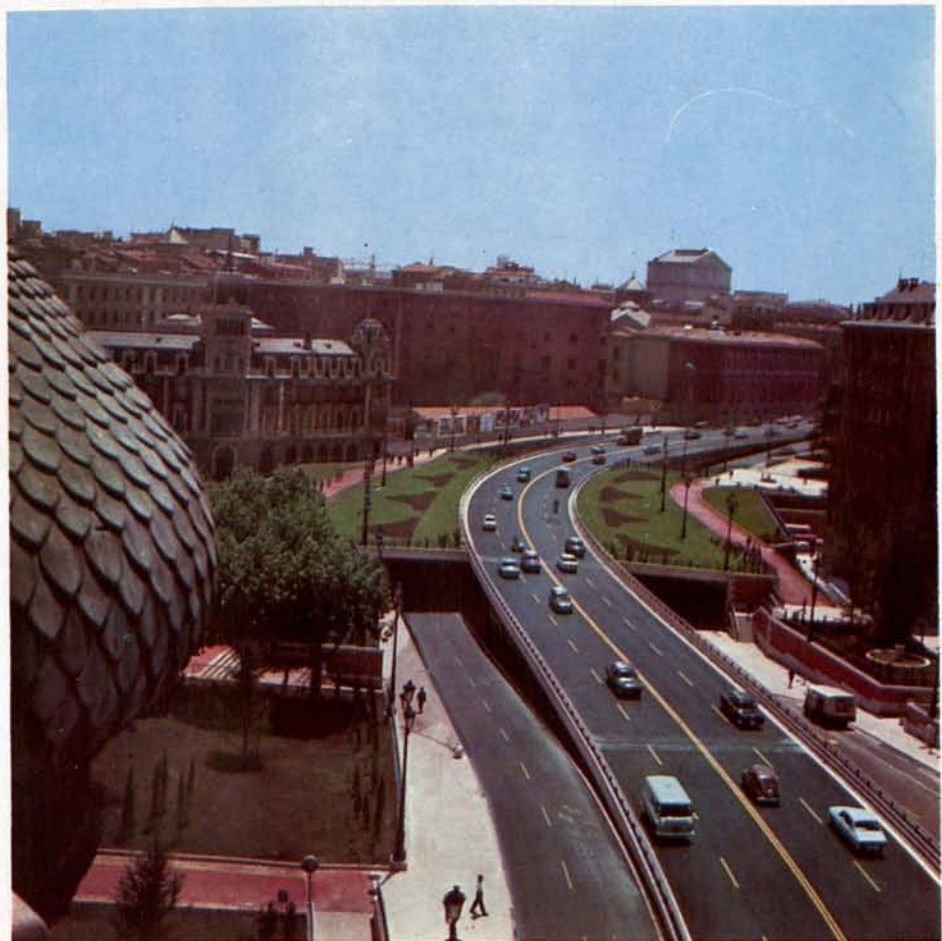
Este paso responde a una necesidad importante. Pero había que realizarlo con un cuidado exquisito. La proximidad del Palacio Real exigía que la obra se estudiase a fondo. Y el paso de Bailén-Ferraz ha gozado del dictamen favorable de la Dirección General de Bellas Artes. Para ello se ha unificado el

timo se ha construido un paso subterráneo de peatones que nace en Serrano, para salir en el triángulo de la confluencia de López de Hoyos.

TRABAJOS

Este paso se ha distinguido en todo por su gran originalidad. En primer lugar se cavaron unos profundos pozos, donde se afirmaron unos pilotes, sobre los que se montaron las columnas de sustentación. Sobre las columnas se colocaron las vigas que forman la techumbre del paso y luego se pavimentó por encima. Sólo entonces se comenzó a cavar el túnel. Se realizaron también entonces obras de desvío de colectores y construcción de galerías de servicios.

El paso ha sido original no sólo en su construcción, sino también en su decoración. Los muros laterales, inclinados, dan al túnel una forma de trapecio invertido que amplía la visibilidad combatiendo la idea de



Parte superior del paso Bailén-Ferraz.



La estatua de Carlos III, rey tan querido del pueblo madrileño, en su nuevo emplazamiento.

nivel de la calzada de circulación con el de los jardines de Sabatini. Se ha levantado la esquina de la plaza de España y se han unido los jardines, la plaza y la calzada con unas plataformas ajardinadas, de modo que lo que en principio era un paso elevado ha quedado de tal modo que más parece un paso subterráneo, en el que se hunde Onésimo Redondo, que uno elevado sobre esta calle.

CAÑIZARES

En primer lugar hubo que realizar una obra adicional: la unión de Cañizares con Irún (y el giro a la izquierda hacia Bailén) que ha permitido desviar gran parte de la cir-

culación para acometer la obra del paso principal. En primer lugar se levantaron unas plataformas por las que discurrió la circulación rodada. Mientras tanto se rebajaban unos dos metros en la calle de Onésimo Redondo. Luego se abrió esta calle al tráfico y se comenzó la construcción del paso elevado propiamente dicho en forma de gran plataforma. La plataforma cubre exactamente una extensión de 4.600 metros cuadrados más unos estribos de 1.400 metros. En la parte superior el ajardinamiento ocupa 3.500 metros cuadrados.

En cuanto a características técnicas hemos de decir que el gálibo del paso es de cuatro metros y medio de altura, que tiene dos carriles de

circulación en cada sentido y que tiene una anchura de 12,90 metros.

CONJUNTO

Lo más importante de esta obra es la idea de conjunto que ha dado a la plaza de España con los jardines de Sabatini. En contra de la pérdida de belleza que suele suponer los pasos a distinto nivel, en la plaza de España se ha ganado en estética. Por un lado, los jardines de Sabatini. Por el otro el nuevo parque del cuartel de la Montaña con el monumento del templo egipcio de Debod.

César DE NAVASCUES

Después de inaugurar el paso a desnivel Bailén-Ferraz y los nuevos jardines de la plaza de España, el Príncipe, acompañado del ministro de la Gobernación, alcalde de Madrid y otras autoridades, se dirige a los jardines de Sabatini, que también han sido objeto de una importante y acertada reforma.—Abajo, una magnífica fotografía de Santos Yubero con los jardines de Sabatini, en primer término, y el Palacio Nacional iluminado.



INAUGURACIONES MUNICIPALES EN LA CONMEMORACION DEL 18 DE JULIO

Monumento en memoria de los Caídos en el Cuartel de la Montaña.

Fue inaugurado oficialmente el reconstruido templo egipcio de Debod.

Vallecas dispone ya de un parque tres veces mayor que el Retiro: el llamado de Entrevías.

Los paseos de Méndez Alvaro y Doctor Esquerdo, unidos por el paso elevado más largo de los construidos hasta ahora en nuestra capital.

Entró en servicio la primera fase del complejo deportivo de Moratalaz.

Por MANUEL MARLASCA PEREZ (†)



Los ministros del Ejército, Gobernación y Hacienda, en el momento de descubrir el monumento a los Caídos del Cuartel de la Montaña

EL mes de julio es para los españoles mes de conmemoraciones e inauguraciones. Nada más indicado para la celebración de la fecha en que Francisco Franco inició la construcción de un nuevo Estado, que la entrega al disfrute del pueblo de aquellas realizaciones que hablan del nuevo y gran quehacer español, iniciado un 18 de julio, hace ya treinta y seis años. El Ayuntamiento de Madrid viene siendo consecuente, leal con esta política, que se manifiesta en dos ocasiones: una, cuando la corporación llega ante la presencia del Jefe del Estado, coincidente con la fecha de la liberación de Madrid, para rendir cuenta de la labor de cada año y exponer el programa del que en tal día se inicia. La segunda manifestación coincide con la fecha conmemorativa del 18 de Julio y está marcada por el signo de las inauguraciones: unas inauguraciones que están cambiando la faz de aquel Madrid de vía estrecha que conocieron a fi-



nales de marzo de 1939 los españoles integrados en las fuerzas liberadoras, por la de una ciudad de rango internacional; una ciudad que ha cambiado a sus «paseantes en corte», desocupados, de café con leche y media tostada, de azucarillo y aguardiente, de chotis verbenero y organillo, por una población trabajadora, que la ha alzado hasta la cima industrial que todos conocemos. Tan es así, que ya en el año 1968, en esa fecha del 28 de marzo a que antes me refería, don Carlos Arias Navarro se expresó así ante Su Excelencia el Jefe del Estado: «No puede de ninguna manera dolerse Madrid de ser hoy una de las ciudades españolas con mayor número de técnicos y operaciones de la industria; por el contrario, se siente orgullosa de esa nueva

condición que la libera de viejas y justificadas críticas.»

En este año de 1972, al cumplirse el XXXVI aniversario del Alzamiento Nacional, el Ayuntamiento y el pueblo madrileño han vivido intensamente su capítulo de inauguraciones: Monumento a los Caídos en el cuartel de la Montaña, templo de Debod, paso a desnivel Méndez Alvaro-Doctor Esquerdo (el más largo de cuantos se han construido en nuestra ciudad), instalaciones deportivas de Moratalaz y Parque de Entrevías («cada año un parque —y este tiene veinte hectáreas—, cada mes una plaza ajardinada»).

MONUMENTO A LOS CAIDOS DEL CUARTEL DE LA MONTAÑA

Corría el ya citado año de 1968. La corporación municipal en ple-

no era recibida, en la fecha tradicional de marzo, por Su Excelencia el Jefe del Estado. Al parlamento de don Carlos Arias Navarro ante el Caudillo pertenecen estas palabras:

«No ignora la corporación municipal que existen proyectos de construir edificios oficiales sobre el solar de la montaña del Príncipe Pío y ni puede ni debe ocultar a Vuestra Excelencia la justificada angustia del pueblo madrileño, porque aquel hermoso y simbólico paraje une naturalmente el monte de El Pardo y el parque del Oeste con la plaza de España, los jardines de Sabatini, el campo del Moro, la cuesta de la Vega y las Vistillas. Urbanistas de todos los estilos y tendencias consideran como error irreparable romper el más noble y dilatado paisaje de la villa y edifi-

car en un lugar que parece estar clamando por el perenne recuerdo que Madrid quiere erigir en memoria de los héroes de la guerra de la Independencia y del cuartel de la Montaña. Tiene, además, allí la villa una de sus más hermosas soluciones urbanísticas y la posibilidad de evitar la congestión del tráfico, más angustiosa cada día, en el paseo de Rosales y en la calle de Ferraz.»

El solar del cuartel de la Montaña fue entregado al pueblo de Madrid. Y el Ayuntamiento, representante de ese pueblo, construyó en la vieja montaña del Príncipe Pío un bello parque, asomado a la cornisa del Manzanares. En él fue reconstruido el templo egipcio de Debod (del que nos ocuparemos más adelante). Quedaba una promesa municipal que cumplir: plasmar en realidades «el perenne recuerdo que Madrid debe y quiere erigir en memoria de los héroes del cuartel de la Montaña». Para llevar a buen éxito este homenaje y recuerdo, se formó una comisión, bajo la presidencia del capitán general de la I Región Militar, don Tomás García Rebull, y en la que se integraron cuarenta personalidades de la vida madrileña. Joaquín Vaquero Turcios proyectó el monumento como un espacio cóncavo, formado por un muro de sacos terreros, y sobre éste una figura yacente de bronce; una figura mutilada, al estilo de muchas estatuas clásicas. El Ayuntamiento aceptó el proyecto, una vez aprobado por la comisión, y costeó los gastos de su realización.

Mas ya que estamos realizando una síntesis histórica del monumento inaugurado por el ministro del Ejército el 20 de julio de este año de 1972, no podemos silenciar el conato de polémica iniciado en «El Alcázar» por una carta al director porque, según un artículo aparecido en la prensa diaria, firmado por don Francisco Gimeno Ondovilla: «El monumento que ha de erigirse en recuerdo de los que cayeron en el cuartel de la Montaña, al iniciarse la guerra de la Liberación, llevará un friso que representa a lucha de los centauros y los lapitas en las bodas de Perito». Sin embargo, la polémica quedó cortada de raíz, al ponerse en claro el error en que se había incurrido en esa interpretación. Y el citado diario, publicó un magnífico editorial

en que señalaba que «la estricta realidad de un monumento que la política del alcalde de Madrid ha sabido plasmar en una de los lugares de más arraigada tradición heroica madrileña. Ni las dimensiones del monumento, ni el simbolismo que emana de su realización permiten calificar de raquítico a un conjunto monumental digno de la epopeya vivida en el histórico lugar, convertido por el genio creador de Carlos Arias en uno de los más bellos conjuntos ajardinados de la capital madrileña».

Y estamos ya en el 20 de julio de 1972. La primera inauguración municipal entre las programadas para estas fechas conmemorativas. Es ésta de homenaje y recuerdo a los caídos en el cuartel de la Montaña. El alcalde de Madrid, acompañado por los ministros del Ejército, teniente general Castañón de Mena; de Gobernación, señor Garicano Goñi, y de Hacienda, señor Monreal Luque, capitán general de la I Región Militar, teniente general García Rebull; gobernador militar de Madrid, general Campano; gobernador civil, señor López Cancio; presidente de la Diputación, don Juan Manuel Fanjul Sedeño, hijo del general Fanjul, defensor del cuartel de la Montaña; ex combatientes, viudas e hijos de los defensores, y presidente de la Hermandad Nacional de Ex Combatientes.

DISCURSO DEL ALCALDE.

Desde un pódium, el ministro del Ejército, acompañado del capitán general de la I Región Militar, escuchó el himno nacional, e inmediatamente después el alcalde de Madrid, don Carlos Arias Navarro, pronunció las siguientes palabras:

«Excelentísimos señores ministros; excelentísimos e ilustrísimos señores, señoras:

Tiene este año significación muy especial y acusado sentido la conmemoración de la gesta del cuartel de la Montaña. A los actos religiosos celebrados esta mañana por vuestra hermandad para rogar por las almas de los caídos en tan patriótica jornada y significar una vez más la cristiana raíz del Alzamiento Nacional, ha querido el Ayuntamiento de la villa añadir la inauguración de este sobrio, moderno y simbólico

monumento en el que se ha pretendido plasmar los caracteres más esenciales de la defensa del cuartel de la Montaña. Madrid ha querido perpetuar así, en piedra y bronce, para lección permanente de nuevas generaciones, el recuerdo de los que aquí lucharon y dieron su vida en aras de unos limpios ideales.

Cuando en la memoria de los supervivientes y de los deudos de los muertos está todavía fresca aquella jornada de esperanza y tragedia, de heroísmo y sacrificio, es deber de todos el tener presentes las supremas razones de aquel alzamiento en armas. Es necesario decir que aquellas horas largas de lucha, que aquellas muertes simbolizaban nada menos que una cierta y muy honrosa justificación de Madrid ante la más reciente historia. El gesto heroico de aquel puñado de militares y falangistas —en perfecta identificación de ideales y propósitos, pueblo y Ejército— hicieron a Madrid merecedor de su liberación por los soldados del Caudillo Franco.

Gracias a los combatientes del cuartel de la Montaña este frontis de la villa pudo ser de nuevo atalaya y defensa, grito de alzamiento por la independencia de España. En la historia madrileña parece señalado el carácter trascendente de esta colina. El castillo famoso, la Almudena aparecida en la muralla, el viejo Alcázar, el palacio Nacional, la montaña del Príncipe Pío y la Moncloa, son lugares con nombre propio en las glorias de Madrid, que aquí vino a dar su alerta y expresar su voluntad de combate cuando la patria estuvo en peligro. El monumento a los Caídos del cuartel de la Montaña, vecino al levantado en memoria del 2 de mayo, evidencia esa constante histórica que hace de este lugar el más entrañable de la villa.

Madrid ha cumplido con honor la promesa que en solemne ocasión hiciera su Ayuntamiento ante el Caudillo de quien rogó su intercesión para que el solar del cuartel de la Montaña fuera cedido al pueblo madrileño.

El Caudillo respondió con benevolencia cordial a nuestra fundamentada esperanza, y la comprensiva y generosa actitud del Gobierno y de su ministro de Hacienda hizo posible que el Ayuntamiento de la villa realizara tan ambicioso y querido



proyecto, llevado a cabo con reverencial respeto, imaginación y voluntad de acertar. Cuando el parque estuvo totalmente terminado, recabó el honor de erigir y dedicar este monumento. La Hermandad del Alzamiento Nacional, que tenía el mismo propósito, supo entender las razones del Ayuntamiento madrileño que quería expresar una vez más, de forma rotunda e inequívoca, la identificación de su pueblo con los ideales del 18 de Julio y su decidida voluntad de velar por su mantenimiento. Porque Madrid no olvida lo mucho que debe al Alzamiento Nacional y al Movimiento que de él naciera. Sabe que estos largos años de paz y trabajo, de ilusión y bienestar, han fructificado en obras de las que se beneficia

toda la nación. Sabe que la paz, el progreso y el desarrollo económico y social han tenido un precio pagado en sangre por unos hombres que se ofrecieron a sacrificarse por todos. Tal es la significación y el símbolo del monumento que inauguramos. En él están indeleblemente impresas la gratitud y la admiración del pueblo madrileño a los hombres que aquí ofrendaron su vida y que con su sacrificio nos enseñaron cuán hermoso es combatir y morir por la patria y por el triunfo de unos ideales de paz, grandeza, unidad, libertad y hermandad entre todos los españoles.»

Seguidamente, el gobernador civil, señor López Cancio, agradeció al Ayuntamiento, en nombre de la

Hermandad, la erección de este monumento, que hará recordar a los hombres de la gran urbe que la vida se nutre del sacrificio de otros hombres.

A continuación hizo uso de la palabra el ministro del Ejército que, entre otras cosas, dijo:

«Si fuera necesario, el Ejército, que está siempre fundido con España, ya que es su pueblo el que lo integra; el Ejército, en el que tal vez sirven ahora los hijos y los nietos de los que cayeron para siempre, se ofrecería de nuevo en sacrificio a fin de evitar que se manche, se rompa o se desgare el cuerpo de la sagrada patria.»

Al glosar el episodio del cuartel de la Montaña, el ministro se refirió a las palabras del general Fajul cuando, en los momentos más trágicos de la defensa, maltrecho y herido por la metralla, perdidas todas las esperanzas, contestó a quienes le preguntaban por soluciones o consignas concretas: «Yo soy un militar que ha recibido de un superior la orden de venir aquí. He acudido al sitio que me han designado a sabiendas de que es el de mayor peligro. Pero el deber hay que cumplirlo así. Sobre todo cuando lo impone la patria.»

Así es en efecto, con naturalidad, pero con abnegación; con sencillez, pero hasta el último extremo y el máximo esfuerzo, sin palabras altisonantes ni gestos teatrales. Así cumplen con su deber los soldados de España. Sin reservas y sin prejuicios, dándolo todo. Y así seguirá cumpliéndolo el Ejército, a quien las leyes vigentes encomiendan una misión que estaba ya grabada desde siempre, como deber de honor, en los corazones de cuantos lo forman: la suprema misión de garantizar la unidad e independencia de la patria, la integridad de sus territorios, la seguridad nacional y la defensa del orden constitucional.

TEMPLO DE DEBOD

Segunda inauguración municipal en esta jornada del 20 de julio: una parte del Egipto milenario, un pequeño fragmento de la cultura de la humanidad a través de los siglos. Erigido en el siglo IV a. de J. C. por un faraón de Meroe, Azakheramón, se nos ha explicado por el señor Martín Almagro, director del





Fuente y estanque, junto al templo de Debod

Museo Arqueológico Nacional y de la misión arqueológica española en Oriente Próximo, que este monumento de la antigüedad consta de dos pilonos o puertas monumentales del recinto sagrado o «temenos», al cual se llegaba desde un embarcadero en el Nilo por una vía sacra, que, tras atravesar los pilonos, alcanzaba el santuario propiamente dicho. (De ahí la concepción municipal de su restauración, situándolo sobre un amplio estanque.)

Por la puerta del centro se accede a la capilla de Azakheramón núcleo originario del santuario y la parte más importante de todo el monumento. Está toda ella decorada con relieves en los que el faraón Azakheramón, divinizado él mismo, rinde culto a diversos dioses del panteón egipcio. Pasada esta capilla se encuentra un vestíbulo central en el que se abren dos capillas laterales y otra al fondo. En

las laterales se ven, en la esquina inmediata a la entrada, dos puertas muy reducidas que dan paso casi misteriosamente a compartimientos estrechos o capillas.

En el siglo XVIII el templo de Debod se conservaba en su emplazamiento egipcio bastante completo. A lo largo del siglo XIX y, sobre todo, en los comienzos del XX, experimentó graves destrucciones y robos de piedras. En 1960 la UNFESCO, en su campaña de salvación de los edificios históricos de Nubia, organiza, junto con el Servicio de Antigüedades de Egipto, el traslado del templo a la isla Elefantina; trabajo que, al parecer, se hizo sin demasiado esmero, aumentando el deterioro del edificio.

El templo de Debod fue donado por decreto del fallecido presidente de la República Arabe Unida, Nasser, en 1968, en agradecimiento a la labor realizada por la misión espa-

ñola de rescate en la región de Nubia. En 1970 el Ayuntamiento de Madrid financia y realiza el traslado de las viejas piedras del vetusto templo hasta su ubicación en la montaña del Principe Pio. Don Manuel Herrero Palacios, arquitecto jefe de la Dirección de Parques y Jardines del Ayuntamiento, hace el proyecto del parque del cuartel de la Montaña; el señor Martín Almagro se encarga de la complicada reconstrucción del edificio; el arquitecto conservador de monumentos municipales, don Vicente Baztán, prestó su ayuda en cuanto vino a la restauración y futura conservación de este monumento; reconstrucción en la que tuvo primerísimo papel don Antonio Aparisi Mocholi, delegado de Cultura del Ayuntamiento madrileño. La acción, llena de éxito, de acondicionar el parque cuartel de la Montaña y en él reconstruir el monumento fue



El profesor Martín Almagro explica a las personalidades asistentes a la inauguración detalles históricos y monumentales del milenario templo de Debod.

obra de don Rodrigo Baeza, delegado municipal de Obras y Servicios. Todos ellos, secundando el celo mostrado por don Carlos Arias Navarro, nuestro alcalde, que, incansable en su gestión, pudo lograr que el templo de Debod llegará a Madrid y que a continuación se instalara con cuantos cuidados merecía.

El monumento egipcio fue inaugurado por los ministros del Ejército, Gobernación y Hacienda, las autoridades locales y provinciales, y junto a éstas los embajadores de Egipto, Arabia Saudí y Argelia, que escucharon las eruditas explicaciones del director del Museo Arqueológico Nacional, señor Martín Almagro.

A través de cuanto llevamos escrito, el lector se habrá percatado de que el entorno del templo de Debod, o sea, el parque cuartel de la Montaña, tiene tanta importancia por lo que es en sí como por lo que ha evitado que se haga. Lo que se ha hecho, a la vista está. Escribía Mario González Molina en el diario «Madrid» (29 de diciembre de 1970) que «el templo de Debod es un nuevo atractivo de la capital de España. Sus pilonos, sus piedras iluminadas se destacan entre la cadena de jardines que ponen un zócalo verde en la fachada noroeste de Madrid. El templo faraónico constituye el centro de la zona ajardinada y a él confluyen todas las perspec-

tivas. Esas palmeras de palma ancha como abanicos ponen su nota oriental junto a los cipreses y las otras especies de hoja perenne, tan gratas a los actuales dirigentes de la jardinería madrileña. El parque abarca una zona de 59.000 metros cuadrados de jardinería. Las especies arbóreas y arbustivas crean un paisaje de ambiente constante con motivos exóticos».

PARQUE DE ENTREVÍAS

«Un parque cada año, una plaza ajardinada cada mes.» El parque de 1972 se llama Entrevías y fue inaugurado por el ministro de la Gobernación en la tarde del día 21 de julio, a quien acompañaba el alcalde.

Situado al sudeste de Madrid, tiene una extensión de 200.000 metros



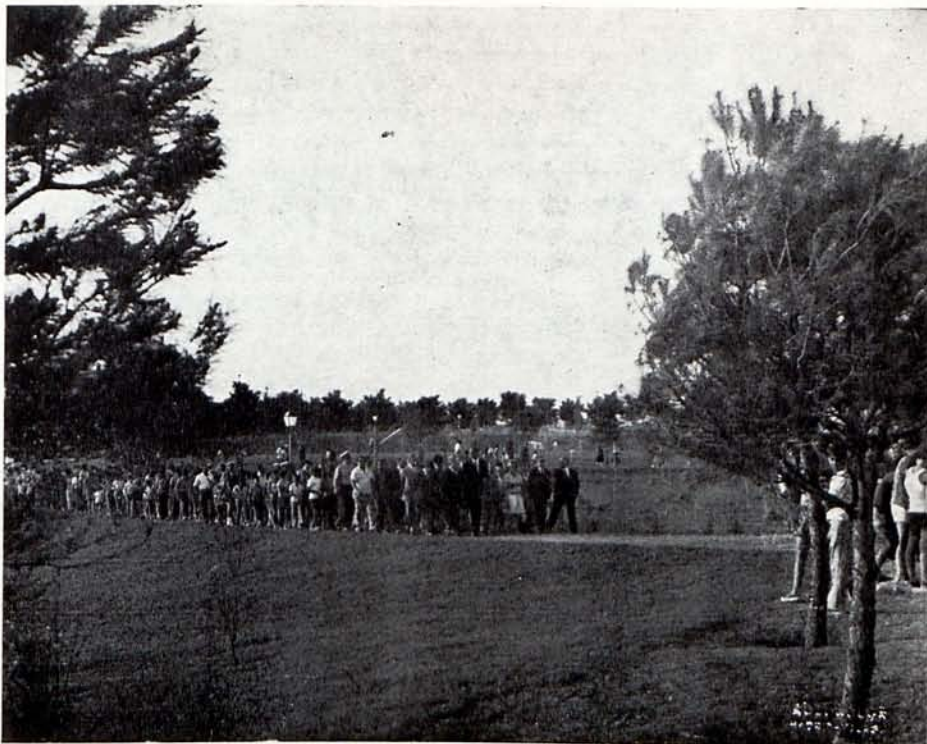
Estanque del parque de Entrevías

cuadrados, desarrollándose a lo largo de la vía de cornisa que limita el barrio de viviendas de la Obra Sindical del Hogar. Su topografía es prácticamente plana hasta llegar a su límite, donde termina en un gran talud que lo une a la zona forestal del mismo parque.

La composición jardinera está basada en una gran alameda que bordea el parque, en su límite con la vía de cornisa, de 1.700 metros de larga, formada por cuatro hileras de plátanos, y lo limitan los taludes de la parte sur, que están también bordeados por un camino de cornisa con dos filas de arces. En el trazado del parque destacan seis plazas, dos de ellas con estanques ornamentales y tres con juegos infantiles. Llama la atención del visitante la extensión de la plaza situada en el parque noroeste, en una vaguada próxima a la zona de colegios, en la cual se han instalado, además de los juegos infantiles, un campo de fútbol y otro de baloncesto. El resto del parque está concebido como un paisajismo algo geometrizado.

Quienes conocieron el lugar donde hoy se alza uno de los mayores parques de Madrid, admiten que allá se ha producido un nuevo «milagro» municipal. Aquello había sido escombrera, vertedero de una población en crecimiento continuo: cascotes, yesos, ladrillos, basuras... El muladar fue vencido y los vertidos procedentes de viejas construcciones derribadas o de las entrañas de un Madrid en el que se profundiza y profundiza en busca del subsuelo que ha de cimentar los grandes rascacielos o los estacionamientos subterráneos, fueron cubriendo los grandes taludes que limitan al parque por su parte sur; taludes que al ser en algunas zonas de cerca de 20 metros de altura y con pendiente del 45 por 100, han venido suavizando hasta lograr pendientes de menos del 35 por 100. Lógicamente, todo ello supuso un gran movimiento de tierras: 52.450 metros cúbicos en total.

El día de la inauguración, asombrados quienes a ella asistieron ante las dimensiones del parque, se les explicó que los pasos pavimentados tienen 4.500 metros cuadrados y 3.500 metros de bordillo de hormigón. Para la construcción de los estanques hubo necesidad de efectuar



Un aspecto del parque urbano de Entrevías.

un vaciado de 4.500 metros cúbicos, empleándose en su construcción 1.200 metros cúbicos de hormigón.

El equipamiento del parque es el siguiente:

- Caseta de operarios.
- Dos quioscos de bebidas
- 200 bancos modelo de parques y jardines.
- 50 papaleras modelo de parques y jardines.
- Cuatro fuentes de beber modelo de parques y jardines
- Un campo de fútbol (90 x 45).
- Un campo de baloncesto.
- Cinco torres infantiles.
- Cinco escaleras circulares.
- Ocho juegos de paralelas.
- Diez toboganes.
- Diez laberintos de trébol.

La red de riego tiene 12.990 metros de tubería de hierro fundido, con 301 bocas de riego.

El alumbrado se compone de 180 faroles tipo villa.

Para la jardinería hubo que resolver importantes problemas de estructura y fertilización del suelo, prácticamente estéril, empleándose en ello 224.000 kilos de abono orgánico, 89.600 kilos de turba, 7.800 kilos de abono químico y 1.100 metros cúbicos de mantillo.

La superficie de césped es de 80.000 metros cuadrados. Para alcanzar este objetivo se emplearon 3.200 kilos de semilla.

Los elementos arbóreos del parque alcanzan la cifra de 2.656 árboles, destacando entre ellos 965 plátanos, 281 arces, 178 chopos, 997 pinos y diversas coníferas, como 68 cedros de ocho metros de altura, 40 ginkgos, thuyas, chamaecyparis, etcétera.

Se plantaron 20.938 arbustos entre prunos, cornus, pyrachanthas, lauros, cotoneaster, etcétera.

Sin embargo, el día en que Madrid estrenaba su parque 1972, sólo asistíamos a la inauguración de la zona propiamente urbana del que en un futuro muy próximo será el otro más importante recinto verde de cuantos tiene nuestra capital, junto con la Casa de Campo. Su superficie —entre la zona urbana y la zona forestal— será tres veces la extensión del Retiro. Es, pues, un parque importante éste que ya se halla a disposición del vecindario madrileño y, sobre todo, del vallecano. Su ubicación en un sector que estaba prácticamente huérfano de zonas verdes representa un paso más adecuado y alentador hacia la disposición de un entorno verde, rodeador de una ciudad en la que



Campo de fútbol y pistas de atletismo de Moratalaz.

impera el gigantismo y la congestión.

NUEVO COMPLEJO DEPORTIVO EN MORATALAZ

Desde el viernes día 21 de julio de 1972, Madrid dispone de otro complejo deportivo, situado en el barrio de Moratalaz, muy cerca de la autopista de Valencia. Al igual que el parque de Entrevías, fue inaugurado en la citada fecha por el ministro de la Gobernación. La inauguración sólo pudo alcanzar en esta ocasión a la primera fase de las instalaciones. Sin embargo, deportes como el fútbol, balonmano, baloncesto, balonvolea, patinaje, atletismo y pelota tienen ya abiertos sus campos y sus pistas.

Esta primera fase del complejo deportivo de Moratalaz inició su

construcción en noviembre del año pasado. El costo de las obras ha sido de 40 millones de pesetas. Se prevé que para las fiestas de San Isidro, en el próximo año 1973, puedan funcionar sus instalaciones al 100 por 100.

Todas estas instalaciones inauguradas, como queda dicho, por el ministro de la Gobernación, señor Garicano Goñi; alcalde de Madrid, don Carlos Arias Navarro; secretario nacional de Educación Física, don Antonio Navarro; delegado provincial de Educación Física, señor Pradillo, y varias personalidades más relacionadas con el mundo de los deportes, están enclavadas sobre una superficie de 120.000 metros cuadrados, donados por el Instituto Nacional de la Vivienda.

Los dos frontones de que va dispone son de 60 metros de largo por

15 de ancho, hábiles para el desarrollo de todas las especialidades del juego de pelota, así como frontenis, con graderío para 900 personas.

La pista de atletismo es de 400 metros de cuerda, con un total de ocho calles para carreras, incluidas las de obstáculos, y los acotamientos precisos para concursos de saltos y lanzamientos.

El campo de fútbol tiene 100 metros de largo por 70 de ancho. La pista de atletismo y el campo de fútbol están cercados por un graderío capaz para unas 3.000 personas sentadas.

Las cuatro pistas polideportivas, de 40 metros de longitud por 20 de anchura, han sido habilitadas para celebrar encuentros y entrenamientos de balonmano, baloncesto y voleibol, como actividades básicas.



El más largo paso a desnivel de Madrid.

Y la pista de patinaje tiene, igualmente, 40 metros de longitud máxima por 20 de anchura y quedará reservada al hockey sobre patines y patinaje artístico. Todas las pistas cuentan con un graderío capaz para unas 2.500 personas.

Finalmente, las dependencias auxiliares constan de cuatro vestuarios para equipos masculinos, capaces de acoger hasta 400 participantes; dos vestuarios femeninos, para 200 participantes; botiquín de urgencia para los servicios médicos, oficina administrativa y almacén, así como los debidos servicios higiénicos, separados para participantes y público, y calefacción por rayos infrarrojos.

PASO A DESNIVEL MENDEZ ALVARO-DOCTOR ESQUERDO

De los pasos a distinto nivel de que ya dispone Madrid, el más ambicioso es el que une la calle de Méndez Alvaro con el paseo del Doctor Esquerdo, por encima de las vías del ferrocarril de Atocha. Se

trata de un paso elevado que permite al automovilista enlazar dos sectores de la ciudad, recorriendo este paso que tiene 1.100 metros, sin necesidad de rodear toda la zona. La realidad es, sin embargo, que esta trayectoria Méndez Alvaro-Doctor Esquerdo es algo así como una fase previa, pues el futuro del paso es llegar hasta la misma plaza de Legazpi.

Eran las trece horas del miércoles 26 de julio de 1972 cuando el ministro de la Gobernación, don Tomás Garicano Goñi, acompañado del alcalde, don Carlos Arias Navarro, inauguró este paso a desnivel. Al acto asistieron también el director general de Transportes Terrestres, el gobernador civil y jefe provincial del Movimiento, el presidente de la Diputación Provincial y otras autoridades.

Tras la inauguración, las autoridades escucharon las explicaciones técnicas de la obra —que recorrieron detenidamente— y que son las que detallamos a continuación.

Formando parte del segundo cinturón de la Red Arterial de Madrid o Cinturón de Rondas, constituye la prolongación, hacia el sur, del paseo del Doctor Esquerdo, por encima de la avenida de la Ciudad de Barcelona y de las vías de la estación de Atocha, enlazando con la calle de Méndez Alvaro.

La obra, que entre sus extremos tiene, como queda dicho, una longitud de 1.100 metros, cierra provisionalmente el cinturón sur y será capaz de absorber holgadamente el tráfico previsto de 40.000 vehículos día, un 15 por 100 del cual se estima de vehículos pesados.

La sección transversal del paso, en su zona media, dispone de tres carriles para cada sentido de circulación, separados por una mediana y acompañada de aceras laterales, una de las cuales se habilita para peatones, entre la avenida de Barcelona y Méndez Alvaro.

En la zona de conexión con la avenida de Barcelona, la sección se desdobra en dos carriles por sen-

tido, atravesando de esta forma la misma hasta Doctor Esquerdo y ramificándose las rampas de acceso e incorporación a ella.

El tablero del puente es de hormigón armado postensado y las secciones transversales del mismo son losas formadas por un núcleo de forma trapecial, aligerado y rematado superiormente por voladizos laterales. La altura de este núcleo es de 1,40 metros, manteniéndose constante en todos los tramos, de igual forma que las inclinaciones de sus laterales, de modo que tan sólo varía la anchura del mismo en función de la plataforma superior. Con ello se consigue una continuidad visual en toda la longitud del viaducto.

Las luces entre pilares son variables y oscilan entre 27 y 32 metros. Dichos pilares, en número de 36, tienen forma trapecial, con hendidura central en sentido vertical, y su base mayor es la superior, de anchura idéntica a la del núcleo del tablero que lo corona. La inclinación de los laterales es constante, y su espesor de un metro. Son de hormigón armado y van cimentados sobre pilotes.

Al afectar gran parte de la cimentación de las pilas al futuro ferro-

rarril Metropolitano, actualmente en construcción, se han dispuesto unas zapatas especiales, en forma aporticada, sobre cuyo dintel descansa la fila, trasladándose las cargas a los laterales mediante grupos de pilotes, de forma que el túnel del Metropolitano, cuyo eje coincide en un gran tramo con el del paso superior, no produzca problemas en el momento de su perforación.

La construcción de la obra de fábrica se ha efectuado sobre cimbra tubular apoyada en el terreno, dejándose los vanos necesarios para mantener los tráficos inferiores. En el vano correspondiente al cruce de las seis vías principales de la estación de Atocha, y con el fin de no interrumpir el tráfico en ninguna de ellas, ha sido necesario utilizar una estructura especial metálica superior, de la cual se colgó el encofrado, efectuándose los trabajos durante los intervalos nocturnos, compatibles con el tráfico ferroviario. De igual forma, por razones de seguridad, la cimentación de las pilas contiguas a las vías se ha efectuado protegiendo las excavaciones con tablestacado metálico para asegurar su estabilidad.

La realización de esta obra necesitó de la colaboración de la Renfe,

ya que además de aquella se ha efectuado el desvío del ferrocarril de circunvalación que la interfería y el de varios apartaderos adyacentes, así como la construcción de una galería de servicios y la reconstrucción de varios edificios y cerramientos afectados por la obra del paso.

En la realización de toda la obra de conjunto se emplearon diecinueve meses, y el gasto municipal, incluidas las obras complementarias apuntadas, ha ascendido a 130 millones de pesetas.

* * *

Fue así, como queda dicho y explicado, como el Ayuntamiento de Madrid contribuyó a la mayor exaltación de la fecha conmemorativa del 18 de Julio: laborando, trabajando, ofreciendo a la ciudad que rige y al país cuya capitalidad ostenta, el ejemplo de su continuo hacer en la gran obra de colaboración nacional, de engrandecimiento patrio, que Francisco Franco inició el 18 de Julio de 1936. A los treinta y seis años de aquella fecha histórica, Madrid constituye un claro exponente del progreso nacional.

MANUEL MARLASCA

Manuel Marlasca Pérez, autor de este reportaje, falleció en Madrid el día 17 de septiembre. Crítico e informador municipal del diario «ABC», cumplió hasta el final de sus días el deber que le imponía la dura y hermosa profesión que con tan sacrificada entrega sirvió.

En homenaje a su memoria reproducimos a continuación el artículo publicado con la firma del informador municipal Antonio Izquierdo, en su habitual sección «La Ciudad», del diario «Arriba»:

«Ayer recibieron cristiana sepultura en la sacramental de Nuestra Señora de la Almudena los restos mortales de Manuel Marlasca, cronista municipal de «ABC». Llevaba Marlasca mucho tiempo luchando desesperadamente con la muerte, robándole, animoso y templado, jornadas y afanes a un desenlace que la ciencia médica auguraba inmediato y fatal.

El martes publicó su último «Madrid al día»: un saludo al otoño en la ciudad, «que ya va siendo cada vez menos —decía— aquella alegre estación que atraía a los forasteros y que brindaba un arranque de la calle de Alcalá, por ejemplo, digno de tenerse en cuenta y de pasear todos los atardeceres». Unas horas después Marlasca se sintió enfermo, muy enfermo. Era el último aviso trágico de una vida que ha quebrado en el ins-

tante en que la madurez se serena y avanza, sin sobresaltos de los sentidos, hacia ese crepúsculo humanísimo que anuncia la vejez.

Cuatro días más tarde su vida se extinguía, cerca de los suyos, en el blanco rectángulo de una clínica. La crónica de la ciudad registra con emoción y pena la noticia de su muerte. No éramos muchos en el cementerio de la Almudena. Estábamos sus compañeros los periodistas. Había ausencias notables y presencias emotivas. El doctor González-Bueno, presidente de la Diputación, y el alcalde de Madrid, señor Arias Navarro, acudieron a despedir a este cronista que se afanó a lo largo de cuatro años en defender los intereses generales de la ciudad desde su observatorio cotidiano.

En una ocasión dije que Manuel Marlasca nos ofrecía la diaria lección de su amor al oficio, sin esperar a que desde los tendidos surgieran aplausos o gestos aprobatorios. Si la suprema grandeza del periodismo puede residir en una expresa y resolutiva renuncia a la vanidad, Manuel Marlasca ha sido un periodista cabal. Lo fue en sus actitudes y en sus palabras: lo fue, sobre todo, en el amor al oficio, esa manera de hacer tan d'orsiana que es ejemplo permanente para quienes lleguen con prisas a esa tarea, que se reduce escuetamente a proclamar y defender la verdad.»

ELOGIO DE MADRID, CAPITAL DE ESPAÑA

PO R JESUS SUEVOS

EN «La Actualidad Económica» del 10 de junio se puede leer el resumen de un interesante coloquio que, para estudiar los «tópicos catalanes sobre Madrid y tópicos madrileños sobre Barcelona», congregó a un grupo de ingeniosas personalidades, que, pese a su buena voluntad, no consiguieron eludir los tópicos y, lo que es peor, los prejuicios y suspicacias con que habitualmente se enfrentan barceloneses y madrileños. Es natural que Barcelona, que tiene muy clara conciencia de su condición de gran ciudad desde el Medievo, se sienta defraudada porque la definitiva cristalización de las grandes naciones no le ofreciese la oportunidad de ser la capital de una de ellas, para lo que se creía —con razón— perfectamente capacitada. Si hubiese existido un gran país de lengua catalana que se extendiese por todo el sur de Francia y el Levante hispano, ¿qué duda cabe que se hubiera constituido como una gran nación con la capital en Barcelona? Pero la historia es como es y no como quisiéramos que fuese, y puesto que ese país no existió en la realidad y, por añadidura, los Pirineos eran demasiado importantes para que fuesen soslayados por los avatares históricos, esa posible nacionalidad se frustró, como otras muchas europeas, para que naciesen la Francia y la España que conocemos y vivimos. Barcelona nunca se repuso del todo de esa frustración, lo que hay que tener muy en cuenta si queremos entender algunas de sus reacciones.

Pero una vez que la realidad histórica que llamamos España se constituyó definitivamente en el siglo XV, estaba claro que Barcelona no podría ser su capital por encontrarse demasiado excéntrica en el conjunto del nuevo país y lejos del mar en que iba a cumplirse el destino descubridor y colonizador que la Providencia ponía en sus manos. La elección de Madrid como capital de España ha tenido siempre mala prensa y se la califica de caprichosa y absurda. Pero es posible que no lo sea tanto, ya que la

decisión de Felipe II se ha repetido por dos veces en pleno siglo XX y por dos naciones distintas: Kemal Atatürk llevó la capital de Turquía de la ilustre y populosa Estambul a la oscura y pequeña Ankara porque se erigía en el centro mismo de la nación resultante de la liquidación del imperio otomano, y el enorme Brasil está teniendo la audacia de abandonar la incomparable belleza y el prestigio de Río de Janeiro para poner su capitalidad en Brasilia, en la casi desértica altiplanicie central. Tanto Turquía como Brasil pensaron en lo que probablemente pensó Felipe II: en que había que instalar una fuerza centrípeta que atrayese y unificase las diferenciaciones periféricas. El defecto de Madrid es el contrario del que generalmente se le achaca: que el Estado español hizo muy poco a través de los siglos para que se convirtiese en una de las grandes ciudades de Europa. Un mínimo de prudencia política lo exigía así.

Pero lo que realmente hace de Madrid una insuperable capital de España no es su situación central, sino el hecho de que se erija en un territorio de muy escasa demografía y un paisaje de austera hermosura —los fondos de los cuadros de Velázquez y Goya dicen algo sobre el particular—, pero nada proclive a suasorios sentimentalismos. Es decir, que es una ciudad «exenta», que no tiene que rendir tributo a ningún «genius loci»: a ningún localismo o particularismo, por pintoresco o ancestral que sea. Decir, por ejemplo, que Madrid es una ciudad castellana, es un puro disparate; no es castellana, ni catalana, ni gallega, ni andaluza, ni de ninguna otra región de España. Pero no porque sea una cosa distinta, sino porque es una síntesis de todas ellas, y eso le concede lo que podríamos calificar de «universalismo de lo español». El más grande de nuestros poetas contemporáneos, Antonio Machado, dijo en un verso famoso que Madrid era el rompeolas de las cuarenta y nueve provincias que entonces tenía España. Y eso es lo que hace que todos los que, sin ser madrileños, residimos en Madrid nos sintamos profundamente atraídos por esa universalidad española que lo impregna y caracteriza. Por eso nunca el nombramiento de un arzobispo o unos obispos auxiliares que no sean madrileños puede producir en Madrid la perturbación que produjo el nombramiento de un arzobispo que no era catalán en Barcelona. En Madrid basta con que sea español para que nadie le exija ningún complemento. Y nos parece que eso es decisivo en una ciudad que quiere ser, con toda justicia, capital de España.

Antes de la guerra de Liberación se le achacaba a Madrid que era una ciudad parasitaria y ociosa, puramente administrativa y politiquera, que vivía a costa del esfuerzo de los demás. Ahora, por el contrario y en vista de que se ha convertido en una gran ciudad fabril donde se trabaja mucho, se protesta porque esa industria es «artificial», como si la industria no lo fuese en todas partes. El hecho de que Madrid, al socaire de la capacidad creadora del régimen nacido el 18 de julio, se haya convertido en una verdadera metrópoli, parece que molesta a los que les gustaría ver a España y su capital tumbados en un ribazo de la historia, como sucedió durante mucho tiempo. Pero si España ha crecido y prosperado, ¿cómo no iba a crecer y prosperar Madrid? Por añadidura, el que se desarrolle en el centro de la Península un núcleo demográfico y económico de gran magnitud es un factor de estabilidad y equilibrio muy importante y un complemento decisivo para el desarrollo de la periferia. El crecimiento de Madrid ha producido, evidentemente, problemas graves. Pero más grave sería que tuviéramos que preocuparnos por su depauperación. Porque sería la señal de que se estaba depauperando España.

PLAN DE REFORMA INTERIOR DEL CASCO ANTIGUO DE MADRID

Por MARIO GONZALEZ MOLINA



La calle de Segovia es uno de los viejos caminos de la villa que se ha consolidado como importante vía de penetración. Aquí la vemos bajo el Viaducto, donde ya empieza a estrecharse y retorcerse para acabar en Puerta Cerrada.

Si contemplamos a Madrid desde el aire o reflejado en un plano, distinguiremos perfectamente las distintas fases de su desarrollo. Vemos petrificadas las oleadas que desde el eje cardinal de su medina o su «Almudena» han ido ganando la llanura siempre en dirección a Oriente. Madrid ha crecido de espaldas a su río al que solamente ahora se ha decidido a franquear. Como un núcleo perfectamente definido, compacto, resalta el casco antiguo contorneado por unas líneas de calles que ocupan el lugar de la última cerca o casi muralla que ha aprisionado a la villa. Es el Madrid comprendido dentro de los desaparecidos bulevares. Su entramado de calles y callejuelas forma una tupida red adherida a unas vías más importantes que parten radialmente de puntos bien definidos: Puerta del Sol, Plaza Mayor... Son los viejos caminos de la villa que se han consolidado y convertido en vías

fundamentales de penetración: calles de Alcalá, de Toledo, de Segovia, de Fuencarral... Y entre unas y otras, la típica maraña de callejuelas.

Fuera de este cogollo redondo y definido, nos encontramos un panorama completamente distinto: grandes zonas ocupadas por calles rectas que se cortan en perpendicular formando una cuadrícula de manzanas. Es el ensanche con el que se quiso imponer una norma racional y un tanto monótona al crecimiento de Madrid. Este ensanche queda también delimitado, circunscrito, por otro anillo de calles-paseo. Fuera de este círculo, otra vez el caos urbanístico. Los madrileños que no podían asentarse dentro de los límites burgueses del barrio de Salamanca o de Chamberí saltaban sus límites limpiamente y otra vez Madrid crecía a su aire, anárquicamente. Y así surgieron populosos barrios de ínfima textura urbana. Casas pequeñas, calles estrechas y tortuosas, un urbanismo tan enmarañado como el del casco primitivo de la villa pero sin su encanto histórico y sentimental.

LA ACCION DEL AYUNTAMIENTO

La Gerencia Municipal de Urbanismo, brazo ejecutor en estas lides de la política municipal, trata paulatinamente de poner orden en este Madrid, cuyos problemas, arrastrados desde siglos, cobran actualmente especial virulencia. Así ha redactado para el Madrid histórico un plan para su conservación y puesta en valor. También la zona del ensanche ha sido objeto de un plan de ordenación. Ultimamente, en la sesión plenaria del Ayuntamiento de junio de 1972 ha sido aprobado inicialmente un plan de reforma interior del casco antiguo de Madrid, que es el más ambicioso de todos, y al que nos vamos a referir a continuación.

Este plan abarca un amplio sector de unas 600 hectáreas de superficie, delimitado por la plaza de Colón, calle de Génova y antiguos bulevares, calle de la Princesa, Jardines de Sabatini y Campo del Moro, rondas de Segovia y de Toledo, paseos de las Acacias, de la Esperanza, de la Chopera, calles de Embajadores y Belchite, paseo de las Delicias, calles del General Lacy y Méndez Alvaro, glorieta de Atocha,



La arquitectura del siglo XIX no ha gozado hasta ahora de toda la estima que merece. Uno de sus edificios más significativos es el palacio de las Cortes, custodiado por sus fieros leones. El plan del casco antiguo se preocupa por la conservación y realce de todos sus monumentos

paseo del Prado y plaza de Colón, donde se cierra el anillo. Dentro queda el Madrid histórico, el que quedaba constreñido por la famosa cerca de Felipe IV. Un Madrid que coincide casi exactamente con el que aparece en el plano de Texeira.

JUSTIFICACION DEL PLAN

En la memoria del proyecto se dice, para justificar su oportunidad: «Los problemas de la ciudad al plantearse la necesidad de una revisión del plan de reforma interior en su casco antiguo, son los de casi todas las ciudades europeas de población importante: un casco antiguo, un ensanche más desarrollado en unas zonas que en otras, y la presión de las fuerzas urbanísticas del momento actuando sobre el conjunto. Estas fuerzas, migraciones internas, circulación, renovación edificatoria, especulación, son comunes a otras ciudades, pero en Madrid, debido a su condición de capitalidad y a su amplísimo entorno relativamente pobre, alcanzan a veces dimensiones gigantescas que justifican por sí solas la redacción del presente plan.»

Uno de los problemas que tienen ante sí los urbanistas modernos, al encontrarse con ciudades antiguas

en trance de crecimiento, es el de ensamblar en el conjunto sus barrios históricos. Madrid, afortunadamente, tiene ya conciencia de este problema y se ha decidido por la conservación, realce y uso adecuado del llamado Madrid histórico, que hasta ahora había permanecido completamente olvidado. Y es posible que, gracias a esta circunstancia, a su posición marginal respecto a otras áreas de crecimiento más rentable, se haya podido salvar, ya que ahora su desaparición es imposible porque la sensibilidad ciudadana no lo consentiría.

Volviendo al reciente plan del casco antiguo, aparece como su antecedente el de reforma interior de Madrid, vigente desde el año 1949 cuyos más ambiciosos propósitos de formar espacios abiertos en las zonas más densas, de formar nuevas calles y de ensanchar otras, no se han cumplido en absoluto.

Al redactar el nuevo plan se hizo un análisis de los problemas que afectan más gravemente a este sector. Todos se resumen en uno: densidad excesiva, es decir, congestión, aprovechamiento avaro del terreno. Sabido es que Madrid, en su casco antiguo, debido en buena parte a la cerca con que lo ciñó Felipe IV, tuvo que atender la demanda de vivien-

das a costa de los jardines y huertos interiores tan abundantes en aquella época. Madrid se fue adensando cada vez más y por eso Mariano José de Larra escribió aquello de que Madrid crecía como el chocolate, hacia arriba. Es posible que de esta arraigada tradición le haya quedado a Madrid esa querencia hacia las alturas, actualmente completamente injustificada ya que sin cercas ni muros, puede fácilmente crecer y extenderse por toda la ancha Castilla.

Esta densificación histórica de Madrid se ha agravado actualmente con la inmigración masiva y por el espectacular crecimiento del parque automovilístico. La circulación, «la bestia negra del urbanismo», está condicionando de una manera verdaderamente abusiva no sólo el crecimiento actual de Madrid, sino su propia contextura histórica.

OBJETIVOS DEL PLAN

En este amplio sector del casco antiguo distinguimos varias zonas diferentes. La comercial, asentada en la Puerta del Sol y Gran Vía y adyacentes, desempeña su papel de centro comercial y de capitalidad. Hay otras de tipo residencial, industrial, público, semipúblico.

Los objetivos del plan son reducir por una parte la congestión y adaptar cada barrio a su uso propio y definido. Por lo que se refiere a la zona comercial, la idea del plan es adaptarlo a estos usos, mediante una adecuada política de transportes, en la que deberá darse prioridad al colectivo sobre el privado, mediante la mejora de las obras de infraestructura para el mejor servicio del público, pasos inferiores para peatones, aparcamientos subterráneos y construcción de edificios para aparcamiento...

En los barrios residenciales se pretende lo contrario, es decir, limitar los usos congestivos. Hacer que su comercio, sus establecimientos de diversión, sirvan preferentemente para los propios habitantes de la zona, que sus viviendas adquieran el tono y la prestancia que han perdido después de un largo proceso de degradación, a fin de que estos barrios residenciales interiores vuelvan a ser apetecidos por el público. A este fin se pretende dotarlos de muchos espacios verdes, tanto exteriores como inte-



El monasterio de las Descalzas Reales, el antiguo cenobio donde se recogían las princesas, es un enclave del siglo XVI a un paso de la Gran Vía

riores, en patios de manzana más amplios y destinados a este uso.

Sabido es que el casco antiguo, al crecer la ciudad, ha degenerado. Las familias principales que habitaban sus palacios y caserones huyen del hacinamiento interior y sus viviendas vienen a ser ocupadas por familias de clase inferior. Hay un trasvase de clases sociales y entonces los barrios céntricos se convierten en «guetos». ¿A qué familia puede gustarle vivir en las calles del Madrid viejo, sin espacios libres donde puedan jugar los niños, ni sitios para tomar el sol? Por eso, uno de los más ambiciosos propósitos de este plan de ordenación es el de hacer que estas zonas residenciales interiores vuelvan a adquirir su perdida categoría.

Sin embargo, sentimentalmente el madrileño no concibe otro Madrid que este que se extiende alrededor de la Puerta del Sol. Aquí está el comercio de mayor prestancia, los cines de estreno, los teatros, los lugares de diversión clásicos, las calles más aptas para el paseo. En este cogollo urbano de Madrid está la esencia de su capitalidad, que no es sólo la sede administrativa, sino la de mayor prestancia en el orden comercial, científico, popular... Pero cerca de aquí, en los barrios de viviendas que rodean este centro, se encuentra el mayor índice de habitantes no sólo de España, sino de Europa.

EDIFICIOS DE INTERES

Dentro del casco antiguo queda comprendido todo el Madrid monumental, que sin duda es más importante de lo que comúnmente se cree. En el plan aprobado se presta una importancia primordial a la conservación y salvaguardia de estos edificios y conjuntos urbanos. Así en él consta una minuciosa relación de éstos. Los edificios oficiales y públicos relacionados son 31, entre los que tenemos las Academias de la Historia y de San Fernando, el Ayuntamiento, el Banco de España, la Casa de Cisneros, la de la Panadería y todo el conjunto de la Plaza Mayor, el Hospital de San Carlos, el Palacio Real, la Casa y Torre de los Lujanes, el Instituto de San Isidro, el Museo Municipal, el palacio de las Cortes... Las iglesias, conventos y centros de beneficencia suman 38. Entre ellos la catedral de la Almudena, la capilla del Obispo, los conventos de las Carboñeras, de las Comendadoras de Santiago, de las Calatravas, de las Descalzas Reales, de las Salesas, el palacio Episcopal, el de la Nunciatura antigua, los templos de San Andrés, San Antón, San Cayetano, San Francisco el Grande, San Marcos, Santos Justo y Pastor, San Pedro, San Nicolás, Caballero de Gracia...

Entre los teatros y cines se incluyen el Español y el María Gue-

rrero, el Real, los palacios de la Música y de la Prensa y el edificio Carrión.

Otra relación muy importante es la de palacios, casas señoriales y casas de vecindad. Entre éstos tenemos 15 palacios y 13 casas señoriales.

Las casas de vecindad reseñadas son 94, entre ellas todos los edificios del pasaje Matheu, la plaza de Pontejos, la de la Villa, la Plaza Mayor con la totalidad del conjunto, incluidos accesos porticados con sus edificios de la calle de Gerona, Toledo, Ciudad Rodrigo, plazas de Santa Cruz y de la Provincia. Las plazas del Biombo y de San Nicolás y el conjunto de La Corrala. Como se ve no sólo se destacan los edificios aislados de mayor o menor interés, sino también los enclaves urbanos que aun sin contar con edificios notables, poseen un valor ambiental tan interesante como aquéllos.

OTRAS NORMAS DEL PLAN

Se incluye además unas normas de recomendación sobre tráfico dentro del casco urbano. Se dice que el trazado viario del casco antiguo consta de unas estructuras muy con solidadas a través de ocho siglos de historia, con una estructura radial que ya figura casi exactamente en el plano de Texeira. Este trazado no es apto para soportar el crecimiento del parque automovilístico. Por ello hay que adoptar medidas de control, con predominio, como hemos dicho anteriormente, de los transportes colectivos sobre los privados.

Se recomienda la adaptación del anillo exterior del casco antiguo a la máxima fluidez del tráfico. Este anillo, constituido por las calles de Alberto Aguilera, Carranza, Sagasta, Génova, Castellana, Atocha, rondas de Valencia, Toledo y Segovia, avenida de los Reyes Católicos, Bailén y Princesa, deberá tener otro correlativo interior que permita el cierre del esquema viario del casco. Habrá así dos anillos concéntricos atravesados por una serie de vías radiales. Este anillo interior puede apoyarse en las calles de Atocha, plaza de Benavente, calles de la Cruz, Sevilla, Peligros, Gran Vía, postigo de San Martín, Hileras, y cierre con la calle de Atocha a través del paso inferior de la Plaza Mayor.

Otras normas hay en el plan referentes al problema escolar y a su planteamiento dentro del casco antiguo. Se llega a la conclusión de que no procede la construcción de nuevas escuelas dentro del casco urbano, ya que según las normas de la Ley de Educación éstas precisan de amplísimos espacios imposibles de conseguir en esta zona. Por ello se impone un sistema de transporte para el desplazamiento de la población escolar a zonas más aptas.

Un estudio especial ha necesitado el planteamiento jurídico para llevar a cabo este plan. Para la consecución de espacios verdes y ampliación de calles se trata de huir en lo posible del sistema de expropiaciones, siempre costoso en dinero, en tiempo y en trámites, así como del de compensación. Preferentemente se adoptará el de cesión de viales, con arreglo a unas normas

perfectamente estudiadas y muy minuciosas, cuya exposición aquí resultaría extensa y compleja. Se ha tenido la intención de redactar un plan que sea perfectamente viable.

Sobre todo este cúmulo de normas, de análisis, de estudios, de previsiones, queda perfectamente definida la intención del Ayuntamiento de que Madrid, el congestionadísimo Madrid del casco antiguo, el Madrid más auténtico y entrañable, sea cada vez más grato para todos, para los que viven en él y para los que atraídos por su fama, por su gracia y su duende, lo recorren y lo visitan desde los otros «Madriles» periféricos, desde toda España y desde los cuatro puntos cardinales. Porque bien puede decirse que la madrileña Puerta del Sol es la puerta real de España.

M. G. M.

¿Cuántos madrileños conocen este gallardo campanario, el más antiguo de la villa, que se alza en el mismo corazón de Madrid? Es la coronación de la iglesia de San Nicolás, uno de los rincones más evocadores del antiguo Madrid



TANTO MONTA, MONTA TANTO...

MADRID Y RAMON RAMON Y MADRID

Por FEDERICO CARLOS SAINZ DE ROBLES

UN día —el 25— del pasado mes de mayo, radiante y benigno, en horas vesperales, quedó descubierto —por la máxima autoridad de la villa, su alcalde, don Carlos Arias Navarro, bien rodeado de amigos y admiradores del escritor genial— el monumento dedicado por Madrid a uno de sus más preclaros y queridos hijos: Ramón Gómez de la Serna y Puig, nacido en un segundo piso del número 5 de la calle de las Rejas (hoy número 7 de la calle de Guillermo Rolland), a las diecinueve horas del 3 de julio de 1888.

El monumento, obra —y gracia y belleza— del escultor Pérez Comendador, ha quedado emplazado, o emplazuelado, en la ajardinada terraza de Las Vistillas, tierra del primitivo Madrid, vetado ricamente de prehistoria "de la muy buena" y ante un mirador galería combado, que con el de la plaza de la Armería, su hermano gemelo en disposición (que no en tamaño), son los dos balcones sensacionales de la villa, pues que abarcan en panorámica tecnicolor los mejores paisajes velazqueños (a la derecha, según se mira) y goyes-



cos (a la izquierda), y los dos mejores coleccionistas de los crepúsculos vespertinos, mundialmente reconocidos como de magia irreplicable y declarados de interés nacional y de interés turístico.

Antes de referirme a Ramón, quiero transcribir la ficha a efectos históricos y artísticos, del monumento. Ficha que nadie puede llenar mejor que el propio insigne escultor Pérez Comendador. Atención, pues. "Se compone de una figura principal y alegórica de bronce, de mujer joven (y hermosísima, apostillo, con permiso del escultor) que avanza en el aire (con los brazos extendidos y levantados) como en un vuelo. La figura (desnuda), de tamaño algo más que el natural humano, sustentada sobre un bloque pétreo en forma de nube. Es, diríamos, símbolo de la vanguardia, que, repito, avanza y se alza como una aurora en pos del descubrimiento del secreto de las cosas. Detrás de la misma, sirviéndola de pedestal pétreo de cuatro metros de altura, el cuerpo del espíritu que ella representa, esto es: un gran bloque en composición figurada de libros, papeles y los objetos más diversos, entre los que abundan las piedras refulgentes (las greguerías), que quiere significar el mundo ramoniano, y en el centro del cual está la testa, frontalmente, de Ramón, como él quería. Objetos y cabeza de mayor tamaño que el natural, según corresponde a la altura que sobre ese pedestal ha de contemplarse al aire libre. Todo ello surge y se enmarca sobre un proporcionado estanque, al que fluye ininterrumpidamente un cantarico el agua cantarina que le presta vida y poesía."

Hace algunos años, el Ayuntamiento de Madrid, apenas muerto Ramón, compró a su viuda cuanto de íntimo recordara al gran escritor: manuscritos, cachivaches, objetos raros y extravagantes, cosas exóticas y estrambóticas, casi delirantes escenografías, a las que tan aficionado era Ramón, para así rodearse de un ambiente entre el escalofrío y la ternura; máscaras, bolas de cristal, muñecos mecánicos, estatuillas impresionantes, cerámicas, espejos mágicos, pipas, pisapapeles de las más diversas formas y materias, maniqués, empapelados de paredes con los carteles y dibujos y estampas y recortes de periódicos... Lamentablemente, de tal tesoro sólo

llegó una parte, y no la mejor, a Madrid. Con ellas se ha formado el Museo de Ramón en uno de los salones nobles de la noble y bella Casa de la Carnicería en la Plaza Mayor. Pequeño museo, pero muy sugestivo y significativo plenipotentariamente del alma y del corazón de uno de los más originales, fecundos y admirables escritores madrileños de todos los tiempos.

Antes de la compra de este museo, el Ayuntamiento de Madrid, en velada pública, colocó una lápida en la casa natal de Ramón, cuya inscripción reza así:

EN ESTA CASA NACIO EN 1888
EL ESCRITOR
RAMON GOMEZ DE LA SERNA
EL AYUNTAMIENTO DE MADRID
LE DEDICA ESTA CONMEMORACION EN 1949

Rezado, reconozcámoslo, demasiado escueto y frío. ¡Ni un adjetivo laudatorio para tan genial madrileño, aquí donde los más desafortunados panegíricos se derraman sobre cualquier mindundi!

Pero algo es algo. Ramón asistió en carne mortal a este homenaje lapidario, del que no gozan el 90 por 100 de los madrileños ilustres hasta que no han sido declarados oficialmente difuntos. Esa glorificación plena —lápida, calle, nombramiento de hijo dilecto, busto o estatua, medallas de metal precioso, museo y hasta pensiones— que tan fácilmente obtienen los escritores y artistas cuando aún viven y colean, nacidos fuera de Madrid. También le fue concedida a Ramón, pero a título póstumo, la medalla de Oro de Madrid. Y aún se alargó la munificencia municipal, hasta concederle los mismos honores fúnebres que los concedidos a Galdós. En fin, que ya no le queda a Madrid sino conceder calle castiza y de prosapia al nombre de RAMON, tal y como él lo quería: sólo con las cinco mayúsculas como cinco soles.

Y nos parece —al menos, a los madrileños— un gran acierto significativo que esté sepulcrado en el panteón de Hombres Ilustres de la Sacramental de San Miguel, Santa Cruz, Santos Justo y Pastor y San Millán, y en la misma tumba que lo está Mariano José de Larra, y, hasta hoy, sólo ellos, emparejados por la gloria y la tierra nativa, y los dos conocidos universalmente

por sus mayúsculas: FIGARO y RAMON.

Y a continuación me parece oportuno insistir mis anteriores juicios y sugerencias acerca de Ramón, no sin antes apostillar que así, como universal juicio, el de ser más fácil una repetición de otro Cervantes que la de otro Lope de Vega, puede afirmarse en rotundo que será más difícil la repetición —puramente literaria, en lo fecundo y variado— de otro Ramón que la de otro Figaro.

Por la segunda mitad de su primer apellido, como Lope, Ramón podría presumir de hidalguías montañesas. Sino que a éste le iban a tener sin cuidado los solares con edificaciones genealógicas, y a importarle un pito isidro las fanfarrias señoronas. Y es que este Ramón III de Madrid se iba "a ir al grano" en seguidita que pudiera disponer del uso de su razón y de una pluma manantial con tinta roja —simbolismo de su derramada sangre en empresas heroicas—; y para él, el único grano fecundo, su Madrid. Bien, Ramón III empezó por conocerse al dedillo cuanto de su Madrid habían dicho y escrito los mayores ingenios y los mejores amadores madrileños; mas luego de conocerlo, procuró que se le olvidara pronto, ya que él no quería recueles ni rebabas para ponderar al objeto de su amor. Más aún: tuvo la arrogancia —el tupé— de borrar de la pizarra de la historia cuanto en ella habían doctoreado los catedráticos de la madridlogía y de la madridgrafía. En aquella descomunal pizarra, ya limpia, pensaba escribir él, "por lo muy largo y detonante", cuanto de Madrid fuera redescubriendo o descubriendo, porque Ramón tuvo tanto de conquistador como de descubridor y de virrey. Muchos de cuantos me leen pensarán: "Pero... ¿no estaba descubierta Madrid en 1888, cuando nació Ramón, o en 1905, cuando Ramón III empezó a reinar?" Y les aclaro: "¡descubierto estaba Madrid! Pero estaba descubierta... "por el derecho" Y Ramón III había decidido descubrirnoslo "por el envés".

¿Verdad que hay tejidos preciosos que son más bellos o sugestivos por el revés que por el derecho? ¿Verdad que hay personas cuyo máximo valor lo guardan en ese "otro yo" que no se ve y que se llevan inédito a la tumba? Pues bien, desde muy niño —ya un tanto apren-

diz de brujo, orondo y presuntuoso de ser maniego— a Ramón III se le metió en la cholla, por el entre ceja y ceja, descubrir ese Madrid que por el envés nadie conocía y ganarse con el descubrimiento y colonización su gran calificativo histórico, así: Ramón III "el Archipámpano del mundo madrileño». Para conseguir lo cual estaba dispuesto a convertirse en duende, fantasma, Arsenio Lupin forzador de arcas de caudales disimuladas tras paisajes bellísimos o retratos de imponente parecido. Ramón III pretendió algo, mucho más sensacional: "chulearle", como si la villa, y corte aún, fuera su querindanga peripatética. Ramón III sabría exigir a Madrid confesiones generales —eso sí, in articula vitae—, donaciones completas, entregas incondicionales. Luego de leer las incontables obras de Ramón III dedicadas a Madrid, le queda a uno la impresión de que Madrid fue un guante para él; guante que éste volvió, dedo a dedo, dejando al descubierto sus costuras más discretas y sus calorías mejor conservadas.

Y mis lectores volverán a pensar por su cuenta: "¿Es que ha sido Ramón III quien ha dejado al descubierto cuanto de Madrid quedaba por descubrir?" Y yo he de contestar es tu dixisti que parece ser el único reconocimiento categórico de la verdad. Yo, que conocí a Ramón III cuando ya llevaba muy adelantada su empresa, debo confesar que me boquiabré, que me irrité con sus métodos. Me dejaban la seguridad de que cada día se llevaba a su casa un trozo de Madrid, para colocarlo bajo el microscopio de su invención y someterlo luego a reacciones con mezclas cuyas fórmulas también habían salido de su magín. Al día siguiente Ramón III colocaba en su sitio el trozo cortado, de modo que pareciera intocado desde siempre e intocable para siempre. Pero bien sabía yo que si aquel trozo tenía "algo de particular", ese algo se lo había apropiado Ramón III; quien poco después lo cacarearía en alguna greguería asombrosa, en alguna estupenda virguería, en alguna gollería quitadora de hipos, en algún trampantojo destornillador de todos los resortes y los recursos de la lógica.

Fue Ramón III quien dogmatizó por vez primera que los mejores



secretos de Madrid no están —como creíamos todos, madrileños nativos o de adopción, desde Lope y Velázquez acá— ni en suelo. ni en su cielo, ni en su aire, sino en esas cosas y en esos casos más insignificantes y en apariencia sin mínimo valor de servicio. Nadie como Ramón III acogotó con tanta tenacidad a la Puerta del Sol, al Prado, a la Plaza Mayor y a tantos otros lugares madrileños, obligándolos a vomitar hasta las heces sus pensamientos y sentimientos, sus gustos y regustos, más aposados en sus entrañas. Nadie como Ramón III —ni siquiera el muy barbián Lope, ni el muy arrufado Quevedo, ni el muy manolo don Ramón I de la Cruz— ha recorrido las calles de Madrid tan seguro de estar al tanto de las glorias y vergüenzas de cada una de ellas, y sabiéndolas violar sin violentarlas, a pura labia de amante macho y chicoleador. Madrid, aun con sus más adorados hijos, naturales o adoptivos —aludo a Velázquez, Lope, "Tirso", Calderón, Quevedo, Moreto, Goya, Moratín, Larra. Galdós—, siempre guardó las aparien-

cias; es decir, que jamás compareció ante ellos sino ya compuesto y con su aire señor. Pues bien, esta noble trepa no le valió con Ramón III porque éste colmo de entrometimiento y de conocerse todas las licencias se le presentó a cualquier hora del día o de la noche, y se le metió hasta la habitación más recolta y la sorprendió en paños menores, sin lavar y sin peinar. Y si al principio este desvergonzado metimiento de Ramón III molestó a Madrid, al repetirse cada día, ignorando cómo impedirlo sin tirarle por la ventana más próxima —lo que tampoco hubiese podido, porque "para echao palante", él, tan orondo y socarrón, suma de majeza—, Madrid acabó por achantarse, por aceptarlo todo, por alegrarse al fin, como quien recibe, inclusive en cueros vivos, al ser más apasionadamente unido a él, y a quien puede decirse con absoluta razón: "Pasa, pasa; tú eres de la casa; contigo no guardo cumplidos."

S. de R.

GASPAR HABLA DE RAMON



En el acto inaugural del monumento a Ramón Gómez de la Serna, el escritor Gaspar Gómez de la Serna pronunció este discurso:

«Excelentísimo señor alcalde de Madrid, señoras y señores:

No sólo en nombre de la familia de Ramón, que tendría aquí, en su hermano Julio, alguien aún más próximo que yo para intervenir en este acto, sino por amistosa benevolencia del Ayuntamiento, y tal vez por ser el más cercano biógrafo del primo Ramón y haber sido como su cónsul en Madrid, me cabe el privilegio de expresar ante el monumento que a Ramón erige aquí la ciudad, en nombre de los Gómez de la Serna y de toda la ancha familia literaria, el profundo agradecimiento de todos nosotros.

Una amplia gratitud que va muy especialmente dedicada a los dos alcaldes de la villa que han puesto la primera y la última y definitiva piedra de este homenaje a Ramón Gómez de la Serna.

A mi querido amigo el conde de Mayalde, que con su fina sensibilidad intelectual y su amor a Madrid hizo regresar a Ramón desde Buenos Aires para que, indiano de la muerte, recibiera sepultura en su propia tierra madrileña. El día comienzo a las gestiones necesarias para que viniera, además, desde allá todo ese mundo barroco del estudio ramoniano, que acaba de ser abierto en la Plaza Mayor, y a las que fueron precisas para que se iniciarán por la laureada mano de Pérez Comendador, éste singular monumento que nos congrega. En él, Comendador ha acertado a perpetuar, bajo ese símbolo auroral de la innova-

ción creadora, la imagen misma de Ramón como inserta dentro de un meteorito, grávido de cosas, que parece desprendido de ese mismo orbe ramoniano

de su estudio y cuajado en piedra, bronce, agua y luz.

Gracias al alcalde Arias Navarro, que con su dinamismo y su eficaz energía in-



El escritor Gaspar Gómez de la Serna, en el momento de dar lectura a su discurso.

fatigable ha hecho que el hermoso proyecto que inició su antecesor sea al fin una efectiva y presente realidad. Con él y con Luisa, la viuda de Ramón, fallecida hace dos años, y a quien quiero dedicar aquí un entrañable recuerdo, he visitado muchas veces el estudio de Comendador, viendo cómo iba tomando cuerpo, poco a poco, este monumento. Pienso que el señor alcalde, al entregarlo hoy a Madrid, merece también la gratitud de todos los madrileños; pues que con él ha enriquecido a esta enorme y difícil ciudad con lo que más falta le hace: con un regalo del espíritu.

Gracias también a todos los fieles ramonianos, que han contribuido a que ese espíritu que animó la acción municipal no se apagara y llegara a buen fin, y, a la cabeza y en representación de todos ellos, al grande y querido Tomás Borrás, amigo de la adolescencia de Ramón, último pombiano de verdad; no sé si superviviente jovencísimo o felizmente ya despegado en vivo para toda la eternidad de aquel famoso lienzo de la Tertulia de Pombo, pintado por Solana, que Ramón regaló a Madrid en los años más difíciles de su expatriación.

Y, en fin, al pueblo de Madrid, que ahora recibe lo que es suyo, no únicamente gracias, sino también enhorabuena; porque en medio de la gran transformación que para bien y para mal está experimentando la villa, puede ver cómo, de pronto, viene a asegurarse en este hermoso jardín de las Vistillas del río, en la propia cuna de su nacimiento como ciudad: cómo ahí, donde se consolidó la plataforma mayor de su pasado morisco y austriaco y borbónico, viene a consagrarse un trozo mismo de la historia de su espíritu: una de las formas que ha tenido de su modo de ser ciudad.

Porque una ciudad se reconoce por lo que de ella se dice; es la imagen que de ella se ha hecho correr por el mundo. Y la imagen de Madrid está hecha de lo que de esta ciudad han contado unos cuantos hombres que han sabido penetrar en el secreto de su espíritu, en la trama coherente y sensible de su verdadero vivir, en una época determinada de su historia: así hay un Madrid de don Ramón de la Cruz, y un Madrid de Mesonero, y un Madrid de Arniches; y, si se alarga esa onda que decía con longitud universal, hay para el mundo un Madrid de Lope y de Quevedo, un Madrid de Galdós y un Madrid de Ramón. Todos esos nombres que con su fama han hecho además la fama de Madrid.

Pues Ramón, madrileño universal, no fue un madrileñista al uso, un benemérito relator de su historia y su costumbre, sino como Lope, como Galdós, un inventor; quiero decir un descubridor de una realidad existente, pero inadvertida; alguien que da su voz a un secreto a voces, que da forma y sentido, evidencia y categoría a lo que está ahí, pugando en la matriz amorfa del pueblo por alcanzar el ser. En este sentido, parodiando a Neruda, podría decirse con verdad:

«Porque el revelador de Madrid

Ramón se llama y cuando

sopla en su flor de losa, en su trompeta acuden manantiales,

muestra el silencio sus categorías...»

Esa trompeta mágica, esa «flor de todo lo queda» de un Madrid que fue su Madrid, era para Ramón la greguería. Con ella el maestro innovador, el escritor de vanguardia, humorista unas veces, trágico muchas más de lo que nos dice el fácil tópico de los encañillamientos; con la greguería descubrió Ramón la categoría de un determinado Madrid, que ya era, sin saber que lo era. Lo que ahora es Madrid para todos sus lectores no sólo españoles e hispanoamericanos, sino franceses, italianos, ingleses, alemanes, rusos, checos, polacos, holandeses, chinos; lo que es para todos esos estudiantes y profesores que en universidades norteamericanas e inglesas, checas o rumanas están preparando y editando sus tesis y sus libros sobre el madrileñísimo y universal Ramón.

Se trata de ese Madrid de los primeros treinta años del siglo, cuyo garbo humilde y brillante, alegre y dramático, estoico y risueño, fue revelando Ramón con la greguería, a través de todos los géneros literarios que con tan genial profusión cultivó.

Un Madrid que se remansaba en el Rastro, resumiendo en él todo ese patético mundo revelador de la materia prima y última de la ciudad: de lo que queda y de lo que nace. Un Madrid modesto, agradable y pequeño, como una ciudad provincial. La capital de una monarquía que acababa de perder los últimos despojos de un imperio y que, sin embargo, allá, en la alta torre solitaria donde este escritor escribía sin parar, envuelto en un sistema planetario propio, fantástico y barroco, compuesto de un abrumador estampario rutilante de color, apretado de imágenes, rodeado de estrellas, de objetos misteriosos, de bolas de cristal, de espejos, de nobles cerámicas, de máscaras raras, de extraños mecanismos, pipas, lienzos y estatuillas, junto al silencio de una gigantesca muñeca de cera y el cristal apagado de un farol municipal; allá arriba esa misma ciudad derrotada prendía de pronto un fanal guidor de nueva literatura vencedora; convirtiendo el despacho de Ramón, encendido toda la noche, en luz de navío en las avanzadas de Europa, como decía Valéry Larbaud.

De entre todos los géneros que traspasó la inmensa obra ramoniana ¡cuántos títulos no están, además, dedicados integralmente a revelar los secretos de la ciudad, a darle forma poética a ese lado esencial que era el pulso que él le tomaba a Madrid a la alta hora del alba, cuando, después de escribir toda la noche, se asomaba a la ventana de su torreón de la calle de Velázquez: EL RASTRO, POMBO, EL PRADO, TODA LA HISTORIA DE LA PUERTA DEL SOL, ELUCIDARIO DE MADRID, LA VIUDA BLANCA Y NEGRA, LA NARDO. LA MALICIA DE LAS ACACIAS, EL CHALET DE LAS ROSAS, LAS TRES GRACIAS, GOYA, LOPE VIVIENTE, QUEVEDO, SOLANA... y hasta su propia AUTOMORIBUNDIA y su última novela PISO BAJO... En realidad, todos sus libros fueron vehículo, que la greguería tomaba para atravesar de punta a cabo el corazón de Madrid y elucidar su sentido universal.

Ahora, cuando la crítica literaria viene, con el estructuralismo, a buscar el nudo gordiano que une la obra de todo gran escritor: ese sistema esencial de concep-

tos capitales de que se compone una obra literaria y que da sentido a todos y cada uno de los demás conceptos adyacentes que se integran en ella; podrá verse bien en qué medida la innovación literaria que definió el informalismo radical de Ramón —su gran aportación a las letras del siglo XX—, está impregnado todo él de ese aire fino y penetrante de Madrid; de ese ingenio, a la vez inventor de vida y quitainportancias al vivir que fue el secreto del Madrid de Ramón; de ese saber traspasarse de luz, hasta ver las cosas a la radiografía, para aislar en ellas el sentido de la vida y de la muerte; el palpito mudo de la escalofriante nada y de la esperanzada eternidad. «Madrid —escribía Ramón— es un sitio precioso para que puedan vivir felices las almas en pena perpetua.» Y también que «el ideal del madrileño es conservar mucho tiempo, sin que se caiga, la ceniza del cigarro que se está fumando, consiguiendo así la inmortalidad de lo efímero».

Se dice que el arte de entreguerras, cuyo profeta mayor fue entre nosotros Ramón, era un arte de juego deshumanizado; no un arte cargado de mensajes sociales, o políticos o trascendentales o de qué sé yo qué. Más bien creo lo contrario; más bien creo, al menos por lo que al arte ramoniano se refiere, que ese arte era nada menos que un jaque a la esencia del ser; una indagación directa y en profundidad en el sentido del universo. Pero un jaque dado por intelectuales y artistas que eran de verdad independientes y libres, y que se permitieron el lujo —que acaso fue el lujo último de nuestro Madrid— de darle un quiebro de inteligencia y de ironía, de jovialidad, tolerante en la que cabían la duda y la esperanza, al hondo y desconocido secreto de la existencia.

Eso era el Madrid de Ramón. No queda mucho de él, en esta enorme urbe de 1972. Perdura este rincón histórico y afortunadamente a salvo. Este triángulo vivo del Madrid viejo, que, desde la sombra del palacio real y la greguería de piedra de esa inconclusa catedral —una obra para toda la vida— extiende el manto modesto y humanísimo de esas «casas bajas que huelen a pan», en las que Madrid disimula su grandeza, como decía Ramón, hasta los límites del Rastro, apoyado en el vértice egregio de la Plaza Mayor.

Y queda, en fin, este hermoso jardín de las Vistillas; en donde Ramón va a permanecer, de espaldas a la tierra sagrada de San Justo donde descansa para siempre, de cara a la ciudad que más amaba en la tierra; de cara a los niños que juegan en la parte alta de la plaza de Gabriel Miró; de cara a los viejos y a los enamorados que pueblan a las tardes de verde entresombra del jardín; frente a la efigie en piedra de su amigo el pintor Zuloaga; de cara a un mundo suyo y nuestro que no puede morir.

«Toda estatua, dice una greguería de Ramón, tiene algo de mendiga: implora caridad como un muerto ciego.» Espere-mos que ésta no: que ésta nos haga la caridad de repetirnos cada día, desde la boca muda de esa mujer que levanta sus brazos aurorales hacia el cielo, todo de Madrid, y para que todos la oigamos bien, aquella máxima de Epicteto que el propio Ramón colocó entre sus últimas letanías madrileñas: «Engrandecerás a tu pueblo, no elevando los tejados de sus viviendas, sino las almas de sus habitantes.»



El despacho de Ramón

MADRID, por decisión de su Municipio, ha puesto a Ramón su despacho, su despacho de madrileño de lujo, este despacho que veis. Recuerda el célebre de la calle de Velázquez número 4, torreón famoso en el cosmopolita grupo de los musarañeros. De Buenos Aires, última habitación del que tanto cambió de lugar en Europa y América, nos han llegado

estos muebles, libros, objetos, para que Ramón, que duerme la ilusión de la vida en Madrid, al lado de «Fígaro», esté presente en lo principal de él: en su espíritu. Pues Ramón era literatura humana, Ramón estaba él mismo escrito por cualquier parte suya, era un compuesto de Verbo y Letra, no se le concibe sino en su expresión de ser que ve la existencia y la redacta.

El despacho de Ramón prolonga sus años y su carácter y los proyecta hacia la perpetuidad.

No es exactamente su último despacho, el que le guardó en su ámbito, aquel de Buenos Aires. Ramón se rodeaba de algo imposible de repetir, ni siquiera de trasladar y que moría con él. Como dentro de una esfera traslúcida estuvo



siempre, desde el torreón de Velázquez hasta su postrera cuartilla, envuelto en la palpitación del mundo. Techo y paredes de su despacho eran una composición como la del fotomontaje, que representaba y decía la presencia eterna de lo fugaz. Ramón se envolvía en el Orbe y en el Tiempo, deteniéndolos. Se guarecía en la numerosidad del detalle, del hecho, de la incesante obra bella, de lo sensacional como de lo sencillo, aglomerados,

fundidos, simultáneos. Se empapaba en los alientos de la Vida y de las vidas. Nada rechazó, su meta era el inconcebible. Todo, su pensamiento múltiple, infinito. Amigo de las cosas, hasta de las humildes, las desvelaba su expresión como sus conexiones secretas. Y las necesitaba, eran parte de él, o les pertenecía él por razón de amarlas. Personas, figuras, objetos de la realidad eran su universo. Por lo que recortaba de páginas museales

y hojas de periódicos los hechos plásticos, los rostros de los días, los logros, los contornos, las rarezas, las extravagancias y las significaciones de cuanto brotaba, en catarata hacia lo alto, del manantial eterno. Y lo apresaba uniéndolo a sí, clavándolo, como mariposas capturadas, en las paredes y el techo de su despacho, ilimitando la dimensión de su laboratorio de destilaciones líricas, su aquelarre bueno de brujo angelizado. El despacho de Ramón, abrumación de hallazgos inesperados, de sensaciones mágicas, de burlas y grotescos, de raíces cósmicas, de muecas de color y de caprichos —sobre todo de caprichos—, no terminaba en perpendiculares de tabiques. Ramón abría a cien horizontes su visión imaginaria, pero concreta, y mediante tanta estampa, tantísima foto, tantas sugerencias y tan acumulantes duplicar de casos insólitos, genialidades y figulinas, quedaba solo, dominador cercado, en el centro geométrico de su universo. Y su universo le cantaba al oído, inspirándole sus fantásticos desbordamientos. En la gruta, en esta gruta, aunque ésta es carente gruta de estalactitas ultra y multicolores.

Aquí están sus muebles, sus cachivaches y curiosidades, sus libros. Los muebles son el soporte de la habitualidad, y por eso no varían unos de otros. Sus libros, los de Ramón, han sido al leerlos él mejorados por su hábito de comprender para explicar, que ese es el eje de su literatura, explicar lo inexplicable. Sus objetos, hasta los disparatados, demuestran cómo sabía ver por dentro la razón del alma

muda de lo que nos está a la mano. Las cosas, Ramón las transfiguraba en imágenes imprevisibles. Y estas son sus cosas, parte de sus cosas de los años vividos con y en las cosas. Inertes sin él, otra vez calladas, muertas en lo esencial por lejanía del descubridor de sus destellos íntimos.

Mas lo que falta aquí del despacho de Ramón, es su atmósfera. Falta la bóveda y los muros que sustentaban su mundo aparential de papel, adherido a la materia densa, convirtiéndoles en cristal transparente del caleidoscopio constante. Ha sido imposible cortar un trozo de edificio y traerlo. Figuraos, haced ese esfuerzo, lo que sería este despacho de Ramón con millares de láminas y evocaciones gráficas, panoramas mezclados, superpuestos, revueltos y en torbellino, sin dejar más neutro alisamiento que el suelo. Danza de las galácticas que arrebatava a Ramón y le conducía, en su vals literario, por lo más allá del pensamiento. Ramón se reflejaba en su despacho. Pues su inagotable lluvia de piedras preciosas era, como la cueva de Salamanca, de su despacho, la Vida, el vivir, los seres viviendo, los objetos despertados de su encanto, unánimes, activos en cantar la gloria de la numerosidad y la poesía.

Bien venidos seáis al despacho de Ramón. Tomad luego un libro suyo y estaréis con el que se multiplicaba a sí mismo en abundancia para darse a vosotros, lectores, sin regateos. De aquel Ramón madrileño halló las últimas llamaradas azules que anuncian, o queman, la Vida, y con ellas encendió los fue-



gos artificiales, de la noche de la claridad, deshaciendo las negruras negras de Goya. De Ramón, que después del paseillo airoso en busca de greguerías, viene a este observatorio, se sienta ante su anteojo de astrónomo quevedesco, enciende su pipa para extraer de ella los perfumes de lo inexcrutable y lo inefable, de lo suntuoso, de lo inmarcesible joven y de lo inédito que nos regala todas las horas la mano de Dios. Y en la mesa de su despa-

cho lo fija en un papel, para nosotros, para aumentar la riqueza de nuestra curiosidad insaciable.

Texto de Tomás Borrás grabado en cinta magnetofónica para que sirva de guía del despacho, que instalado en la Casa de Carnicería, ha sido abierto al público últimamente.

BREVE NOTICIA

DE LA ESTATUA DE COLÓN

Por JUAN SAMPELAYO

La estatua de Cristóbal Colón ya ha sido desmontada de su emplazamiento, según ilustra este reportaje gráfico de Santos Yubero. Del centro de su plaza, donde tuvo vecinos con fama, citemos entre ellos a don Benito Pérez Galdós, va a parar a la nueva zona ajardinada, ya sin la Casa de la Moneda, y muy en la proximidad, separada sólo por la calle de Jorge Juan, del hermoso edificio de la Biblioteca Nacional.

Las estatuas madrileñas han sido en particular muy dadas a ir de un lado a otro, digamos en expresión castiza, a co-retear; el almirante, al cabo de los años, él tan dado a la aventura, qué otra cosa sino una grande y trascendental aventura fue la suya del descubrimiento de América, ha sido muy dado al quietismo y es ahora, y sólo al cabo de los años, que varía de sitio, un cambio que, cuando escribo y por la breve distancia que separa el lugar donde está del de donde va a ir, creo suponer ni siquiera será en camioneta, como cuando se trasladó a Lope y a Quevedo, quienes para sus adentros se dirían: «Esto sí que corre y no la carroza de mi señor.»

Las circunstancias mandan y Colón se ha mudado. Así es que digamos algo de éste, diré mejor de su estatua, ya que contar cosas del propio Colón sería ofender y en alto grado a la cultura de los lectores de esta revista.

Don Cristóbal nace —el de nuestra historia estatuaría, se entiende— en Roma. Es el taller de Jerónimo Suñol, donde lo hace, cosa esta del nacer romano que se produce con bastante frecuencia de la estatuaría madrileña y muy en particular en aquellas que corresponde a las inauguradas en los fines del XIX y principios de este siglo que ya va declinando.

Don Cristóbal Colón está hecho, labrado, en mármol de Carrara y tiene una altura de tres metros y treinta centímetros. Por su parte, el monumento cuenta del suelo a la base de la estatua diecisiete metros, lo que viene a dar a todo el conjunto una altura de veinte metros y treinta centímetros. Buena altura, repetimos, para otear la tierra madrileña, como lo hizo con la americana desde el





palo mayor de la nao capitana el buen marinero Rodrigo de Triana.

Este monumento tuvo en lo dinerario, como antecedente primario, un fondo de otro a la Independencia, que se proyectó por el arquitecto de esta Casa —Sanchez Pescador— y no llegó a realizarse. El dinero vino de aquí en parte, pero la idea fue de los Títulos del Reino. De ellos es la iniciativa en una Junta que presidía el conde de Casa-Valencia.

De ellos es, repitámoslo, la iniciativa que va a quedar inscrita en caracteres góticos en el monumento, exactamente en la parte baja del mismo y que dice así:

«Reinando Alfonso XII se erigió este Monumento por iniciativa de los Títulos del Reino»

José Rincón Lazcano, en su excelente libro sobre los monumentos madrileños, hoy muy difícil de encontrar, y que acaso debiera ser reeditado, después de puesto al día por nuestro Ayuntamiento, dice que una ley de 22 de junio de 1864 dispuso la erección de este monumento. La

ley va firmada por la reina María Cristina, y Cánovas del Castillo lo hace como ministro de la Gobernación.

El artículo primero de esta ley, que constaba de cuatro, era el de la autorización al Gobierno «para que, de acuerdo con el Ayuntamiento de Madrid y con la Junta formada en esta capital, se erija una estatua monumental a Cristóbal Colón, en el paseo de Recoletos, frente a la Casa de la Moneda».

Pero volvamos a esa parte dineraria, siempre tan importante, antes de describir el monumento, ya en su nueva situación geográfica madrileña, más fácil que la de ayer en el centro de la plaza, para que las gentes puedan acercarse a él.

Del monumento a la Independencia Nacional, que no llegó a realizarse y que un día puede ser objeto de una crónica en unión de otros monumentos que se proyectaron para Madrid y que no llegaron a realizarse, quedaban en una cuenta corriente del Banco de España 27.933,94 reales; había, asimismo, otro pico de 2.500 pesetas del donativo del Ayun-

tamiento de la villa para el citado y no nacido monumento.

A estos dineros hubieron de agregarse los recaudados por los Títulos del Reino. Pero acaso lo más interesante sea saber cuántos fueron los gastos que ocasionó el mismo. Estos se fijan, según el ya citado Rincón, en la cantidad de 215.640,68 pesetas.

El monumento empezó a construirse, como ya hemos dicho, en Roma por Jerónimo Suñol, autor de otras varias estatuas madrileñas. Esto en cuanto a la estatua; el resto —gótico florido— lo lleva a efecto en Madrid don Arturo Melida. La construcción comienza en 1881 y termina cuatro años más tarde, si bien van a transcurrir muchos más hasta su inauguración.

La fecha señalada para esta no se cumplió en cuanto a la triste razón de la muerte del rey Alfonso XII, cuyas bodas con María de las Mercedes era el deseo de los Títulos del Reino de solemnizar con la erección del monumento.

Y entremos ahora en la descripción que de éste hace Rincón en su famoso libro:

«Representa a Colón llevando en la diestra la bandera de Castilla, que apoya en la región del globo que descubrió. Adornan los frentes del primer cuerpo los altos relieves, que grabados en la piedra de Fons, representan: el del frente de mediodía es alegórico; una carabela, un globo y lleva el lema de las armas del almirante: "A Castilla y a León nuevo mundo dio Colón"; en el de oriente, la reina Isabel ofrece al navegante sus joyas; en el occidente, expone Colón sus proyectos a su protector, fray Diego Deza, y en el del norte ocupa la parte superior la Virgen del Pilar, por haber sido el 12 de octubre el día en que se descubrió América; debajo se leen los nombres de las tres carabelas, Santa María, Niña y Pinta, y en la parte inferior los de Martín A'onso Pinzón, Vicente Yáñez Pinzón, el del piloto Juan de la Cosa y los de los otros 81 compañeros de Cristóbal Colón en su viaje, escritos en letras góticas.» Luego vienen los nombres de los navegantes.

La fecha inaugural no se da por ningún cronista de nuestra vida madrileña, y si tan sólo sabemos que el 12 de octubre de 1892, en el cuarto centenario del descubrimiento, una comisión de Títulos del Reino visitó al alcalde para hacerle la entrega simbólica de ese monumento, que entonces pasaba —y en él continúa— al dominio de Madrid.

Un Madrid que, siempre amante y cultivador del chiste y de la broma, hasta le sacó un día una festiva coplilla. Copla de autor anónimo y también dedicada a un anónimo personajillo, suponemos que del tiempo en que la misma se canta por la entonces villa y corte:

**En tres cosas te pareces
a la estatua de Colón:
por lo duro, por lo tieso
y por tu conversación.**

Y aquí queda esta breve noticia de la estatua de un hombre universal que cambia de posición, sin dejar a su barrio y a sus amigos, que ahora indudablemente habrán de ser más al poderse acercarse más a él, ya que antes era algo temerario, algo así como jugarse la vida el «navegar» hasta su isla solitaria.

EL MADRILEÑO RUY GONZALEZ DE CLAVIJO Y SU EMBAJADA A SAMARCANDA

Por AGUSTIN GOMEZ IGLESIAS



Ruy González de Clavijo.

A fin de lograr una perspectiva histórica adecuada, que facilite la comprensión del contenido del presente artículo, conviene ofrecer aquí algunos antecedentes escuetos sobre el fin del Imperio Mogol y la formación del poder otomano, hecho este último secuela del primero. Llegaremos así hasta el entronque con Timur-Lenk, o sea, Timur el Cojo, nuestro Tamerlán, el mogol tur-

quizado, cuya fulgurante aventura interrumpió ocasionalmente el metódico y regular crecimiento de la formación del Imperio Otomano (1).

1

El desmoronamiento del enorme Imperio Mogol, integrado, tras las conquistas de Gengis-Khan (1167-1227), en los kanatos

mogoles, fundados por sus descendientes en China, Persia y Turquestán, ocurrió mediado el siglo XIV. La conquista había sido fácil y rápida debido a que las preocupaciones del estado nómada y militar atendían exclusivamente al ejército y a la guerra, desdeñando los problemas económicos y religiosos. Mas después de la increíble rapidez en el ataque y el terror que su brutal acción ejercía sobre las poblaciones indígenas, llegaba la terminación de la conquista, el régimen quedaba establecido y el país totalmente arruinado. Una eficaz administración, que restableciera los destrozos, no cabía esperarla de la absoluta barbarie del invasor.

Al incompensable desequilibrio entre el salvajismo mogol y el refinamiento de los pueblos sedentarios que enmarcaba y dirigía, uníase, además, el hecho de que el sedentarismo arrebatara al elemento invasor su agresividad e incluso su personalidad, excepción hecha de la Mongolia atávica, donde tradiciones, ritos y costumbres se mantenían; la asimilación por el ambiente circundante se produjo en un tiempo relativamente corto, ya que lo más importante, refinamiento y administración, inasequible a la resuelta ley de la estepa, quedaba en manos de los indígenas.

Veamos en rápida visión calidoscópica los casos concretos, empezando por China. El kanato chino estuvo regentado por los más enérgicos representantes de la dinastía gengiskánida, Kubilai (1259-1295), y su nieto Temür (1294-1307). Kubilai conquista la totalidad de la China de los Song, abandona Karakorum, e instala su capital en Pekín. Su dinastía, los Yuan (1298-1368), fueron más bien emperadores chinos que kanes mogoles. Epoca ésta de gran brillantez para China: relaciones con Occidente, estancia de Marco Polo (1275-1291) (2), visitas de misioneros católicos, como Montecorvino y Pordedone, pujanza mercantil derivada del comercio con la India, etc.; sin embargo, la anarquía creciente provocada por los excesos de los lamas, que dominaban la corte, y sobre todo el desorden financiero dimanado de la constante inflación del papel moneda, alen-

taron el movimiento revolucionario de Cantón (1352), propagándose a toda la China meridional.

Los estragos fueron enormes hasta que un jefe de banda, joven de veinticinco años, dotado de espíritu político y gran energía, impuso la disciplina y suprimió el pillaje. Una vez dueño de toda la China meridional, conquistó Pekín (1368), «pasando a cuchillo a cuantos mogoles no habían seguido al último Yuan en su huida hasta las estepas ancestrales. Chu-Yuan-Chang inaugura la dinastía de los Ming bajo el nombre imperial de Hong-Wu. China volvía a su estado anterior y se encerraba en sus tradiciones nacionalistas, rompiendo toda relación con Occidente. El contacto con los europeos ya no se reanuda hasta los periplos de los navegantes portugueses, dentro ya del siglo XVII.

Dirigiéndose ahora hacia el Asia central y occidental, encontramos el kanato de Asia superior, fundado por Qaidu, cuya disidencia, bien que no hubiera conseguido restablecer la unidad del mundo mogol, formaba una barrera entre China y Persia, donde se mantenía la casa de Hulágo. Hasta que acabó absorbido por el predominio turcomano, como todos los demás kanatos mogoles extendidos desde la Kasgharia —Sinkiang actual— a la desembocadura del Danubio.

La dinastía mogol de Persia, conquistada por la cultura irania y enteramente musulmana desde fines del siglo XIII, se extinguió en 1335; los grandes señores de origen pérsico o mogol se disputarían su herencia o crearon efímeros reinados provinciales. Lo mismo ocurrió en los kanatos del Turquestán ruso y chino actuales, donde los sucesores de Djaghatai sólo pudieron conservar su autoridad en la región del Ili (3) y en el Singkiang, mientras el feudalismo turco se declaraba independiente en la Transoxiana (4) en 1346. A su vez, la pérdida de Persia implicó para los mogoles la de Asia Menor, donde los turcos selyuquíes obtuvieron de nuevo la independencia. Como veremos, con el reparto del sultanato selyuquí surgiría el núcleo originario del poder otomano.

Con efecto, a fines del siglo XIII se extingue la dinastía selyuquí y en la Anatolia musulmana se constituyen rudimentarios principados turcomanos. Casi simultáneamente los soberanos de Bizancio se ven obligados a suprimir las inmunidades fiscales de los colonos-soldados, debido a las necesidades impuestas por la defensa de Europa; ahora bien, tal supresión desorganiza la defensa bizantina en Asia, ya que aquéllas contribuyeron decisivamente a mantener el imperio de Nicea. Menos de un siglo después la casi totalidad del territorio asiático, antes griego, se encuentra en poder de los jefes turcomanos; aparte de Trebisonda y algunas fortalezas aisladas, la población campesina se somete en su totalidad. Algunos grupos turcos se asoman a las costas del Mar Egeo y, con ayuda de los indígenas, reanudan el saqueo corsario.

El más modesto de aquellos iniciales grupos de turcomanos, pastores y depredadores, fue el dirigido por su epónimo Osman († 1326); sin embargo y a pesar de su insignificancia originaria, le corresponde la gloria, la inmarcesible grandeza de haber sido el germen, la primera

etapa en la formación de un colosal imperio que abarcó casi el mundo árabe entero, los países bizantinos y eslavos, desde las puertas de Viena hasta las orillas más lejanas del Mediterráneo, del Mar Rojo y del Golfo Pérsico. No obstante sus numerosas vicisitudes, este imperio no se disgregó hasta el actual siglo XX.

Contribuyó a ello, aparte de la valía, dotes organizadoras y mesura en la conquista por parte de Osman y sus sucesores, la feliz circunstancia relativa a la situación geográfica del principado, sito desde la primera mitad del siglo XIV en las orillas meridionales del Mar de Mármara, comprendiendo Nicea, Nicodemia y Brusa, desde entonces ciudad santa del imperio. Tan favorable situación, a un paso de Europa, abría grandes posibilidades de intervenir en las luchas de partido bizantinas, como de hecho ocurrió con motivo de las guerras entre los paleólogos y el usurpador Juan VII Cantacuceno. Orkan (1326-1360), yerno del usurpador, intervino en favor de su suegro Cantacuceno. Del tiempo de Orkan data la formación de los jenizaros, célebre ejército profesional permanente, que con los feudos militares y las provincias constituyeron los fundamentos esenciales de la organización musulmana, sin olvidar la valiosa cooperación de los doctores, derviches sobre todo, que se mezclaban con el pueblo militar, reforzando su cohesión moral (Perroy).

Veamos ahora las etapas sucesivas referentes a la formación del imperio otomano. Mediado el siglo XIV se pasan los Dardanelos con la complicidad de los griegos; establecidos en Gallípolis, realizan expediciones hacia la Tracia, conquistada progresivamente. Murat I fija su residencia en Adrianópolis —hoy Edirne—, rebasa la Tracia y la Macedonia bizantina, y por Bulgaria y Serbia comienza la conquista de los Balcanes. La expansión balcánica era mucho menos dificultosa a causa de la extrema división de los jefes eslavos, que la del pequeño territorio anatólico, lugar de procedencia de los otomanos. De un lado, los turcomanos se resistían a perder su autonomía, sintiéndose insolidarios de la tarea de Osman y sucesores, aparte de que la aportación de voluntarios hubiera sido exigua dada la corta extensión del territorio anatólico. Para un ejército que vivía sobre el terreno, lo atinado era atacar las ciudades balcánicas; cuya resistencia era breve debido a la dificultad de abastecerse; mantener, además, a los príncipes y señores indígenas tras la conquista a cambio de la promesa de ser fieles vasallos y realizar asimismo algunos traslados: comunidades eslavas o griegas, al Asia Menor, y establecer turcos en lugares estratégicos sobre las tierras confiscadas a los indígenas.

Constantinopla quedaba aislada por tierra, más no se acomete su conquista, ya que contaba con recias fortificaciones, estaba bien poblada y abastecida por mar. La debilidad, en cambio, de la escuadra otomana era extrema. De esta manera, mientras los turcos habían conquistado los Balcanes por cuenta de los otomanos, los balcánicos ayudaron a estos mismos otomanos a conquistar Turquía. Llegamos así a la batalla acaecida en la llanura de Kosovo ((Servia), acaecida en 1389; donde pereció el sultán Murad.

Su hijo y sucesor, Bayaceto (1389-1402), logró la completa sumisión de Servia y de Bulgaria, lo cual situaba a los turcos en las fronteras magiares; posteriormente, las fuerzas pertenecientes a la cruzada húngaro-borgoñona, organizada por Segismundo, fueron completamente aniquiladas en Nicópolis (Bulgaria, orillas del Danubio) en el año 1396. Después devastó la Tesalia, sometió los grandes dominios feudales de Anatolia y, finalmente, cuando se preparaba a atacar Constantinopla, único dominio efectivo del imperio bizantino, fue aniquilado y hecho prisionero en Angora (1402), hoy Ankara. Bayaceto murió en cautiverio.

La victoria de Angora prolongó de momento la vida del Imperio bizantino; mas la muerte de Tamerlán, la torpeza de sus sucesores, los timúridas, y otras circunstancias afortunadas, compañeras inseparables de la sorprendente evolución del Imperio otomano, lograron primero la recuperación y, a seguida, el restablecimiento de la unidad otomana.

II

¿Quién era Timur, cuál su naturaleza y cualidades personales?

Nos hemos referido ya a Tamerlán, denominándole «mogol turquizado»; mas también se indicó a su tiempo que el kanato independiente de Asia Superior, fundado por el mogol Qaidu, acabó absorbido por el predominio turcomano, como todos los kanatos mogoles desde la Kasgharia, hoy Sinkian, a la desembocadura del Danubio, a excepción de la Horda de Oro mucho más duradero. Hacía ya tiempo que tal absorción había ocurrido, cuando Timur, uno de los jefes turcomanos reconocido como rey de su país, la Transoxiana, lanzó a sus compatriotas al asalto del Oriente Medio y Próximo. Ello acaeció a poco de la subida al poder de los Ming, o sea, hacia 1370.

Entre ambas filiaciones, la más real de turcomano y la ficticia de mogol, Timur prefirió la última, sin duda para presentarse como continuador o restaurador de la epopeya de Gengis-kan, cuyos recuerdos debieron perdurar largo tiempo en el Asia occidental, buena prueba de ello la ofrece el hecho de «disfrazar durante siglos con el nombre de tártaros —sinónimo de mogoles— a las hordas heterogéneas y completamente islamizadas, que vagaban errantes por las llanuras rusas».

Como persona Timur fue un «bruto sanguinario, orgulloso e inculto, pero gran capitán, que supo combinar la tradición gengiskánida y las virtudes del Islam para agrupar a su alrededor un ejército de fanáticos». En el decurso de sus 35 años de reinado (1370-1405) sometió el Irán, invadió el kanato ruso de la Horda de Oro —asentado en la Rusia meridional— sin lograr conquistarlo, gracias a Basilio I (1389-1425), duque de Moscú; devastó Siria en lucha contra los mameucos; el sultanato turcomusulmán de la India septentrional, saqueando a Delhi (1392) y tras la victoria de Angora, condujo sus ejércitos hasta el Egeo, a la vista de Constantinopla.

Desde la Rusia central hasta la India del Norte y desde los confines de la China hasta la Siria y el Asia Menor se expandieron sus tremendas crueldades,

que igualaron a las de Gengis-kan, sin que su obra fuera comparable a la de éste. Colosales hacinamientos de escombros y piras de cabezas, producto del exterminio y enormes devastaciones, dejaron exangües y desamparados el Estado otomano, el de los mamelucos egipcios —a causa de su ayuda a Siria— y el de Delhi. Ni él ni sus descendientes, los timúridas, después de su muerte (1405) renovaron ninguna de las estructuras políticas del Medio Oriente (5). Samarcanda, su capital, conoció ya en vida de Tamerlán una prosperidad inicial, ya que ello contribuiría a su boato de conquistador, siempre apasionado de la literatura y el arte persa.

En Samarcanda, residencia de Timur, nada se conserva de su Mezquita del Viernes, para cuya construcción había convocado a arquitectos y artistas de todo el mundo y cuya imagen se representó en las miniaturas de los libros. Los timúridas construyeron en torno a la plaza de Registán tres medersas gigantescas, que suponen una verdadera maravilla dentro del cuadro monumental de Samarcanda. De la medersa construida fuera de esta plaza por Timur, en memoria de su mujer Bibi Chanu, aún se conservan ruinas (6). Sin embargo, nada comparable al mausoleo de Timur en Samarcanda, el Gur-i-Mir o «Tumba del Príncipe», construido hacia 1500, cuyo aspecto exterior supera a todos los monumentos funerarios del mundo islámico, tanto por el vigor y simplicidad de su arquitectura, como por su bella decoración. Mas como este tipo de torre funeraria realizada es una construcción derivada de la civilización nómada de las tiendas portátiles de sus príncipes y emires —lo que no deja de ser un fenómeno cultural y artístico de gran interés— dejamos la descripción e implicaciones posteriores para el capítulo III. La amplia y clara descripción estructural de la tienda de campaña de Timur, que Clavijo ofrece, nos deparará la ocasión

Finalmente, los timúridas sucumbieron a principios del siglo XVI; ello unido a la «deserción de las rutas comerciales inútiles a causa de los grandes descubrimientos, producía la decadencia irremediable de las ciudades y de la civilización florecida en el Turquestán». Retornaba la estepa. Aun hoy, el grandioso Gur-i-Mir sigue aislado e inmerso dentro de la fría estepa circundante, sin sus viejos muros de circunvalación y los antiguos parques y jardines, que originariamente lo rodeaban. Para completar la maravillosa aparición, el visitante debe recordar las instalaciones jardineras propias del mausoleo de Ciro en Pasargada; o bien, el parque con avenida de Tajmahal, la tumba de Muntas-y-mahal (=la elegida de palacio), muerta en 1629, cuyo mausoleo se considera como «la apoteosis de la femineidad india».

III

Retrocedamos, ahora ya, al campo de batalla de Ankara, a fin de expresar el alcance e implicaciones ulteriores, surgidas del triunfo de Tamerlán sobre el otomano Bayaceto en 1402. Una inmensa sensación de respiro y alivio se extendió por la Europa cristiana al difundirse la noticia; a Timur se le consideró el instru-



El gran Tamerlán

mento providencial de la derrota osmanli. Y eso fue todo, al menos de momento. La ocasión, doblemente favorable —las diferencias entre los hijos de Bayaceto se añadían a la derrota—, fue lamentablemente desaprovechada, puesto que las po-

blaciones balcánicas no reaccionaron, bien a causa de que servios, búlgaros y griegos estuvieran contentos con su destino o demasiado débiles para liberarse de tan despótica opresión. Para el Estado otomano representó, tan sólo, una

del drama dirimido en Montiel el 23 de mayo de 1369. Por otra parte, el cargo de camarero mayor, una de las altas dignidades de la corte regia y de la Administración Central del Estado, había dejado de ser honorífico y fueron ejercicios durante la baja Edad Media por juristas o letrados. Conjeturando, por consiguiente, que Clavijo entrara al servicio de Enrique II entre los veinticinco y treinta años de su edad, tenemos a fecha prevista, es decir, año más o menos, 1369.

Respecto a las dos noticias posteriores sobre el sepulcro y su remoción son algo confusas, y, en lugar de refundirlas con las ofrecidas por Baena, prefiero seguir el sobrio y claro relato del padre Esteban Ibáñez (10) sobre la cuestión:

A finales del siglo XIV se reconstruyó la pequeña ermita de Santa María, dándole mayor amplitud y mejor fábrica y la advocación de Jesús y María..., que «experimentó sensibles mejoras, ya que las nobles familias madrileñas ampliaron y enriquecieron el primitivo templo franciscano con la erección de nuevas capillas destinadas a sus enterramientos...»

«Ruy González de Clavijo, vecino de Madrid y famoso caballero, camarero de los reyes de Castilla don Enrique II y de su hijo don Juan I, y embajador cerca del Gran Tamerlán de Persia, edificó a su costa la capilla mayor de la iglesia, en cuya parte central levantó un soberbio sepulcro de alabastro, rematado con la figura yacente de tan ilustre personaje, a fin de que allí se guardaran sus cenizas y las de su linajuda familia. En este sepulcro fue enterrado el 2 de abril de 1412. En 1475 fue removido tal sepulcro de aquel lugar, para ceder el puesto a la infortunada reina doña Juana de Portugal, esposa de Enrique IV, la cual se había retirado a vivir en 1454 en unas habitaciones de este convento situadas encima de la portería, fuera de la clausura. Allí vivió hasta su muerte, ocurrida el 13 de junio de 1475, siendo enterrada al lado de la epístola en un soberbio mausoleo alabastrino, levantado por disposición de Isabel la Católica. Los restos de Ruy González de Clavijo se trasladaron al centro de la iglesia.»

Argote de Molina (n. 1549), muy dado a la historia nobiliaria, publicó el *Viaje de R. G. Clavijo* (Sevilla, 1582), y en su introducción consigna este testimonio posterior:

«El sepulcro de Ruy González de Clavijo vi trasladado en el año pasado de 1573, en medio de la Iglesia de San Francisco y en este año de 1580 le vi quitado de allí y arrimado a la pared, junto al púlpito, premio que da el mundo a los que más confían en su vanidad.»

Baena confirma este presagio con una noticia que supone la pérdida de sus restos:

«...y en tiempo de Gil González adornaron con los mármoles la entrada de la portería del convento, en donde aún los hemos conocido.»

El profesor López Estrada recoge en el estudio preliminar a su excelente edición crítica los testimonios restantes, siempre escasos, que yo resumo aquí. Fue muy «honrado caballero, natural e vecino de los principales de Madrid, e principal oficial en la Casa Real e Camarero del rey Enrique III» (Fernández de Oviedo). Quintana repite estas cualidades y destaca

especialmente su habilidad como orador «por ser uno de los mayores de su tiempo».

La casa solariega de Clavijo ocupaba el lugar donde hoy está la capilla del obispo de Plasencia, don García de Vargas Carvajal, detrás de la Iglesia de San Andrés (Argote, Quintana, Baena), sin que sepamos cosa alguna de su venta a los Vargas.

Acabada su misión, Clavijo dio cuenta a su rey y señor en Alcalá de Henares, en cuya villa se hallaba Enrique III; ello ocurrió el 24 de marzo de 1406. Sin duda volvería a su puesto de camarero del rey Enrique III, puesto que en ocasión de un viaje a Toledo enfermó el monarca de gravedad, y otorgó su testamento allí el día 24 de diciembre de 1407. Uno de los asistentes a sus postreros momentos y testigo de su última voluntad fue su clarividente y leal súbdito Ruy González de Clavijo. Los historiadores y cronistas Zurita, Quintana, Dávila, Baena, etc., dejaron testimonio de su gran pesadumbre por la muerte de su rey y señor.

Mas si sabemos por Zurita algunos datos que añadir y que Quintana consigna también en su útil libro: la grandeza de su morada en San Andrés, ya que el infante don Enrique de Aragón, primo del rey Juan II, se aposentó en ella hacia 1422, y que su hijo Ruy le sucedió en el cargo.

Y a fin de rematar este somero esquema biográfico, adelantemos alguna noticia a modo de *vida ulterior* de nuestro Clavijo; la completaremos posteriormente dentro del apartado siguiente y últi-

mo, dedicado al análisis del texto heterogéneo de su *Viaje*, extraordinario y fascinante.

El sevillano Argote de Molina, conforme hemos indicado, publicó (Sevilla, 1582) la primera edición del *Viaje de Ruy González de Clavijo*. Historiador dedicado a los estudios genealógicos, se sintió atraído, sin duda, por el interés despertado por Tamerlán durante la época renacentista; aparte de ello, Argote, atento siempre a las cuestiones nobiliarias, era también hombre ávido de las novedades de su tiempo. Incluye por ello al final del texto de Clavijo la genealogía de los protagonistas del relato y también una antología de textos clásicos sobre Tamerlán: *Corvacho*, Lope de Vega (*La Gatomaquia*, *Arcadia*), Cervantes (*La Ilustre Fregona*), etc.

La segunda edición es una copia de la anterior; publicóla la R. A. E. en 1782. Mucha más importancia para su gloria y prestigio literario supuso para Clavijo la inclusión de su nombre y obra en la lista de autoridades de la lengua castellana (*Dic. de Autoridades*, Madrid, Fco. del Hierro, 1726 págs. LXXXVI y XCII).

Madod registra la llegada de los embajadores a Alcalá de Henares.

Añádase, final y por el momento, que a la breve mención de la embajada contenida en la *Crónica General de España*, de Rosell (1865) y asimismo en la *Historia de Madrid*, de Amador de los Ríos, incluyen la efigie de Clavijo, producto, sin duda, de la fantasía de un desconocido grabador. La damos aquí, a falta de otra.

EMBAJADA A TAMERLAN

Voy a tratar muy someramente algunas de las cuestiones concernientes al relato de Clavijo, optando por aquellas que más puedan interesar a los lectores de nuestra revista. Empezaremos por la transmisión del texto, o sea, mención de manuscritos y ediciones. Entiendo que tocar aquí tal materia estaría totalmente fuera de lugar si intentáramos efectuar una colación de manuscritos, elaborar el *stemma* o formación de su árbol genealógico, etc.; mas lo que pretendemos no pasa de ofrecer aquí cortas referencias a fin de que nos ayuden a completar los datos anticipados acerca de la *vida ulterior* de Clavijo y su viaje. Los hechos justificarán así su fama póstuma y la ejecutoria reciente del «primer madrileño universal» que acabamos de atribuirle.

a) Manuscritos.

A. Biblioteca Nacional de Madrid, catálogo.

González Clavijo: Itinerario de la embajada que por mandato de Enrique III llevó al Gran Tamerlán. Letra coetánea; fol. siglo XV.

Signatura Bb 72 antigua.

Signatura 92 18 moderna.

Procede de los fondos de la biblioteca del conde de Haro

B. Biblioteca Nacional de Madrid. Signatura 18050.

Letra del siglo XVI. Sin numeración

original. Procedencia: Biblioteca de don Pascual Gayangos.

C. British Museum. Descrito en el catálogo de mss. en lengua española, redactado por Gayangos. Volumen II, London, 1877, página 290

«Centuria XV. Vida de Tamorlán. Vida y hazañas del Gran Tamorlán con la descripción de las tierras de su imperio y señorío: escripta por Ruy González de Clavijo, camarero del muy alto e poderoso Señor Don Enrique Tercero deste nombre, Rey de Castilla y de León; con un itinerario de lo sucedido en la Embaxada que por el dicho Señor Rey hizo al dicho Príncipe, llamado por otro nombre Tamurbec. Año del nascimiento de mil e quatrocientos y tres.»

Aparece una nota en inglés, que damos traducida: «La presente copia, que parece más antigua y correcta que la usada por Argote de Molina para su edición, impresa en Sevilla, 1582, fue ejecutada por «Anthonius de León», que ha firmado con su nombre al final.» Está seguida por algunos cuentos del *Decamerón*, de Boccaccio, en italiano, y escritos de mano diferente.

D. Pertenece a la Biblioteca Nacional de París. Lo describe Morel-Fatio en su catálogo de manuscritos españoles y portugueses. (París. Imprenta Nacional. MDCCXCII.)

Número 524. Historia del Gran Tamorlán... Trátase de una copia de la edición Princesps de 1582.

E. Biblioteca de la Real Academia de la Historia. Es otra copia de Argote hecha en el siglo XVIII.

b) Ediciones.

Edición Princeps A.—Historia del Gran Tamorlán e Itinerario y enarración del viaje, y relación de la Embajada que Ruy González de Clavijo... y un breve discurso fecho por Gonçalo Argote, de Molina, para mayor inteligencia deste libro.—Dirigido al muy Ilustre Señor Antonio Pérez, del Consejo de su Magestad y su Secretario de Estado.

Sevilla, Andrea Pescioni, M. D. LXXXII.

Edición B, llamada de Sancha.—Repite la portada de la Princeps y añade: «Segunda impresión a que se ha añadido la vida del Gran Tamorlán sacada de los comentarios que escribió don García de Silva y Figueroa, de su embajada al rey de Persia. En Madrid, imprenta de Don Antonio de Sancha. Año de MDCCLXXXII»

Llaguno y Amirola, que cuidó esta segunda impresión, llama a esta historia «sumamente rara y curiosa». Indica que a las noticias de Pero de Mexía y de Paulo Jovio añade Llaguno las escritas por García de Silva y Figueroa en el libro 5 de los Comentarios correspondientes a la embajada que de parte de Felipe III hizo al rey Xaabas de Persia, año de 1618.

Edición C, con traducción inglesa.

«Life and acts, of the Great Tamerlane: narrative of the Castilian embassy to the court at Samarcand, by Roy Gonsales de Clavijo», 1403-1406. Traducida con notas por C. R. Markham, London, 1859.

Edición D, texto español con traducción rusa.

Sreznevski, 1881. Se da el texto español, seguido de la traducción rusa con notas e índice en ruso y francés.

Basada en las ediciones de Sancha y Markham. Su noticia, que asimismo procede de la excelente edición de Le Strange, se encuentra en el volumen XXVIII del *Sbornik*, o miscelánea de la Academia Imperial de Lengua y Literatura Rusas. San Petersburgo, 1882.

Edición E.—Trátase de una traducción inglesa, incluida en «The Broadway Travellers». Edited by Sir E. Denison. Traducción del español por Guy Le Strange, con una introducción. Publicada por George Routledge... London, 1928. 375 páginas.

Ofrece abundante bibliografía de las cuestiones orientales relacionadas con el relato, tanto en el prefacio como en las notas. Trátase de la edición más importante de todas las extranjeras indispensable para iniciar cualquier trabajo de amplitud. Le Strange es un profundo conocedor personal de los lugares del viaje, tanto en su geografía como historia y cronología.

Cierra la lista de ediciones un excelente libro español:

López Estrada, Francisco: *Embajada a Tamorlán*.

Estudio y edición de un manuscrito del siglo XV.

Páginas CXIV+304+CXVII+CCLXXXI. CSIC, Madrid, 1943.

Comprende:

1) Estudio histórico que abarca CXIV páginas.

2) Texto, páginas 1-304.

Es una verdadera edición crítica, para cuya elaboración utiliza López Estrada

como base el manuscrito A, por ser el más antiguo y adecuado para el comentario filológico. No le ha sido posible efectuar su colación o cotejo con el manuscrito londinense C, igualmente del siglo XV. Ello hubiera sido muy interesante, y a falta de tal posibilidad acude a la comparación con el manuscrito B y la edición de Argote de Molina.

Para la transcripción y restablecimiento del texto se vale de los más depurados recursos filológicos y paleográficos, acudiendo al desarrollo de las abreviaturas, señalando en cursiva las letras extraídas, etc. En suma, es un texto para profesionales exclusivamente, ya que su lectura resulta fatigosa.

Al final se recogen el discurso de Argote sobre el Itinerario; la vida de Tamerlán, escrita por Pero Mexía en el capítulo XXVIII de su *Silva de varia lección*; más la vida redactada por Paulo Jovio, obispo de Nochera.

Finalmente, la segunda parte (páginas CXVII-CCLXXVII) incluye los estudios fonético, morfológico y sintáctico, así como el vocabulario; consideraciones sobre el relato y el autor de la Crónica, variantes y notas; en fin, la crítica en torno a la embajada y los cuatro índices: biográfico, onomástico, geográfico y general.

Queda por decir que el admirable y utilísimo libro del profesor López Estrada, mi antiguo alumno de la Facultad de Letras y buen amigo actual, es inencontrable, ya que está agotado. El presente trabajo mío, bien que humilde, no hubiera sido hacedero sin el concurso y gentileza de mis queridos colegas de la Biblioteca Nacional. Mi afecto y agradecimiento va, sobre todo, hacia mi entrañable y sabio amigo doctor García Morales:

c) Texto: estructura y pasajes interesantes.

Trátase de la descripción cotidiana de un viaje a Samarcanda, cuyo itinerario de ida comienza en el Puerto de Santa María, provincia de Cádiz (21 de mayo de 1403), y a través de Málaga, Cartagena, Ibiza, estrecho de Bonifacio, Gaeta, Mesina, Rodas, Gallipoli, Constantinopla, Trebisondo, Soltania, Teherán, etc.; termina en Samarcanda, capital del imperio levantado por Timur. La vuelta sigue el itinerario de ida, salvo dos variantes acusadas: la de Samarcanda a Buchara y Damogan, al comienzo del viaje, y casi al final la ruta sube de Gaeta a Génova, para desde allí bajar a Cartagena. Este itinerario puede seguirse cómodamente consultando el mapa, trazado por R. Ferrer a remedo de la cartografía de la época (11).

El relato discurre mediante un estilo objetivo, claro y directo, ya se trate de descripciones demoradas relativas a ciudades o espectáculos urbanos: visitas a personajes, monumentos civiles y religiosos; bien de campamentos, paisajes abiertos, montañas, arenales...; ora comentarios rápidos acerca de la dirección del viento, condiciones adversas y favorables para la atracada, si existe caza de perdices o conejos durante los desembarcos...

Narración impersonal en la que a las veces ocurre la persona yo, por ejemplo, al comienzo del relato: «En el nombre

de Dios e de la Virgen Santa María... comencé a escribir desde el día que los embajadores llegaron al puerto de Santa María, cerca de Cádiz, para entrar en una carraca (12), en que había de ir con ellos el embajador Mahomad, que dicho Tamurbeque embió al señor Rey» (Enrique III). «Ahora que he escrito desta razones, que avedes oído, escribiré de la venida» (pág. 217). Muy frecuente es la ocurrencia «nos fallamos, pasábamos, podíamos...».

De los embajadores, fray Alfonso Pérez de Santa María, Gómez de Salazar y Clavijo, jefe de la expedición, apenas se habla. Una mención conjunta acaece con motivo de una dolencia padecida en Teherán, señorío del Gran Miraza, yerno de Timur; dolencia nada extraña, puesto que, a pesar de la grandeza y hermosura de la tierra, «era lugar doliente, según decían; la calentura en él hacía era muy grande», porque el propio Miraza estaba igualmente enfermo. Pues bien, la calentura atacó, sobre todo, al maestro en teología y a Gómez de Salazar, mientras que Clavijo se repuso antes. Sin embargo, bastantes servidores hubieron de quedarse en Teherán y dos de ellos murieron.

Salazar murió poco después en la ciudad de Nixaor, por más que Meli Aliorga, mariscal de la hueste de Timur y su enviado especial para honrarles—tales mensajeros eran muy frecuentes—, hizo grandes esfuerzos para salvarle: «E desque allí le truxieron, fezo le poner en unas buenas casas, e que curasen del físicos (médicos), que los había muy buenos; y quiso Dios e ovo de finar aquí el dicho Gómez.» No cabe pena más hondamente sentida ni lacónicamente expresada.

Diversas atenciones dispensadas a Clavijo le destacan claramente como jefe de la expedición. Así era frecuente obsequiar a los embajadores castellanos con vestidos de camocán, o sea, un tipo de brocado muy usado en la Edad Media, tanto en Oriente como en España. Acaece, por ejemplo, al despedirse de Mirahan Miraza, hijo mayor de Tamerlán. Los emisarios le habían previamente regalado «algunas ropas de paño de lana, de que se precian mucho». Miraza los recibió muy bien, los hizo estar consigo en una tienda, preguntándoles por el estado del rey (Enrique III), *nuestro señor*, y tras departir largo rato, comieron; al despedirlos, «hizoles vestir sendas ropas de camocán».

Soldanía estaba situada en un llano, sin cerca, mas sí con un castillo grande muy torreado, cuya fuerte piedra estaba recubierta con bandas de azulejo «hechos a muchos lados». Muy poblada. Soldanía es ciudad de gran *maneó* (bullicio), provocado por el gran concurso de caravanas de camellos que traían de la India toda suerte de especiería menuda, de seda que después se lavaba en una ciudad cerca de Bacú y en Xamain, desde cuyos lugares los mercaderes de Turquía, Damasco, Génova y Venecia la adquirían y transportaban. Sigue una relación interminable de otros productos, cuya labra y comercio producían un rendimiento cuantioso al señor Mirahan Miraza.

Después de tan larga digresión volvamos al asunto de las atenciones dispensadas a Clavijo. No hubo distingo alguno en esta ocasión, sino vestidos de camocán y caballos para todos. Ocurre, al

contrario, distinción especial durante el encuentro con Calamazán Mirajan, privado o favorito de Timur, quien les comunica que el señor estaba «bien cerca de allí, en un campo con su *ordo*» (p. tártara equivalente a *real*); ordenó entregar a los emisarios caballos propiedad de Timur, a fin de acudir a su encuentro. Y cuando quisieron partir les entrega ropas de camocán, y a Ruiz González de Clavijo «dio más un caballo grueso y amblador (como la jirafa, es decir, moviendo al mismo tiempo las dos patas del mismo lado), que precian ellos mucho..., guarnido de silla y de freno, según su usanza; e otrosí le dio una camisa y un sombrero».

Hemos llegado al momento cumbre de la embajada, es decir, al encuentro con el gran señor. Estaban aún por llegar los extraordinarios agasajos, banquetes y deferencias que Timur les tributaria. Los miramientos y atenciones comenzaron desde el momento mismo de la espera, que para Clavijo y Paez de Santa María, junto con el embajador del sultán de Babilonia, transcurre dentro de una hermosa huerta sita cerca de Samarcanda, bien poblada de árboles frutales y de sombra, acequias, paseos, ciervos, faisanes, y hacia el centro, un altozano con hermosos palacios de rica planta y decoración: oro, azul y alíceres de azulejos para los zócalos. Un emisario, pariente de Timur, les trae enorme cantidad de yantares, caballos, ropas de camocán y sombreros para regalárselos. Les advierte que no se enojen por la espera, ya que éstas eran tanto más largas cuanto mayor era la categoría de los embajadores, según la costumbre protocolaria.

La mayoría de los innumerables festejos y agasajos ocurrían en pabellones sólidos, como el mencionado hace un momento, rodeados de jardines, con su altozano natural o artificial donde tales pabellones se elevaban con su invariable decoración de oro, azul y zócalos de azulejos. No hubo recepción alguna en honor de otros emisarios, bien en honor de Cano, su mujer mayor, ora en honor de su nieto, ni incluso fiesta popular a la que dejaran de ser invitados. Cabe tan sólo recoger algunos pormenores más destacados.

La presentación inicial tiene lugar dentro de Samarcanda, pasada la entrada de una huerta, desde donde, levantados por los sobacos, o sea, en volandas, fueron llevados a presencia del señor. Timur se encontraba en «un como portal» sito ante la puerta de entrada a unas hermosas casas (son los famosos pabellones). El tal portal sólo tenía un estrado llano en el suelo, «ante una fuente decorada con manzanas coloradas»; allí, recostado en unos almohadones bordados y el codo sobre otras almohadas, lo recibió Timur. Se hallaban a buena distancia del señor, ya que los caballeros no osaban pasar adelante. Entonces el señor les hizo avanzar, advirtiéndoles que lo hacía para verlos mejor, ya que se encontraba tan viejo que apenas veía y los párpados tenía caídos».

Timur les preguntó por Enrique III diciendo: «¿Cómo está mi hijo el rey», y si le iba bien y estaba sano. Tras la respuesta, Timur volvióse a unos caballeros de gran linaje y les dijo:

«Mirad aquí estos embajadores que me envía mi hijo, el Rey de España, que es el mayor Rey que existe en los fran-

cos (13), que son en cabo del mundo, e son muy gran gente... y yo le daré mi bendición a mi hijo el Rey; y bastaba que me enviara él a vosotros con su carta, sin presente alguno, porque tan contento fuere yo en saber de su salud y estado como en enviarme presente». El presente lo había recibido con anterioridad a su presencia por conducto de dos caballeros.

Después, insatisfecho con el lugar que los *mirzaes* (favoritos) habían asignado a los embajadores, ordenó que fueran trasladados a otro puesto más preferente, y en lo sucesivo, en fiestas y convites, aquella fue su colocación, lo que les fue comunicado por el trujamán o intérprete. Siguió el descomunal banquete, y al final, la despedida ante el señor. Unos trescientos caballeros desfilaron, y entre ellos nuestros embajadores, que fueron llevados a una posada con huerta y agua abundante, muy cerca de la mansión de Timur. El caballero, portero mayor del señor, cumplió esta misión.

Timur cambiaba de alojamiento y los convites se sucedían; en alguna ocasión Tamerlán jugó al ajedrez con unos *caixes* o derviches; mas la pasión de tales gentes era el beber antes de la comida hasta alcanzar la embriaguez absoluta. Los servidores de las tazas de vino, hincados de hinojos, servían incansablemente, tanto que cada sirviente atendía a uno o dos invitados; rechazar la bebida era considerado «en baldón del Señor». El hombre más resistente a la bebida «dicen que es *bahaduder* por hombre *rizio*», dice Clavijo (estimo que habrá que entender *hombre recio*). Sin embargo Clavijo, abstemio de por vida, fue respetado por Tamerlán, que se abstuvo de ofrecerle personalmente la taza, ya que lo sabía; el maestro en teología, en cambio, cumplió como bueno, y de rodillas, como todos, apuró la taza ofrecida por Timur.

Una de tantas fiestas fue celebrada en el *Ordo* o real del señor, donde a la sazón vivía. Fue una de las más sonadas debido a la gran concurrencia: sus mujeres, sus parientes, las mujeres de sus hijos y nietos, sus *mirzaes* o favoritos, más todas sus gentes derramadas por los campos. Y, cómo no, los embajadores castellanos fueron especialmente invitados. Especial y por fortuna, pues la ocasión ofreció a Clavijo el describir con absoluta veracidad (14) y gran riqueza de pormenores la grandiosa tienda de Timur, una de sus descripciones más apreciadas y mencionadas por los especialistas del arte oriental.

«Vivía en una tienda gigantesca de traza cuadrangular. Tenía una altura de tres lanzas y cada lado medía cien pasos de extremo a extremo. El techo era redondo y en forma de cúpula; lo sostenían doce postes con un perímetro del grosor de un hombre. Estos postes estaban pintados de azul y otros colores dorados; cuatro de ellos se emplazaban en los ángulos y en cada uno de los intermedios laterales habían otros dos. Cada poste constaba de tres piezas unidas con sogas. De cada poste colgaba el extremo de una gran cortina de seda. Cortinas que se recogían formando cuatro entradas. Alrededor de las cuatro paredes de la tienda principal corrían unas galerías más bajas, como salas de columnas, que también formaban un cuadro, y estaban

unidas por arriba con la pared de la tienda.

«Las paredes externas de estas galerías estaban sostenidas por veinticuatro pequeños rollizos de madera notablemente más finos que los postes principales. En conjunto, pues, se empleaban treinta y seis postes y rollizos para sostener la tienda, que además está reforzada con más de quinientas cuerdas de color rojo. Fuera se levanta en cada ángulo un poste alto con una manzana de cobre afinada en la punta, sobre la cual se ha fijado una media luna. Los remates de los pabellones son asimismo cuadrangulares con cuatro postes altos en los ángulos, cada uno con la media luna. Estos postes son muy altos y forman la armazón de una torre de telas de seda que remata con almenas. Hay una escalera que llega a la torre, por la cual, en caso de que el viento cause daños, pueden subir los hombres y caminando sobre el techo de tela reparar los destrozos. De lejos, esta tienda aparece tan grande y alta como un castillo. Es realmente una maravilla para los ojos y de una suntuosidad que supera cualquier descripción.»

La mayor parte de estas tiendas están rodeadas de biombos: «Alrededor de la tienda hay una pared de tela tensa, como los muros de una ciudad o de un castillo, y el tejido es de seda multicolor con diversos dibujos. El borde superior termina en forma de almena y las paredes se tensan por dentro y fuera con cuerdas fijadas al suelo. Esta pared de tela abraza una extensión de unos trescientos pasos de diámetro y la altura del biombo es como la de un hombre a caballo. Una entrada abovedada, con puertas fuera y dentro, todo de tela, protege el acceso. Sobre la entrada se alza una torre cuadrada de lienzo con almenas, y si el biombo protector ya ofrecía un aspecto suntuoso por sus dibujos y adornos, el de entrada y torre es todavía superior.»

La importancia de esta larga transcripción literal obedece al hecho de que es un pasaje muy citado en los libros de arte persa e islámico, puesto que los postes gemelos que campean sobre las puertas de las mezquitas, así como las imitaciones de colgaduras transversales sobre las torres funerarias, han sido inspiradas por los postes de la tienda de Timur. Las telas imitaban los diseños de los azulejos, que revestían las paredes de los pabellones, conforme acabamos de describir. Lo prueban las miniaturas que nos dan una «imagen de la suntuosidad colorista de tales pabellones-tiendas en el aire claro y soleado de la altiplanicie irania» (Ernst Diez). Es ocasión de completar aquí los detalles, anticipados acerca del mausoleo de Timur, Gur-i-Mir.

Mogoles, turcos y caucasianos se hacían preparar sus enterramientos en cámaras subterráneas, y se las encuentra bajo las «turbas» de Anatolia y Armenia. El exterior de estas torres funerarias delata claramente su procedencia de la tienda regia. La cámara mortuoria de Timur y su familia está bajo tierra, en una cripta de bóveda plana, cuya decoración mural consta de un zócalo de placas hexagonales de alabastro y un friso de malla cuadrada. Por encima corre una franja de escritura en jaspe verdoso que refiere las hazañas de Timur. El revestimiento del tambor cilíndrico, co-

ronado con una gigantesca cúpula gallinada, lleva unas incrustaciones de azulejos vidriados con caracteres cúficos, que repiten los nombres de Alá y Mahoma (E. Díez).

Otra gran deferencia del señor, y la última vez que lo vieron, ocurrió con motivo de una inspección y estancia suya «en unas casas y mezquitas» (v. n. 6) que había mandado construir para enterrar a su nieto, muerto peleando en Turquía, cuando Timur venció al turco; se llamaba Anchomat Soltan Miraza, y era muy querido por su abuelo. Timur invitó a los embajadores castellanos, mostrándoles la capilla (cuadrada y muy alta, apunta Clavijo) y el enterramiento. Acuciaba con viveza a los operarios, trasladándose de una parte a otra en ardas, pues apenas podía ya andar.

La despedida fue esta vez paternal, y el regalo también lo fue. Un privado del señor los sacó fuera de allí, vistiéndoles con sendas ropas de camocán y cubriéndoles con unas «cubijaduras como gabanes que ellos se cubren cuando hace frío; eran de paño de seda forrado y tenían a los pescuezos de parte de fuera cada uno dos martas». A más de sendos sombreros en la cabeza, y dióles un talegón en que había mil quinientas tangas de pla-

ta; cada tanga hace dos reales de plata. Finalmente les pidió que volvieran a visitarle otra vez; mas ya no hubo vez alguna. Las seis u ocho veces que lo pretendieron, los mirzaes les instaban, de parte de su señor, a que se marchasen cuanto antes, pues que su muerte se avecinaba. Quería evitarles, sin duda alguna, las graves turbulencias y matanzas que Timur presentía, provocadas por sus hijos.

Clavijo y Paez Santa María marcharon, sufriendo, en efecto, peligros y detenciones, que al final solventaron. Al fin llegaron a Pera y desde allí aprovecharon la partida de otras cuatro caracas venecianas o genovesas, que les condujeron a puerto seguro, y, por último, a Santa María, Sevilla, Madrid y Alcalá de Henares. La relación del viaje de vuelta es brevísimo.

El relato abunda en noticias históricas, narradas con claridad y brío notables. Tales sobre la guerra de los hijos Bayaceto entre sí, las discordias entre mercaderes genoveses y venecianos, los líos entre los emperadores bizantinos denominados el Mozo y el Viejo... Y, sobre todo, la hermosa descripción de la isla de Rodas y su extenso señorío integrado por numerosas islas del Mar Egeo.

Y, sobre y ante todo, valdría mucho la pena haber acompañado a Clavijo y sus compañeros de Pera a Constantinopla, a donde, llamados por el emperador bizantino, visitan detenidamente la ciudad, sus murallas, monasterios e iglesias: San Juan de la Piedra, Santa María Parabilico, Santa Sofía, etc. El guía designado era yerno del emperador, ya que estaba casado con una hija suya ilegítima; llamábase micer Ylarío y era genovés.

Indudablemente, Clavijo sabía ver, observar con detenimiento y agudeza y describir con donosura en un terso castellano, mezclado, eso sí, de orientalismos, grecismos, etc., como el tema requería, mas con un realismo casi pictórico y una selección de la realidad circundante que asombran al lector.

El libro de Clavijo merecería llegar al gran público; en edición de bolsillo —por ejemplo, Alianza Editorial— obtendría un éxito seguro. He visto recientemente el libro de Marco Polo traducido al francés actual por A. t'Serstevens. Ahora bien, si descubrió menos que el mercader italiano, lo que vio es tan notab'e como..., y es preciso confesar que en la narración es superior a Marco Polo y a sir J. de Mandeville (Ticknor).

NOTAS

(1) Utilizo para ello la admirable síntesis de Perroy, profesor de la Sorbona, contenida en el volumen III de la «Historia General de las Civilizaciones», publicada por las Presses Universitaires de France, París, 1955, cuya traducción ha sido editada por ediciones Destino, Barcelona; y asimismo la exposición puntual del profesor Regla Campistol, incluida en la segunda parte, volumen II de la «Historia de la Edad Media», integrada en la «Historia General de la Humanidad», dirigida por el malogrado profesor Vicéns Vives.

(2) No sólo el servicio de Correos mogol, que llenó de admiración al veneciano Marco Polo, sino también Kubilai hizo reparar los caminos, restaurar las caravanas y plantar árboles a lo largo de los propios caminos.

(3) Río que nace al noroeste de Sinkiang, en el Tien Shan, ladera norte de Kash Katur (3.478 m.).

(4) Transoxiana, al lado opuesto de la Oxiana Palus, actual Mar de Aral. El río Oxus=Amu-Daria.

(5) Hecho curioso, debido al azar, fue la creación del colosal imperio unificado del Gran Mogol, fundado por Baber (1483-1530), descendiente por línea paterna de Tamerlán y materna de Gengis-Kan. Después de haber tomado y perdido tres veces a Samarcanda, se dirigió a la India atraído por sus riquezas. El y, sobre todo, su nieto Akbar (1542-1605), hombre de fuerza hercúlea y memoria prodigiosa, producto de las numerosas lecturas escuchadas —no sabía leer ni escribir—, espíritu clarividente y amplio, conquistó unas dos terceras partes de la India. Fue temido y respetado,

gozando de gran prestigio de conquistador y distribuidor de botín. Recuerda a Alejandro Magno.

(6) Mediante la unión de la cúpula con un patio de medersas de dos y hasta cuatro «iwanes», es decir, con un patio de celdas, se dio el paso a la gran mezquita-medersa, como aparece ya en la del culto de los viernes en Hispahan y en las timúridas de Samarcanda Bujara, Herat, Meshed, etc. (tomado de Ernst, Díez (1878-1961), profesor en Viena, Cleveland y Constantinopla, magnífico conocedor del Próximo Oriente y del Islam).

(7) Ibn Jaldun procedía de una familia árabe española, emigrada de Túnez; a principios del siglo XV concluyó en Egipto una carrera que le había permitido conocer todos los reinos árabes de Occidente. Su magnífica «Historia de los Bereberes» le acredita de observador perspicaz, no sólo por los preciosos datos aportados, sino a causa, sobre todo, de los «Prolegómenos» que la preceden. Por vez primera y a modo de un sociólogo moderno, un historiador acometía el estudio de la sociedad humana con rigor científico, explicativo, y no para condiciones de tipo moral y normativo. Fue tan superior a su medio, que su «Historia...» fue olvidada durante siglos.

(8) La personalidad de Clavijo y la valía extraordinaria de su «viaje» fueron atinadamente reconocidos por don Carlos Arias, nuestro magnífico alcalde, en ocasión de la conferencia pronunciada, poco ha, durante la cena de la Liga Naval Española, acaecida con motivo de la entrega de premios «Lepanto». Su grata lectura me indujo a realizar este modesto estudio, destinado a profundizar algo más en el análisis del autor y su obra.

(9) Páginas 44, 112 y 217 de la completa, segura y definitiva transcripción de Pedro Fernández Martín, editada por el I. E. M., Madrid, 1971.

(10) «San Francisco el Grande en la Historia y en el Arte», Madrid, 1962, págs. 15-18.

(11) Lo hizo su autor para ilustrar la edición de López Quesada, y de ella lo hemos tomado. Claro y sin pormenores excesivos, da idea de la magnitud geográfica de la hazaña realizada por los embajadores castellanos.

(12) Navío muy grande y tardo en la navegación, destinado al transporte.

(13) «Occidentales, naturales de tierras europeas frente a las gentes de Oriente.» Así, el rey de Castilla es llamado rey de los francos, y los emisarios son embajadores francos (López Estrada).

(14) Guy Le Strange, el autor de la traducción al inglés de la obra de Clavijo (v. ed. E.), gran especialista y conocedor de la región, decía en 1928:

«Para cualquiera que haya viajado a través de Persia en años recientes, resultará más sorprendente aún cuán poco las circunstancias del viaje han sido alteradas en las cinco últimas centurias. Han cambiado los nombres de personas tan sólo y el diario de Clavijo podría casi pasar por un libro de viajes de la centuria actual (recuérdese que la traducción fue impresa en Londres, 1928). Los nombres de lugar son en su mayor parte los mismos las etapas y lugares de posada, extendidos a o largo de la ruta, son los que un viajero actual en caravana de mula o caballo podría arribar noche tras noche.»



